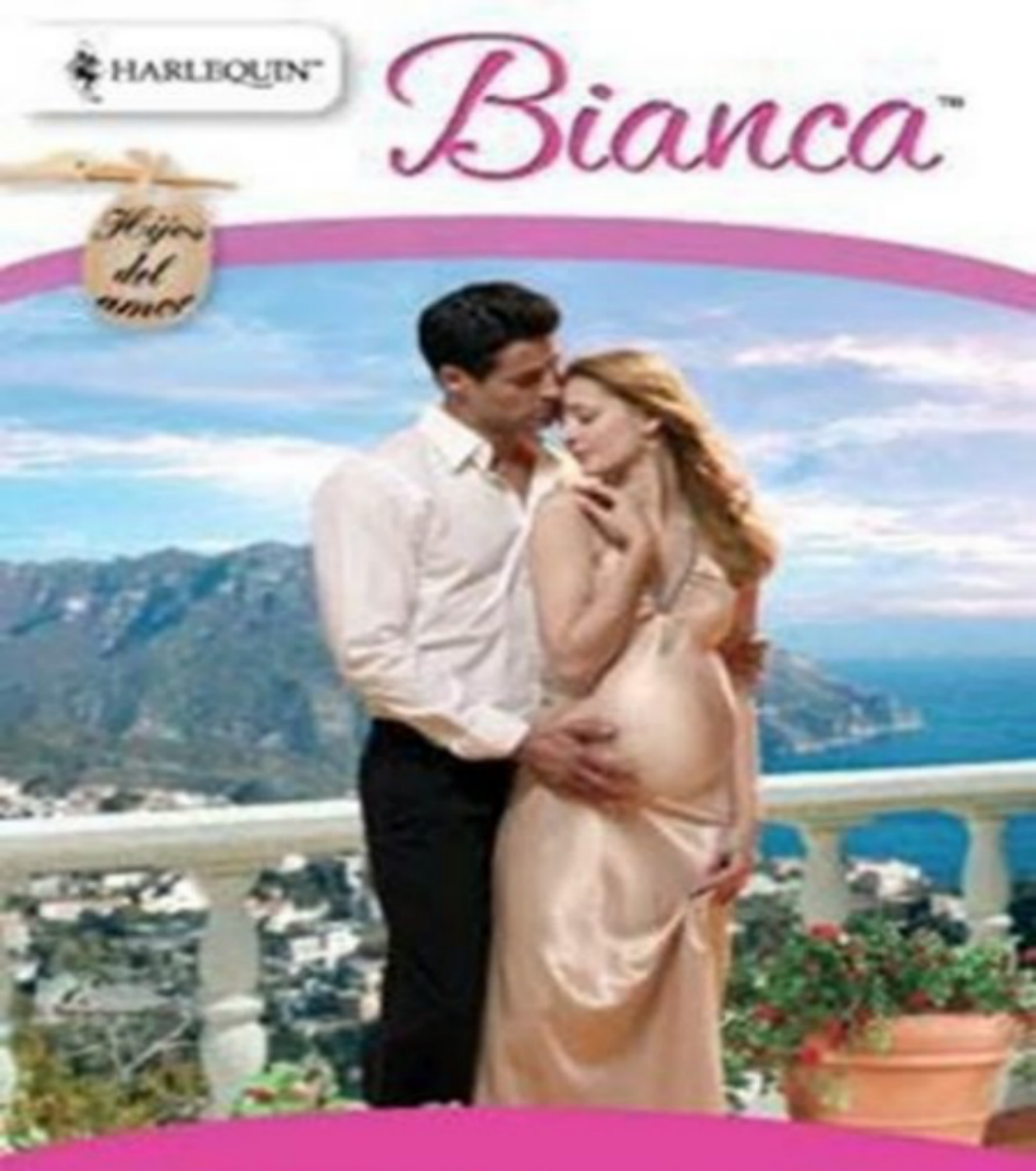

HARLEQUIN
Bianca
Hijos del amor
El hijo del griego
Lynne Graham

El Hijo del Griego
Lynne Graham

¡Como novia sí, pero como esposa no! Lindy no se podía creer que fuera la novia del armador Atreus Dionides. ¡Ella, que estaba rellenita y se ganaba la vida haciendo velas! Pero Atreus parecía encantado con sus curvas cuando le hacía el amor apasionadamente en su casa de campo. Claro que Lindy se iba a llevar dos buenas sorpresas: la primera, que ella sólo era la amante de los fines de semana y que Atreus se quería casar con una joven de la alta sociedad griega; y la segunda, imposible de esconder, que estaba embarazada de él.

Capítulo 1

CUANDO dos de los miembros de más edad del consejo de administración se pusieron a preguntar cosas que ya se habían hablado, Atreus dejó vagar su mirada hasta la escultura de bronce Art Decó que había al fondo de la habitación. Se trataba de una voluptuosa bailarina española medio desnuda.

La primera vez que había presidido aquellas reuniones, se había quedado estupefacto al ver tan sensual obra de arte, pues no encajaba con el carácter recio y conservador de su abuelo.

—Me recuerda a mi primer amor —le había confesado el anciano con un brillo nostálgico en los ojos—. Se casó con otro.

Atreus tenía muy claro que las mujeres que él frecuentaba jamás actuarían así. Para empezar porque les encantaba el dinero y no había quien se las quitara de encima. Desde la adolescencia lo habían asediado con sus encantos mujeres de todo tipo que buscaban su dinero.

Por supuesto, su físico también ejercía gran atracción, pues medía casi un metro noventa, tenía el pelo negro como el carbón y unos preciosos ojos azabache. Era tal su éxito con las mujeres que ya en dos

ocasiones le habían acusado de ser el padre de dos niños. Aquello lo había llevado a decidir casarse única y exclusivamente con una mujer de igual fortuna y clase que él.

Su padre, ya fallecido, había llevado una vida ejemplar hasta los cuarenta años, cuando, de manera inexplicable, se había fugado con una modelo famosa por subirse a las mesas a bailar.

Tanto su padre como su madre se habían entregado a las excentricidades y a los excesos y él se había perdido por el camino. En realidad, prácticamente lo habían criado sus tíos paternos, mucho más estrictos que sus progenitores y, por eso, a Atreus no le gustaba nada que se saliera de los cánones marcados.

Ése había sido el gran error de su padre. No sería el suyo.

Aun así, aquella escultura de formas sinuosas le gustaba y le recordaba a un episodio que había tenido lugar unas semanas antes en su casa de campo. Una tarde había salido a pasear por el bosque y se había encontrado con una mujer de pelo castaño y curvas muy femeninas bañándose desnuda en el río.

En un principio, aquello lo había enfurecido. Había hecho un gran esfuerzo para que su propiedad fuera muy privada y había contratado a un ejército de guardias de seguridad para preservar su intimidad de indeseables y cámaras.

Desde aquella tarde, no podía dejar de pensar en el cuerpo de aquella mujer, despierto y dormido, lo que era de extrañar, pues no se parecía en nada a las rubias espigadas y elegantes que le solían atraer.

No era su tipo en absoluto. Según el capataz de la finca, Lindy Ryman era una amante de los animales excéntrica que ese ganaba la vida de mala manera fabricando velas y popurrí. Iba a misa regularmente y era un miembro muy respetado de la comunidad, y escondía sus curvas bajo faldas largas y blusas holgadas.

Atreus había sido muy duro con ella porque estaba convencido de que lo tenía todo planeado, que había preparado el encuentro. No sería la primera vez que se lo hacían. Sin embargo, cuando se había dado cuenta de que no era así, le había mandado un ramo de flores con una nota de disculpa… y su número de teléfono.

Se había quedado estupefacto cuando no le había devuelto la llamada.

Cada día que pasaba, más enfadado estaba. No podía dejar de pensar en ella. ¿Y si le ofreciera una suma de dinero considerable por que no volviera a entrar en sus tierras? Ojos que no ven, corazón que no siente.

Eso era, precisamente, lo que necesitaba.

Era un hombre inteligente. Estaba seguro de no sucumbir a la atracción que aquella mujer ejercía sobre él porque era consciente de que no le convenía en ningún aspecto…

***

—¿Has dejado a Sarah? —preguntó Lindy girándose hacia Ben.

—Sí, quería que fuéramos en serio. ¿Por qué las mujeres siempre me hacéis lo mismo? —preguntó su amigo con aire torturado.

Lindy estuvo a punto de decirle que se mirara al espejo. Recordaba perfectamente que ella también había caído rendida ante los encantos de aquel rubio de ojos verdes y carácter encantador. Eso había sido cuando se habían conocido en la universidad. Claro que, desde el principio, Ben la había puesto en la sección de amigas. No había tenido nunca ninguna posibilidad y se había pasado muchos días deseando ser menuda, rubia y extrovertida en lugar de tímida, callada y prudente.

Con el tiempo, Lindy había superado el enamoramiento y se había convertido en testigo de las relaciones de Ben. Él lo único que quería era pasarlo bien. Nada de compromisos. Trabajaba en la City de Londres, tenía tanto dinero que se podía comprar todo lo que quisiera, desde un descapotable último modelo hasta ropa carísima, y siempre iba al gimnasio de moda.

Aun así, no era feliz.

—Supongo que, si no querías lo mismo que ella, has hecho bien en dejar la relación —comentó pensando en la pobre chica.

—¡Qué bien cocinas! —suspiró Ben tomando otro bocado de la tarta de zanahoria que Lindy había preparado.

Lindy apretó los labios, sabedora de que aquellas dotes nunca le hacían merecedora de puntos por parte del sexo masculino. Estaba convencida de que era demasiado oronda. Desde que la habían comparado con la diosa de la fertilidad en el colegio, había sufrido innumerables burlas en aquel sentido, lo que la había llevado a desdeñar sus pechos voluptuosos y sus generosas caderas. Las dietas y el ejercicio no le habían servido de nada, tenía buen apetito y todo se le iba a esos dos sitios.

Ben siempre salía con chicas menudas y muy delgadas. A su lado, ella era enorme y gorda.

Lindy había dejado la universidad cuando su madre se había puesto enferma. Al ser hija única y al no haber dinero en su casa, había tenido que dejar los estudios para cuidar a su progenitora hasta su triste final. Fallecida su madre y cuando se disponía a retomar sus estudios de Derecho, había caído enferma. Cuando se recuperó, había perdido el interés por el Derecho y se buscó un trabajo en una oficina.

Había tenido una época muy buena compartiendo piso con Alissa y con Elinor, pero ambas amigas se habían casado, habían formado sus familias y se habían ido a vivir al extranjero. Evidentemente, no se veían muy a menudo. En una de las visitas que Lindy les había hecho a Elinor y a Jasim en su casa de campo, se había enamorado

perdidamente de la Naturaleza. En cuanto había encontrado un alquiler que había podido pagar, se había lanzado y había dejado la ciudad. Ahora vivía en una pequeña casa de campo situada en un extremo de una gran propiedad, se ganaba la vida con cosas que le gustaban, como plantar lavanda y rosas y fabricar velas y popurrí artesanales que vendía bastante bien por Internet.

Cuando su cuenta bancaria así se lo exigía, aceptaba trabajos de media jornada, pero real-mente dedicaba casi todo su tiempo libre a ayudar en el refugio de animales de la zona. Se había llevado a casa a dos perros a los que había bautizado Samson y Sausage.

Sus amigos le solían decir que estaba tirando su juventud por la borda, pero ella era feliz en aquella casa, llevando una vida sencilla que le permitía necesitar poco dinero para vivir y tener mucho tiempo para ella misma y para los demás.

Por supuesto, en todos los paraísos hay una serpiente. La suya era Atreus Dionides, el nuevo y multimillonario propietario de Chantry House, una fabulosa mansión georgiana que era una joya y que tenía una finca maravillosa. Por su culpa, Lindy no podía vagar por ahí como se le antojara. La única vez en la que se habían visto, había sido tan humillante, que se estaba planteando la posibilidad de irse.

—¿Seguro que no te importa cuidar a Pip? —le preguntó Ben por enésima vez mientras se dirigía a la puerta.

—Se lo va a pasar muy bien, ya lo verás —contestó Lindy esquivando la pregunta.

Lo cierto era que el perro de su amigo no era su mascota preferida. Se trataba de un chihuahua que era, en realidad, de la madre de Ben. El perrillo, aunque diminuto, tenía muy mal carácter. Ladraba y gruñía constantemente y, si te descuidabas, te mordía.

—No tendrías que haber dejado el coche aquí —comentó Lindy, acompañando a Ben—. No tengo sitio para los coches frente a la casa y el propietario me ha dicho que prefiere que las visitas dejen los coches fuera.

—El nuevo propietario te está haciendo la vida imposible, ¿eh? —le contestó Ben montándose en el coche y bajando la ventanilla para seguir hablando.

Lindy se quedó de piedra al ver aparecer una limusina negra. Sin pensarlo dos veces, se agachó y se quedó agazapada y escondida tras el coche de Ben.

—¿Pero qué haces? —le preguntó su amigo.

—.¡No arranques hasta que haya pasado la limusina! —murmuró Lindy roja como la grana.

La limusina avanzó a poca velocidad por el camino que llevaba a la casa principal y se perdió al doblar un recodo. Lindy se levantó lentamente y miró incómoda con sus preciosos ojos violetas en la

dirección que había tomado el vehículo.

—¿Qué pasa? —insistió Ben anonadado.

—Nada —contestó Lindy, encogiéndose de hombros sin mucha convicción.

Dicho aquello, se despidió de Ben, que pasaría al día siguiente a recoger a su chihuahua, y corrió hacia su casa, donde encontró al desagradable perro gruñendo a Sausage, que se había refugiado debajo de una silla.

Había pasado un mes y medio desde que Lindy había conocido a Atreus Dionides y el encuentro había tenido lugar en unas condiciones humillantes. Cada vez que recordaba que el millonario griego la había pillado completamente desnuda, Lindy se quería morir. Era el primer hombre que la veía así.

Lindy quería olvidarse de tan desagradable experiencia.

De haber sabido que corría el riesgo de que alguien la viera, no se habría quitado ni un calcetín. Siempre le había dado vergüenza su cuerpo. Incluso en bañador lo pasaba mal.

Aquella ocasión había sido la primera vez que se bañaba desnuda… y la última.

Cada vez que pensaba en aquella tarde, se maldecía a sí misma. Aquel día había sido el más caluroso del verano. Lindy había pasado toda la mañana ayudando a descargar un envío de heno en el refugio. Había vuelto a casa en bici. Tenía tanto calor que la ropa se le pegaba a la piel y había pensado en la poza del río que tanto le gustaba y donde había pasado tan buenos ratos el verano anterior, cuando la finca era todavía propiedad de un anciano que estaba casi siempre de viaje y que dejaba a sus inquilinos vivir en paz.

Atreus Dionides, sin embargo, se había rodeado de sistemas de seguridad y se sabía al dedillo sus derechos y los derechos de sus inquilinos. Al poco tiempo de adquirir la propiedad, Lindy había recibido una carta en la que se le informaba de las nuevas normas y del expreso deseo del nuevo propietario de que su finca fuera un lugar en el que se preservara la intimidad total.

Aquel día de hacía mes y medio, Lindy había pensado en ir a mojarse un poco los pies al río para refrescarse. Nunca había visto a nadie por allí y había mucha vegetación circundante. Como Atreus Dionides sólo utilizaba la casa los fines de semana y era un día laborable, Lindy se había dejado llevar por la tentación y había hecho algo que jamás se le había pasado por la cabeza: se había desnudado y se había metido en el agua con un suspiro de placer.

—¿Qué hace aquí? —le había preguntado una voz masculina en tono autoritario a los pocos minutos.

A Lindy casi le dio un ataque al corazón. Al girarse, había visto a su casero en la orilla y se había apresurado a meterse más en el agua

para que no se le vieran los pechos. Se le hacía muy raro ver a un hombre ataviado con traje de oficina, camisa y corbata en aquel lugar de naturaleza exuberante.

Había sabido al instante quién era, pues había visto su fotografía en el periódico local, que había publicado un artículo sobre él cuando había adquirido Chantry House. En aquella fotografía en blanco y negro ya le había parecido guapo, aunque también demasiado serio. Al natural, Atreus Dionides era un dios del Mediterráneo.

—Está usted en propiedad privada.

Lindy había cruzado de brazos sobre el pecho.

—Eh... lo siento. No volverá a suceder. Si se va, me vestiré y me iré yo también.

-No me pienso ir —había contestado él—. No ha contestado a mi pregunta. ¿Qué hace aquí?

-Hace calor y me quería refrescar un poco —había contestado Lindy diciéndose que todo lo que tenía de guapo lo tenía de tonto, pues era evidente lo que hacía allí.

—¿Desnuda? Es evidente que me estabas esperando, pero te ha salido mal la cosa, guapa, porque yo no voy por ahí manteniendo relaciones con mujeres que me encuentro desnudas en mitad del campo —había comentado el millonario con desdén.

Al comprender que aquel hombre creía que se había desnudado y se había metido en el agua para que la encontrara así y se acostara con ella, Lindy lo miró estupefacta.

-¿Quién ha sido? ¿Qué miembro de mi servicio le ha dicho que iba a venir por aquí?

-¿Siempre tiene esta actitud tan paranoica? —le había contestado Lindy—. Estoy empezando a tener frío, así que aléjese para que me pueda vestir e irme.

Aquello de que lo llamara «paranoico» no le debió de hacer gracia, pues apretó los dientes y la miró furibundo.

-¿Quién le dijo que iba a estar hoy aquí? —insistió.

-Nadie, de verdad —contestó Lindy cada vez más sorprendida—. Soy una de sus inquilinas, por si no lo sabe. Me gustaría salir del agua e irme a casa.

—¿Así que es una de mis inquilinas? ¿Y se atreve a entrar en mi propiedad a pesar de las instrucciones que hemos dado para que nadie viole mi intimidad? —le preguntó Atreus Dionides todavía más enfadado.

—Vivo en The Lodge, sí —contestó Lindy—. Le aseguro que, si hubiera sabido que estaba en casa, jamás habría venido al río —añadió sinceramente—. Por favor, compórtese como un caballero, dese la vuelta y siga su paseo —concluyó muerta de frío.

—Eso de comportarse como un caballero hace mucho tiempo que

pasó de moda —contestó Atreus Dionides, sacándose el teléfono móvil del bolsillo—. Ahora mismo voy a llamar a seguridad.

Aquello hizo que Lindy perdiera la cabeza.

—¿Es siempre así de grosero? —le espetó—. Le he pedido perdón. ¿Qué más quiere? Soy mujer, me estoy muriendo de frío en esta agua helada y usted me amenaza con llamar a más hombres para que me vean así. Tengo mucho frío y me quiero vestir.

—Pues vístase —le había contestado Atreus Dionides mirándola con sus oscuros ojos.

Lindy ya no podía más. Le estaban doliendo los pies a causa del frío. Mirando un punto fijo en el horizonte, salió del agua. Atreus Dionides no se giró, se quedó mirándola y no le pidió perdón.

El hecho de que ningún hombre la hubiera visto desnuda antes hizo que todo aquel episodio fuera todavía más duro para Lindy. Avergonzada hasta las náuseas, se había puesto los vaqueros y la camiseta a toda velocidad. Por supuesto, no iba a perder tiempo en secarse para ponerse las braguitas y el sujetador, así que se vistió mojada. Después, se había ido a la carrera a su casa.

Al llegar, se había dejado caer en el porche y había llorado de humillación y de rabia.

Dos días después, había recibido un impresionante ramo de flores con una nota de disculpa de Atreus Dionides y su número de teléfono para que lo llamara y quedaran para salir a cenar.

¡Menudo caradura!

Lindy se llevaba muy bien con Phoebe Carstairs, la mujer que iba a limpiar la casa. La asistenta también limpiaba en la casa principal y le había contado que el nuevo propietario era un donjuán, que todos los fines de semana se llevaba a una joven nueva y que ellas se acostaban con él la primera noche. Por lo visto, todas eran rubias y flacas.

Lindy había leído entre líneas y había comprendido que Atreus Dionides estaba acostumbrado a que las mujeres lo adularan y se entregaran a él con facilidad. A él le gustaba disfrutar de ellas sólo durante un fin de semana.

Lindy no era y jamás sería así. ¿Cómo se atrevía Atreus Dionides a pensar por un momento que iba a querer volver a verlo después de cómo la había tratado? Desde luego, le había quedado muy claro cómo era aquel hombre. Por fuera, cumplía con la descripción agradable que hacían de él en los medios de comunicación, guardaba las apariencias de hombre de negocios brillante que había convertido una anticuada empresa familiar en una de las navieras más importantes del mundo. Y, sí, también era cierto que era impresionantemente guapo y rico. Sin embargo, bajo aquella fachada bien estudiada, no era más que un canalla sin modales, frío y asqueroso.

Si por ella fuera, no volverían a verse jamás.

Sin embargo, se iban a ver mucho antes de que lo que Lindy creía y en una circunstancia que no le iba a permitir expresarle la animadversión que sentía por él.

El dormitorio de Lindy era la única estancia de su pequeña casa de guardeses desde la que se venía Chantry House y lo único que se veía era el ala oeste de la mansión, que llevaba semanas cubierta de andamios porque se estaba reformando para alojar más personal de servicio.

Una noche muy clara, Lindy estaba cerrando las cortinas para acostarse cuando vio humo saliendo del tejado de la casa principal. No había chimenea y se suponía que esa zona de la casa estaba deshabitada todavía. Nerviosa, llamó a Phoebe, que vivía en el pueblo. La asistenta salió al jardín de su casa y le dijo que veía el humo desde allí.

-¿Hay alguien dentro? —le preguntó Lindy.

Sí, el señor Dionides ha llegado esta tarde. Y también está Dolly, la gata que he recogido hoy en el refugio para que se hiciera cargo de los ratones —añadió, refiriéndose al refugio que dirigía su hermana Emma—. Estoy llamando al señor Dionides al teléfono fijo mientras hablo contigo, pero no contesta. ¿Y si está inconsciente por el humo? Tú estás mucho más cerca que yo. ¡Ve corriendo y despiértalo antes de que muera carbonizado!

Aunque no le hacía mucha gracia, Lindy corrió hacia su bicicleta y se puso a pedalear a toda velocidad. Lindy se dijo que no debía dejarse llevar por el miedo atroz que le daba el fuego, que tenía que cumplir con su deber, así que siguió pedaleando por el camino. La casa estaba completamente a oscuras.

Al llegar frente a la puerta principal, dejó caer la bici al suelo, subió los escalones de dos en dos y llamó a la aldaba con todas sus fuerzas. Nada. Continuó llamando con la otra mano, con todas sus fuerzas, hasta que se hizo daño. Ya se oían coches llegando.

—¿Pero qué pasa? Son más de las doce de la noche —se quejó Atreus Dionides abriendo la puerta y mirándola con el ceño fruncido.

Llevaba un traje muy elegante a pesar de que era tarde y estaba muy guapo. Lindy se dijo que no era el momento de pensar en esas cosas y se apresuró a darle el mensaje.

-¡Su casa se está quemando! —exclamó avergonzada al volver a verlo.

—¿Pero qué dice? —contestó Atreus Dionides mirándola con incredulidad.

-Su casa se está quemando... ¡no sea estúpido! —insistió Lindy.

—¿Cómo puede ser? —objetó Atreus bajando un par de escalones.

—El ala oeste. ¡La última planta!

Atreus Dionides salió corriendo en aquella dirección. Lindy lo siguió a duras penas, pues tenía las piernas más largas que ella y corría a mucha más velocidad. Al doblar la esquina del edificio, aparecieron ante ella las llamas anaranjadas y Lindy tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse a gritar de pavor.

En aquel momento, varios hombres bajaron de los coches que habían llegado y se acercaron a la carrera. Atreus Dionides les dio instrucciones en griego y los hombres, a los que Lindy había identificado como sus guardaespaldas, salieron corriendo en dirección a la casa.

—¿Van a entrar? ¿Es seguro? —se asombró Lindy.

—Si no lo fuera, no les habría dicho que entraran —contestó Atreus Dionides—. El fuego está lejos de la biblioteca. Necesito mi ordenador portátil y los documentos que tengo allí.

Lindy no se podía creer que aquel hombre prefiriera recuperar papeles de trabajo en lugar de los maravillosos cuadros que, según le había contado Phoebe, cubrían las paredes de la mansión. ¿Se daba cuenta aquel hombre de la velocidad con la que las llamas se comen un edificio? Los recuerdos de su infancia se apoderaron de Lindy, que se estremeció de pies a cabeza.

Apretando los puños, se acercó a Phoebe, que estaba de pie junto a unas cuantas personas más, mirando como quien ve una película.

—Vamos, hay que sacar las obras de arte —les dijo.

En un abrir y cerrar de ojos, había organizado una fila de voluntarios y se pusieron a sacar los cuadros. Lindy siempre había tenido grandes dotes de organización y no le costó nada coordinar al personal. En cuanto los guardaespaldas de Atreus Dionides se unieron a ellos, la cadena comenzó a funcionar con velocidad. No tardaron mucho en sacarlo todo. Gracias a Dios, muchas de las estancias todavía estaban vacías a causa de las obras.

Cuando hubieron terminado, Lindy se quedó mirando las mangueras que apuntaban ya hacia el tejado. El olor del humo la ponía histérica.

-Las llamas van hacia el tejado —anunció Atreus Dionides.

-¿La gata ha salido? —le preguntó Lindy.

—¿Qué gata? —contestó Atreus, extrañado—. No tengo animales.

Lindy corrió entonces hacia Phoebe.

—¿Has visto a la gata? —le preguntó.

—¡Me había olvidado de ella! —exclamó la asistenta—. La encerré en la cocina para que no molestara.

El equipo de bomberos que estaba en el vestíbulo de la mansión le dijo que no podía entrar, así que Lindy corrió a la parte trasera de la casa.

Con lágrimas en los ojos, se preguntó si sería capaz de hacerlo.

No estaba segura. La puerta estaba abierta. Lindy sentía las piernas se le doblaban de miedo. Pensó en la gata, se sobrepuso al pánico, tomó aire y entró. Una vez dentro, avanzó corriendo por el pasillo, pasando por delante de innumerables puertas cerradas.

De repente, se paró en seco. El olor del humo la había paralizado. El miedo estaba pudiendo con ella. Los recuerdos se agolpaban en su mente. Pero el sentido común hizo acto de presencia y pudo seguir adelante.

Agarró una toalla y se la puso sobre la cara porque le lloraban los ojos copiosamente y la nariz y la garganta le ardían. Mucho antes de llegar a la puerta de la cocina, le costaba respirar.

Oyó un estrépito horroroso al otro lado de la puerta y estuvo a punto de flaquear, pero, al imaginarse a la pobre gatita muerta de miedo, se recordó a sí misma siendo pequeña, estando atrapada y horrorizada dentro de una casa incendiada, así que volvió a reunir valor y abrió la puerta en el mismo instante en el que un hombre gritaba a sus espaldas.

—No abras la puerta... ¡No! —le dijo.

Pero Lindy no hizo caso.

Al entrar, vio que el techo estaba en llamas. Había unos cuantos cascotes en el suelo, pero, por lo demás, todo estaba bien. Sin embargo, hacía un calor insoportable. Dolly se había refugiado debajo de la mesa. Se trataba de una gata vieja, gordita y de buen carácter, pero, en aquellos momentos de pavor, no estaba muy tranquila que dijéramos.

Lindy se abalanzó sobre ella al mismo tiempo que oía un crujido ensordecedor sobre ella. Cuando se disponía a alzar la cabeza para mirar, alguien la agarró en brazos y la sacó de allí. En aquel momento, una viga del techo cayó sobre la mesa y todo comenzó a arder.

Atreus sacó a Lindy y a la gata de la casa. Lindy tosía sin parar, así que la dejó sobre el césped para que tomara aire.

-¿Cómo puede ser tan estúpida? —le espetó a gritos—. ¿Por qué ha abierto la puerta cuando le he dicho que no lo hiciera?

—¡No le he oído!

-¡Ha puesto en peligro su vida y la mía por un animal!

Aquel ataque la sorprendió. Era lo último que se esperaba en aquellos momentos y le hizo recordar de nuevo el incendio que años atrás había acabado con la vida de su padre. Aquello hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¡No iba a permitir que Dolly muriera!

La gata en cuestión estaba en su regazo, hecha un ovillo, recuperándose del susto.

—¡Podría haber resultado gravemente herida o incluso haber muerto! —protestó Atreus.

—Gracias a usted, no ha sido así —contestó Lindy con sarcasmo—. Gracias por salvarme la vida.

Atreus estaba muy enfadado, pero no pudo evitar sentirse atraído de nuevo por aquella mujer que, sin ser guapa, tenía algo. ¿Serían sus ojos claros? ¿Su melena larga y voluminosa? ¿O aquel voluptuoso cuerpo que llevaba noches sin dejarlo dormir? Era una mujer emocional, muy diferente de las mujeres con las que estaba acostumbrado a tratar.

Atreus se dio cuenta de que el enfado había dado paso a otras sensaciones mucho más sensuales. El deseo que sentía por ella lo golpeó con fuerza.

—A lo mejor mi tono de voz no ha sido el correcto, pero le estoy agradecida de verdad por salvarme la vida —insistió Lindy—. Lo siento, no podía dejar a Dolly. Estaba muy asustada. ¿No la ha visto?

—Nasi parí o Diavelos —contestó Atreus—. Sólo la he visto a usted.

El énfasis que había puesto en sus palabras hizo que Lindy se quedara sin aliento. Sus miradas se encontraron. Lindy sospechaba que era un conquistador y así se lo demostró cuando, sin preguntar ni pedir permiso, se inclinó sobre ella y se apoderó de su boca.

Al sentir su lengua en la boca, suspiró y sintió que el cuerpo entero le quemaba. Lindy intentó apartarse, pero no lo consiguió. Notó que el calor que emanaba de su cuerpo era tan intenso, que los pezones se le estaban endureciendo y amenazaban con atravesar la tela del sujetador. Como para apagar aquel incendio, entre sus piernas sintió una humedad que la hizo avergonzar-Atreus se apretó contra ella y Lindy sintió su erección.

—Un diez por sorprenderme —comentó con voz grave—. Tienes más peligro que el incendio, mali mu.

Lindy tomó aire profundamente en busca de oxígeno y, entonces, se percató de que alguien se había acercado y estaba esperando.

Era Phoebe Carstairs.

—Perdón por interrumpir —se disculpó la asistenta—. Sólo venía a buscar a la gata.

Lindy se apartó de Atreus como pudo y le entregó la gata a Phoebe, pero sin mirarla a los ojos.

Capítulo 2

PODEMOS preparar té, café y bocadillos en mi casa —le dijo Lindy a Phoebe unos minutos después, tras recuperarse de lo sucedido—. La gente va a necesitar un descanso. Voy a por mi bici. Si te parece bien, sígueme en el coche.

Al llegar a casa, se dio cuenta de que le temblaban las manos. Aunque mentalmente se había dicho que había vuelto a ser ella misma, su cuerpo seguía conmocionado.

Lindy se apoyó en la pila de la cocina y se dijo que había entrado en la casa en llamas y había sacado a Dolly. Eso era lo único que importaba. No había permitido que el terror la paralizara.

No era una histérica. Sabía mantener el pasado a raya y mantener la calma. No iba a llorar. Había cumplido con su deber, todo el mundo estaba a salvo y punto.

Poco a poco, fue recuperando el control. Entonces, se dio cuenta de que, durante unos instantes, había sentido que no controlaba absolutamente nada y eso había sido cuando Atreus la había tomado en brazos y la había besado.

¡Qué tonta se sentía ahora por haberle devuelto el beso! Claro que un beso tampoco era para tanto, no significaba nada. Se habían dejado llevar por la intensidad del momento, gozosos de seguir con vida y lo habían celebrado.

Tenía muy claro que no era el tipo de mujer que le gustaba a Atreus Dionides, no era rubia ni delgada ni guapa, ni siquiera era de buena cuna. Lindy se miró cómo iba vestida, con una falda de pana y un jersey de pico, y se rió.

Evidentemente, aquel beso no había significado nada.

Sin embargo, no pudo evitar lo que le había hecho sentir. De hecho, no paraba de recordar el placer, fuerte y dulce, que había acabado con su autodisciplina. Ningún hombre había conseguido nada parecido.

Lindy no había sentido nunca antes el poder devastador del sexo. Todavía no había encontrado a su príncipe azul, el hombre con el que acostarse, pero había besado a unos cuantos sapos. No quería decir con aquello que Atreus fuera un sapo, nada más alejado de la realidad, pero tampoco podía hacerse ilusiones de ir a tener algo con él porque estaba completamente fuera de su alcance.

Phoebe llegó con una cesta llena de pan y de fiambre. El dueño de la tienda del pueblo había abierto expresamente para entregárselos.

—Lindy, no te sientas ofendida por lo que te voy a decir, pero siento que tengo que decírtelo —comentó mientras preparaban los bocadillos—. Respeto mucho al señor Dionides, pero ten cuidado. He

visto cómo trata a las mujeres. No se toma a ninguna en serio.

—¿Lo dices porque nos hemos besado? No ha sido nada, esas cosas que suceden así de repente y que no tienen ninguna importancia —contestó Lindy, intentando quitarle hierro al asunto—. No sé qué mosca nos ha picado, pero no se va a volver a repetir.

-No me gustaría verte sufrir —comentó la asistenta más relajada.

—No te preocupes, no suelo dejarme llevar —le aseguró Lindy.

Y tuvo que recordarse a sí misma aquella frase cuando Atreus apareció una hora después. Había mucha gente en el saloncito, pero lo vio enseguida. Estaba hablando por el teléfono móvil. Tenía unos rasgos impresionantes: pómulos altos, nariz recta y labios voluminosos y sensuales.

Lindy se fijó en que llevaba la manga de la chaqueta rota y la camisa cubierta de hollín, y se preguntó preocupada si se habría hecho daño. Antes de que la viera, volvió a la cocina. Sentía que el corazón le latía desbocado.

Aquel hombre era realmente guapo.

-¿Preparo más té? —le preguntó Phoebe.

—No, están todos servidos —contestó Lindy, girándose hacia la puerta, que se acababa de abrir.

Al ver quién era, se sintió como una adolescente delante del amigo de su hermano mayor que sabe que le gusta.

—Ah, así que estás aquí —comentó Atreus—. Ven al salón.

-No, tengo muchas cosas que hacer.

—Ya has hecho suficiente. Necesitas descansar —insistió, tomándola de la mano y acercándola a él.

—Hago lo que hace todo el mundo —contestó Lindy, que nunca había sabido encajar bien un cumplido.

-Tienes dotes de organización. Lo has organizado tú todo, tanto la logística como a la gente. Te he visto en acción.

Lindy estaba temblando. Sentía los dedos de la mano entrelazados con los de Atreus. No podía respirar con normalidad ni hablar. Estaban casi en la puerta del salón. Los demás los estaban mirando.

-No quiero que la gente empiece a murmurar —comentó.

—¿Te importa lo que digan? —contestó Atreus en tono divertido —. Jamás lo hubiera dicho. Te tengo por una mujer valerosa que se baña desnuda en el río en pleno día.

Lindy dio un respingo.

—Todavía no te he perdonado por cómo te comportaste aquel día.

Atreus no estaba acostumbrado a pedir perdón ni a esperarlo de nadie. Las mujeres se lo solían poner fácil porque ignoraban sus errores y sus carencias y no decían nada. Cuando cancelaba una cena en el último momento o aparecía con otra mujer, nadie le decía nada porque querían que las volviera a llamar.

Estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana con las mujeres.

–Aquel día, en el río, te comportaste como un auténtico...

Atreus la miró divertido. Hacía mucho tiempo que nadie se avergonzaba de decir una pala-brota en su presencia.

–¡Fuiste grosero, desagradable y me humillaste! –insistió Lindy al ver que no decía nada.

–Te pedí perdón –contestó Atreus con impaciencia—. No suelo hacerlo –le advirtió.

Lindy se dijo que era cierto que le había pedido perdón. Tal vez estaba exagerando. Además, Atreus la había sacado de la cocina en llamas, demostrando que era valiente y protector, cualidades que Lindy apreciaba mucho.

–No entiendo por qué estás interesado en mí.

–¿Ah, no?

Lindy lo miró a los ojos y sintió que el deseo se apoderaba de ella de nuevo. Se moría por que la volviera a besar. El deseo era tan intenso, que se retiró a la cocina de nuevo.

Un segundo después, se fue la luz en toda la casa.

–Tu generador debe de estar conectado al de Chantry House y lo han apagado por seguridad –comentó Atreus desde algún punto de la oscuridad–. No creo que vayas a tener luz hasta, por lo menos, mañana.

–Vaya –murmuró Lindy, apoyándose en la encimera y apartándose el pelo de la cara. Adiós a la ducha con la que estaba soñando.

Los presentes dieron las gracias y comenzaron a marcharse.

–Vete tú también, Phoebe –le indicó Lindy–. No hace falta que te quedes conmigo. Descansa.

–¿Por qué no te vienes a casa? Allí tenemos luz.

–Gracias, pero no falta mucho para que amanezca. Me las apañaré.

Dicho aquello, acompañó a Phoebe hasta la puerta de atrás, se despidió de ella y cerró.

–¿Lindy?

Lindy se quedó helada.

–Creía que te habías ido –contestó al oír la voz de Atreus.

–¿Cómo me iba a ir dejándote aquí sola sin luz ni calefacción? –se indignó Atreus–. He reservado una suite en el Headby Hall y quiero que vengas conmigo –añadió, refiriéndose al hotel rural más bonito de la zona.

–No puedo –contestó Lindy.

–Sé práctica. Debes de estar deseando ducharte y descansar. Yo, también. En poco más de cuatro horas, tengo que estar de vuelta aquí porque he quedado con los peritos de la aseguradora y con el equipo de albañiles que se va a hacer cargo de la reforma.

—Prefiero quedarme aquí.

-¿De verdad prefieres quedarte aquí sin poder ducharte y muerta de frío que acompañarme a un lugar más civilizado y cómodo?

Lindy apretó los dientes. Evidentemente, la estaba llamando puritana.

-Dame un par de minutos para preparar mi bolsa de viaje —contestó repentinamente, en un arranque de valentía.

A la luz de una linterna, metió un pijama y una muda en una bolsa. Los perros tenían comida y agua, así que todo estaba en orden. ¡La que no debía de estar en orden era su cabeza! ¿Por qué había accedido a irse a un hotel con Atreus Dionides? Aquello no era propio de ella.

Aun así, se montó en el asiento trasero de la limusina intentando simular naturalidad. Mientras él hablaba por teléfono, ella se dijo que tampoco era para tanto, que lo único que estaba haciendo era ofrecerle la posibilidad de descansar y poderse duchar.

Headby Hall era un hotel realmente lujoso y a Lindy le dio vergüenza entrar tal y como estaba, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

-¿No estás cansado? —le preguntó a Atreus cuando éste se disponía a hacer otra llamada telefónica en el ascensor.

—Sigo funcionando por la descarga de adrenalina.

—Siento mucho lo que le ha sucedido a tu casa.

—Tengo otras.

—He visto que se te había roto la chaqueta. ¿Estás herido? —le preguntó Lindy, poniéndole la mano en el brazo con suavidad.

Atreus la miró a los ojos y se dio cuenta de que Lindy lo estaba mirando como si quisiera abrazarlo y consolarlo. Ninguna mujer lo había mirado nunca así. Ni siquiera de niño. Con él, las mujeres buscaban más recibir que dar.

—No, no es más que un rasguño.

Lindy se miró en sus ojos oscuros y sintió que se quedaba sin aliento. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, se apresuró a salir de él. A continuación, avanzaron por un pasillo privado y Lindy vio con asombro que un miembro, del personal de Atreus abría una puerta. Incómoda, entró en el espléndido vestíbulo de una suite llena de flores frescas.

Lindy vio que estaban llevando unas preciosas maletas de una marca cara y conocida a una habitación y se fijó en que su bamboleada bolsa de viaje la esperaba en el umbral de otra.

—He pedido algo de comer —comentó Atreus—.No te he visto comer nada.

—Me voy a cambiar —anunció Lindy encaminándose a la que suponía su habitación.

Una vez en el baño, se desnudó, se metió en la ducha y se lavó el pelo. Le sentó de maravilla quitarse el olor a humo que la había impregnado por completo. Sintiéndose limpia, se secó el pelo con el secador, se puso una falda larga verde y una camiseta beige y se quedó descalza. Al mirarse al espejo, no le gustó lo que vio, pues se le había ondulado el pelo, que no le gustaba nada, y estaba colorada como una gamba.

Cuando salió, vio que habían llevado un carrito con comida y que Atreus la estaba esperando. Al igual que ella, había elegido vestirse de manera informal.

Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás y se había puesto unos vaqueros negros y una camisa abierta al cuello. Cuando la vio aparecer, se quedó mirándola y sonrió. Aquella sonrisa abierta y sensual incendió a Lindy con el mismo fuego que había devorado la tercera parte de Chantry House.

La reacción fue inmediata. Le hervía la cara y tuvo que sentarse porque se mareó. Desde la silla, observó que no eran solamente sus rasgos, bellísimos, los que la atrapaban, sino también su magnetismo.

La atracción sexual que sentía por él era algo nuevo para ella.

Lindy aceptó un par de aperitivos y los mordisqueó sin ganas mientras Atreus hablaba de las reuniones que tenía por la mañana. La vibración de voz la hacía estremecerse de pies a cabeza. Cuando sus ojos se encontraron, Lindy tuvo la sensación de que se había abierto un agujero bajo sus pies y estaba cayendo desde una gran altura. Fue algo aterrador e increíble al mismo tiempo.

Como no estaba acostumbrada a sentir con tanta intensidad, Lindy decidió que estar con él y sentir aquellas cosas era peligroso y arriesgado.

Por eso, en cuanto pudo, se levantó y anunció que se iba a dormir.

—Estoy muy cansada. Me voy a la cama. Gracias por la cena y por la ducha —se despidió sonriente.

Atreus se quedó mirando la puerta cerrada del dormitorio de Lindy, y se preguntó cuándo había sido la última vez que una mujer le daba, literalmente, con la puerta en las narices.

Nunca.

Aquello lo llenó de frustración y de diversión a partes iguales.

Lindy se apoyó contra la puerta y se dijo que lo había logrado, que se había resistido a él, al hombre más guapo y sensual que había tenido ante sí en su vida.

No se podía creer que la encontrara atractiva porque tenía muy claro que, si por Atreus Dionides hubiera sido, habrían terminado pasando el resto de la noche en la misma cama. ¿Tal vez porque era la única mujer por allí cerca para dichos menesteres?

Lindy no era partidaria de mantener aventuras de una noche con

hombres a los que apenas conocía. Por muy guapos que fueran. ¿Y no habría sido una experiencia increíble? ¡Qué vergüenza pensar así!

Nunca hubiera creído que iba a seguir siendo virgen a su edad, pero así se habían dado las cosas. Atreus era el primer hombre que la atraía después de Ben. Lindy sentía curiosidad por el sexo, pero eso no era excusa para llevar a cabo experimentos. Bastante vergüenza había pasado ya después de que la hubiera visto desnuda en el río. ¿Cómo volvería a mirarlo a la cara si se acostara con él?

Lindy se metió en la cama desnuda. Estaba agotada, pero le costó dormirse. Al final, se sumió en un sueño nada reparador. El incendio de Chantry House había destapado demasiados re-cuerdos dolorosos...

—¡Lindy... despierta!

Lindy se dio cuenta de que la estaban zarandeando.

Al incorporarse y abrir los ojos, se encontró en un lugar que no conocía. Sorprendida y asustada, no supo qué decir.

—Estabas soñando —le dijo Atreus.

Lindy se fijó en su torso desnudo.

—¿Te he despertado? —le preguntó.

—Estabas chillando a todo pulmón. Debes de haber tenido una pesadilla —contestó Atreus, fijándose en los pechos que apenas cubría la sábana.

-No era irreal —murmuró Lindy—. Cuando tenía cuatro años, mi casa se incendió.

Atreus se quedó de piedra al ver que Lindy comenzaba a llorar y que no lo hacía con delicadeza ni nada por el estilo. Las lágrimas le resbalaban una detrás de otra por las mejillas, se le había hinchado la nariz y sollozaba sin parar.

Al instante y, aunque era raro en él, sintió ganas de consolarla, así que le pasó el brazo por el hombro torpemente. No le resultaba normal hacer algo así, pues se había criado en una familia en la que las muestras de cariño y de debilidad no abundaban. Le habían enseñado a no demostrar sus sentimientos, nunca había tenido una relación seria con una mujer y, de hecho, siempre las había dejado cuando las cosas se complicaban.

Lindy se sentía bien entre los brazos de Atreus.

—Mi madre me contó que suponía que mi padre se había quedado dormido en el sofá con un cigarrillo en la mano. Había bebido algo... estaba triste porque mi madre estaba ingresada... me desperté de repente y había humo entrando por debajo de la puerta... olía muy raro —recordó emocionada.

Atreus maldijo en griego.

—¿Y, después de eso, has entrado en una casa en llamas para salvar a una gata? —le preguntón con incredulidad.

Lindy seguía pensando en el pasado.

—Intenté bajar, pero veía que había fuego abajo. Tenía mucho miedo y empecé a llorar y a llamar a mi padre —recordó con voz trémula—. Lo vi un momento. La verdad es que he recordado esta noche que lo había visto. ¡Intentaba llegar a mí, pero el fuego lo alcanzó! —sollozó, escondiendo el rostro en el hombro de Atreus.

Atreus no sabía qué hacer. Con el ceño fruncido, le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí. Mientras lo hacía, recordó la soltura y la naturalidad con la que aparentemente había acudido a la carrera a Chantry House para ayudar en todo lo que había podido. Le debía de haber costado un gran esfuerzo, pero había disimulado, se había tragado el miedo y había actuado con valentía.

—Eres una mujer muy valiente, mali mu.

—Soy una mujer normal y corriente —contestó Lindy, intentando parar de llorar y controlar sus emociones—. No sé por qué me he puesto a llorar por algo que pasó hace muchos años.

—Es porque el incendio de mi casa te ha hecho recordar todo y lo ha sacado a la luz. ¿Y cómo sobreviviste al incendio de tu casa?

—Creo que me rescató un bombero, pero no me acuerdo. Tuve mucha suerte. Tengo suerte de estar viva —contestó Lindy, dándose cuenta de que se le había resbalado la sábana—. Siento mucho haberte despertado.

—Tranquila, no estaba dormido —contestó Atreus acariciándole el pelo.

Cuando Lindy elevó la mirada, sus ojos se encontraron. Atreus se inclinó sobre ella y la besó en los labios con tanto erotismo, que Lindy sintió que todas sus defensas caían. Poco a poco, fue respondiendo a los besos de Atreus. A medida que lo fue haciendo, su cuerpo comenzó a calentarse y a acelerarse y las sensaciones se fueron haciendo más y más intensas.

Por un lado, sus sensaciones físicas eran cada vez más fuertes, pero el disgusto que estaba experimentando por dentro también era muy fuerte.

Atreus le tomó los pechos en las palmas de las manos y gimió satisfecho. A continuación, comenzó a acariciar los pezones de Lindy con las yemas de los dedos pulgares y la instó a tumbarse sobre las almohadas para seguir acariciándola con la lengua.

Lindy dio un respingo de placer. Sentía la punta de la lengua de Atreus y sus dientes sobre sus pezones sobreexcitados y le costaba pensar con claridad.

—¡Apenas nos conocemos! —protestó.

—Te aseguro que ésta es la mejor manera de conocerme, glikia mu —contestó Atreus con convicción.

—¡Pero yo no quiero conocerte! —objetó Lindy.

—¿Cómo que no? Tú me deseas y yo te deseo. ¿Qué tiene de malo?

—Todo... Yo no hago este tipo de cosas.

—Tú no tienes que hacer nada, tranquila.

-Ni siquiera eres mi tipo —insistió Lindy a la desesperada.

-Haberlo dicho antes —contestó Atreus incorporándose y mirándola Lindy se apresuró a taparse los pechos desnudos con los brazos.

-Me encanta mirarte —le confesó Atreus deslizando un dedo por su cintura y su cadera—. Tienes unas curvas espectaculares.

Lindy se dejó convencer por la intensidad de su mirada. Aquello la hizo sentirse muy bien y la invitó a retirar los brazos lentamente. Aunque tímidamente, estaba descubriendo el placer que era que un hombre la mirara con aprecio y pasión.

Hasta aquel momento, ningún hombre había alabado nunca sus curvas. Hasta aquel momento, siempre había procurado disimularlas y esconderlas. Ahora, sin embargo, Atreus la estaba mirando y admirando y Lindy se sentía como una auténtica diosa.

—No apartaste la mirada en el río —lo acusó.

—Claro que no. ¿Cómo iba a perderme este espectáculo? Eres una preciosidad.

Sin pensárselo dos veces, Lindy se estiró hacia él y buscó sus labios, saboreó su aliento como un vino preciado y dejó que su lengua danzara de manera erótica por el interior de su boca mientras sentía una punzada insistente en el centro de la pelvis. Atreus había destapado en ella un apetito que no podía parar.

—¿Esto quiere decir que sí?

—Sí... —murmuró Lindy sintiéndose sexy y temeraria por primera vez en su vida.

Cuando Atreus comenzó a besarla por el cuello, Lindy dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró encantada cuando la acarició donde ningún hombre la había acariciado antes. Mientras Atreus deslizaba los dedos entre los pliegues de su intimidad, sintió que el cuerpo se movía solo. El placer era exquisito, pero, a medida que fue creciendo, se convirtió casi en una tortura. Cuanto más la acariciaba, más deseaba ella y menos podía esperar. Atreus le succionó los pezones y a Lindy se le arqueó la espalda y gritó cuando Atreus inspeccionó con los dedos su estrecho conducto de entrada.

Cuando se dio cuenta de que Atreus se estaba quitando los vaqueros, la invadió el pánico.

—No me dejes embarazada, que no estoy tomando nada —le advirtió.

—No te preocupes, jamás me arriesgaría a una cosa así —le aseguró él, poniéndose un preservativo y volviendo a tomarla con impaciencia—. Te deseo tanto, que me duele.

—¿Y a mí también me va a doler? —le preguntó Lindy.

Atreus la miró divertido.
—¿Por qué te iba doler?
—Porque... es la primera vez...
—¿Voy a ser el primero? —se extrañó Atreus. Lindy se sonrojó y asintió.
—No te preocupes. Tendré cuidado —le prometió Atreus.
Él, que jamás había tenido que tener cuidado con nada.
Pero lo consiguió.
Se tomó todo el tiempo del mundo para recorrer y acariciar el cuerpo de Lindy, para hacerla gozar y para asegurarse de que estuviera a punto cuando llegara el momento. Y, cuando ese momento llegó, Lindy vio encantada cómo Atreus gritaba de placer. Y ella también sintió un intenso gozo y una sensación maravillosa de estar verdaderamente unidos.
Después, sobrevino un agudo dolor que la hizo chillar.
Atreus se paró, le habló con suavidad en griego hasta que se relajó y, luego, recomenzó con exquisito cuidado, penetrándola muy lentamente, una y otra vez, hasta que Lindy se encontró jadeando y gritando, pero esta vez de placer.
De repente, se encontró galopando sobre un corcel intenso y erótico, fuera de control, abandonándose a la salvaje necesidad que Atreus le había provocado. Cuando le llegó el orgasmo, la tomó por sorpresa, dejándola desmadejada y satisfecha.
—Ha sido increíble... has estado increíble —comentó Atreus con una sonrisa de aprobación.
—Tú también —contestó Lindy manteniendo a raya a duras penas la vergüenza y la timidez.
A continuación, lo abrazó y lo besó mientras se decía que Atreus era un hombre muy atractivo y que se había dejado llevar por ese hecho. No tenía sentido fustigarse por algo que ya había ocurrido.
El beso y el abrazo tomaron a Atreus completamente por sorpresa, pero, cuando ella hizo amago de retirarse, se lo impidió.
—Quiero que esto se vuelva a repetir —le dijo.
Lindy lo miró estupefacta.
—No soy de aventuras de una noche —le explico
—¿Ah, no?
—No... y tú, tampoco —contestó Atreus sonriendo con malicia.

Capítulo 3

SAMSON y Sausage recibieron a Lindy con todo tipo de alharacas cuando volvió a casa. Tras hacerles unos mimos, como de costumbre, se dispuso a hacer lo que había ido a hacer porque Atreus la estaba esperando.

Samson, un Jack Russell terrier de orejas rectas y propenso a saludar a todo el mundo, se acercó a él. Sausage, por su parte, se mantuvo a distancia y Pit fue corriendo hasta sus pies y se puso a ladrar a todo volumen mientras le tiraba de la pernera. En consecuencia, Samson se puso a ladrar también y Lindy tuvo que volver y poner paz y librar a Atreus de Pit.

—Lo siento. Este perro tiene muy mal genio. Es un milagro que no le hayas dado una patada. Gracias por no hacerlo —le dijo tomando a Pit en brazos—. ¡ Ay, madre, se le ha caído un diente!

—¿Se lo habrá dejado enganchado en mi pantalón?

—No, está aquí, en la alfombra —contestó Lindy acariciando al perrillo—. No me había dado cuenta de que tuviera unos dientes tan malos. Le debe de doler. Pobrecillo.

Mientras Lindy consolaba a aquella fiera, Atreus esperó en silencio y bastante molesto. Nunca le habían hecho demasiada gracia los perros y ahora uno le había mordido y resultaba que tenía los dientes podridos.

-¿Te quieres venir a la casa conmigo? —le preguntó a Lindy.

Lindy se quedó de piedra y lo miró estupefacta. —Bueno...

preferiría que los demás no... supieran nada de...

-¿No quieres que sepan que nos hemos acostado?

Lindy tragó saliva.

-Exacto. No quiero que nadie lo sepa.

A Atreus nunca le habían pedido algo así. Normalmente, era al revés. Las mujeres estaban encantadas de que todo el mundo supiera que había algo entre ellos. Él, sin embargo, siempre había querido ser discreto y prudente. La familia Dionides era famosa por huir de la publicidad como de la peste.

No podían evitar que hablaran de ellos con ocasión de los bautizos, las bodas y las muertes, pero, más allá de aquello, Atreus y sus parientes evitaban la notoriedad pública que otros muchos ansiaban porque les parecía de mal gusto.

-Seré muy discreto —le prometió—. Nos podemos ver los fines de semana cuando venga.

Lindy se quedó mirándolo perpleja, pues le costaba pensar que entre ellos hubiera algo, una relación...

—No tenemos nada en común —comentó.

—Los polos opuestos se atraen —contestó Atreus, apartando la mirada de la rata con dientes que Lindy todavía tenía en brazos.

El Jack Russell le había puesto un hueso de goma a los pies y tenía aspecto de estar esperando que se lo tirara. El otro, el del pelo largó, también lo miraba expectante. Así que Atreus decidió dejar clara su postura.

—Nunca me han gustado demasiado los perros, ¿sabes? Y desde luego no me gusta tenerlos dentro de casa.

—Supongo que no tuviste perro de pequeño —contestó Lindy, mirándolo con compasión—. No sabes lo que te perdiste. Menos mal que vas a tener oportunidad de estar ahora con los míos.

Dicho aquello, intentó imaginarse su vida con Atreus en ella y no lo consiguió ni de lejos.

—La verdad es que no sé por qué quieres volver a verme —comentó.

Atreus se quedó anonadado. Era la primera vez que una mujer le decía algo así. Al instante, sintió que aquella mujer era diferente, que era natural y sincera, que no se parecía en nada a las mujeres con las que él solía salir.

Lindy no conocía las normas del juego al que él jugaba y podía resultar lastimada. Era evidente que no sabía dónde se estaba metiendo. Lo había dejado claro cuando lo había abrazado sin pudor. Atreus se dijo que pronto aprendería.

Sí, iba a tener que aprender porque quería volver a verla.

Lo importante era que quería que aquella mujer formara parte de su vida. Quería cambios, quería cosas nuevas y ella era como un soplo

de aire fresco.

Era una mujer fuerte, discreta y sincera, cualidades que Atreus valoraba enormemente y que no solía encontrar con facilidad. Sí, sería fácil relajarse con ella durante el fin de semana y olvidarse de las interminables jornadas de trabajo y los aburridos compromisos sociales.

Atreus se miró en los ojos violetas de Lindy y se dio cuenta de que la deseaba con más urgencia que unas horas antes. La fuerza de aquel deseo lo incomodaba, pero también le dio pie para tomarla entre sus brazos.

Siempre se había sentido más cómodo y fluido en lo físico que en lo emocional, así que, sin dudarlo, se apoderó de la boca de Lindy y le contagió su pasión. Lindy sintió una descarga eléctrica en la columna vertebral que pronto se expandió por todo su cuerpo.

La presión de sus labios y el roce de su lengua la excitaron por completo. Los pezones se le endurecieron de nuevo, se le humedeció la entrepierna y se mareó cuando lo miró a los ojos.

—Me encantaría volver a acostarme contigo ahora mismo —comentó Atreus tomándola de las caderas y apretándola contra sí para que sintiera su erección—. Con una vez no he tenido suficiente.

Lindy se sonrojó. Le costaba pensar en sí misma como en una especie de mujer tentadora, pero así la debía de ver Atreus… a juzgar por lo que tenía entre las piernas.

—Por desgracia, he quedado con los del seguro —le recordó—. Vente conmigo o vuelve al hotel, pero no te quedes aquí. No puedes hacer nada sin luz.

—No podré fabricar velas, pero puedo ir cortando lavanda y haciendo popurrí —contestó Lindy.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Lindy miró por la ventana y vio el coche de su amigo.

—Es Ben —anunció.

—¿Ben? —repitió Atreus fijándose en el BMW.

—Un amigo mío. Viene a buscar a Pip, el que te ha mordido. Es de su madre.

Cuando Lindy fue a la puerta, Ben ya había entrado en el vestíbulo.

—Como tenía el día libre, me he acercado —la saludó.

Lindy le contó lo de los dientes de Pip y le pidió que lo llevara al veterinario sin falta.

—Eso podía explicar su mal genio —le indicó—.

Le duelen las encías. Es urgente que lo lleves. Voy a buscarlo.

—¿No me vas a invitar a pasar? —se extrañó Ben. Pero Lindy ya había desaparecido pasillo delante en busca de Pip.

-¿Y esa limusina de dónde ha salido? —le preguntó Ben, alzando la voz.

Lindy apareció con Pip en brazos y, acto seguido, apareció Atreus.
-Es mía —contestó refiriéndose a la limusina.
Lindy los presentó con naturalidad.
Atreus frunció el ceño y Ben reconoció el nombre del otro inmediatamente y se puso serio.
-Anoche hubo un incendio en Chantry House todos fuimos a ayudar —le explicó Lindy. —-Lindy fue la que más ayudó —apostilló Atreus.
Lindy dio un respingo cuando Atreus le pasó un brazo por la cintura. Ben se dio cuenta y la miró sorprendido. Lindy se sonrojó.
—Me gustaría invitarte a comer por haber cuidado de Pip —comentó Ben.
—Otro día. Lindy ya tiene planes para hoy contestó Atreus.
—Lo siento —se disculpó Lindy.
¿Por qué salía de repente Ben con aquella invitación para comer? Obviamente, porque sentía curiosidad. De repente, Lindy se sintió como un queso que se disputan dos perros y se enfadó por un lado, le molestaba que Ben se hubiera presentado sin avisar y, por otro, que Atreus fuera tan arrogante como para dar por hecho que iba a aceptar su sugerencia.
Y lo cierto era que sí iba a hacerlo.
—Bueno, luego te llamo por teléfono y hablamos —se despidió Ben.
—No, no te vayas todavía —contestó Lindy—. Te invito a un café.
Atreus la miró con el ceño fruncido y se encaminó a la puerta.
—Vendré a buscarte a las doce —se despidió con frialdad.
-¿Se puede saber a qué demonios estás jugando con ese tipo? —le preguntó Ben en cuanto se quedaron a solas.
Lindy estuvo a punto de mandar a paseo a su amigo, pero se dijo que los buenos amigos tenían derecho a hacer ese tipo de preguntas.
—Está tonteando conmigo... nada más —mintió.
—Claro, qué iba a ser si no —contestó Ben—. Dudo mucho, la verdad, que Atreus Dionides se fijara en ti para algo más que un simple tonteo. Te recuerdo que es multimillonario y que sólo sale con mujeres impresionantes.
-¿Café? —le preguntó Lindy, apretando los dientes y reprimiendo a duras penas la necesidad de espetarle que, aunque él no la encontrara atractiva, Atreus sí.
Ben no se quedó mucho tiempo porque Lindy quería tener tiempo para arreglarse para salir a comer. Ben no se mostró tan informal y cómodo como de costumbre y Lindy se preguntó, aunque parecía una locura, si no sería porque a su amigo le había sorprendido y molestado que otro hombre se interesara en ella.
Lindy eligió lo más bonito que tenía, un traje pantalón negro.

Cuando Atreus llegó a buscarla, fue uno de los guardaespaldas el que se bajó del coche a llamar al timbre y quien la escoltó hasta el asiento trasero de la limusina.

—Me gustáis más las mujeres con falda —contó Atreus al verla.

-¿De verdad? —contestó Lindy—. ¿Y? ¿Qué esperas? ¿Quieres que me lo apunte y que no me vuelva a poner unos pantalones?

-¿Y Ben qué lugar ocupa en tu vida? —le preguntó Atreus ignorando su comentario.

Lindy lo miró sorprendida y se rió.

-Estuve muy enamorada de él a los dieciocho años. Por desgracia, él nunca me correspondió. Al final, dejé de verlo como al amor de mi vida y nos hicimos amigos. Y llevamos siendo amigos desde entonces.

Atreus bajó la mirada. No le había hecho ninguna gracia que Ben apareciera en casa de Lindy y ahora ella le decía que había estado enamorada de él... Atreus se dijo que nunca había sido posesivo con sus conquistas y que no iba a empezar ahora. Así que volvió a mirar a Lindy a los ojos y sonrió al ver que estaba encantada de salir a comer con él, pero también nerviosa porque no querían que la vieran con él.

—Vamos a comer en la suite —anunció, tomándola de la mano para acercarse.

—Atreus... —murmuró Lindy tras un largo beso que la dejó mareada—. Somos las dos personas que menos pegamos del mundo.

—Tienes ideas muy obsoletas, pero me gustan —comentó Atreus, besándola por el cuello y haciéndola estremecerse de pies a cabeza—. Esto te gusta, ¿verdad?

—Bueno...

—Di la verdad.

—La verdad es que esto es indecente y que yo normalmente no me comporto así. ¡Ésta no soy yo! —protestó Lindy, encontrándose tumbada y con Atreus encima.

—Pero te gusta, ¿eh? —insistió él—. Además, ¿cómo vas a saber cómo eres en este aspecto de tu vida si antes no te habías acostado con nadie? Ser tu educador sexual me excita.

Mientras lo decía, Atreus le acarició la cara interna del muslo y Lindy creyó que iba a explotar de calor. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Qué había sido de su sentido común y de su prudencia? Que se habían ido a tomar viento, junto con sus veintiséis años de vida organizada y solitaria.

No había sido una mala vida, pero sí aburrida a más no poder.

—¿Quieres comer primero? —le preguntó Atreus. Lindy tragó saliva. La excitación era tan in-tensa, que no podía hablar. Aquel hombre tenía una enorme influencia sobre ella y la estaba cambiando. Si eso estaba sucediendo en menos veinticuatro horas...

Claro que lo suyo no iba a durar. Era imposible. Eran

completamente opuestos. Sí, se atraían, pero nada más. Lo suyo iba a ser explosivo y breve porque se iba a consumir rápidamente y, cuando eso sucediera y todo acabaría, ella se iba a sentir fatal.

Lindy miró a Atreus a los ojos y decidió que sobreviviría con tal de estar con él un poquito más.

***

Cuatro meses después, Lindy y Atreus seguían pasando casi todos los fines de semana juntos.

La diferencia era que ahora Lindy estaba lo locamente enamorada y tan feliz, que se despertaba todos los días con una sonrisa de felicidad. Un día, sin embargo, se produjo una fisura en su felicidad cuando vio una fotografía en un artículo de cotilleo.

Se trataba de Atreus con otra mujer.

La habían hecho en un baile de beneficencia y la preciosa mujer aparecía abrazando a Atreus. Lindy se sintió fatal, pero decidió no mencionar nada. No quería actuar de manera posesiva. Sabia que a Atreus no le gustaría.

Pero al cabo de un par de noches sin dormir, se dio cuenta de que no podía permanecer callada. Atreus era su pareja y ella necesitaba saber que era la única mujer que había en aquellos momentos en su vida, así que, como había quedado con él para cenar en Chantry House aquel fin de semana, decidió sacar a colación con delicadeza un tema un tanto espinoso: ¿qué hacía Atreus entre semana?

Un estupendo equipo de reformas había reconstruido la preciosa casa de estilo georgiano en tiempo récord. Lindy había sido testigo de todo el proceso, había visto cómo Atreus exigía lo mejor y cómo la obra estaba terminada en un plazo que parecía imposible.

Durante la cena, Lindy no encontró ninguna excusa para sacar a relucir el tema de conversación que tanto le interesaba y comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Atreus cuando se levantaron de la mesa.

—¿Por qué lo dices? —contestó Lindy, sintiéndose como una cobarde.

—Has estado muy callada, mali mu. Es muy raro en ti.

—Esta semana he visto una fotografía en la que estabais otra mujer y tú —contestó Lindy no pudiendo evitar cierto tono acusador.

Aunque Atreus sabía perfectamente de qué periódico se trataba, con quién lo habían retratado y dónde, se hizo el distraído.

—¿Ah, sí?

—Por lo visto, fuiste a un baile con ella —contestó Lindy con ansiedad—. ¿Quién es? —añadió mientras entraban en el salón, donde les estaban sirviendo una copa.

—Una amiga... de las muchas que tengo —contestó Atreus.

Lindy se sonrojó.

—Crees que no tengo derecho a preguntar, ¿verdad? Pero sí lo tengo porque no quiero ser una más —le espetó.

Atreus se sintió culpable, algo a lo que no estaba acostumbrado en absoluto. Aunque siempre le había parecido más fácil no definir los límites de las relaciones que mantenía, ahora se sentía mal porque Lindy era inocente y candorosa.

—Lindy...

—Dime la verdad. Necesito saberlo. No he pegado ojo desde que vi la foto —confesó.

Atreus la tomó de la mano.

—Sé razonable —le dijo—. No me acuesto con nadie. Soy hombre de una sola mujer, pero sí es cierto que, aunque me acuesto contigo, tengo muchas amigas que me acompañan a actos y eventos sociales.

Lindy sintió que podía volver a respirar con normalidad a pesar de que el corazón todavía le latía desbocado por el miedo. Atreus le había dicho lo que quería oír, que sólo, estaba con una mujer a la vez.

Lindy se dio cuenta entonces de que nunca le había puesto límites a su relación. Se había embarcado en ella sin pensarlo, se había acabado enamorando de Atreus y nunca habían hablado de normas. Claro que, por otra parte, seguro que Atreus se saltaría cualquier norma que intentara imponerle.

A primera hora de la madruga, Lindy se despertó y se quedó mirando a Atreus, que dormía plácidamente. Se sentía feliz y saciada. Su corazón volvía a latir satisfecho, lleno de amor, pero su mente no podía parar de recordar la conversación que habían mantenido después de cenar.

Aunque Atreus la había tranquilizado, Lindy estaba convencida de que había perdido puntos a sus ojos por necesitar, precisamente, que la tranquilizara.

Tenía la sensación de que había quedado como una mujer débil y víctima e insegura, una imagen que no quería dar porque sabía que a Atreus le gustaban las mujeres fuertes y seguras de sí mismas.

Así que debía mostrarse fuerte y segura de sí misma.

No volvería a comportarse como lo había hecho aquella noche.

***

Un año después de haber tomado aquella decisión, Ben Halliwell se presentó, como venía haciendo últimamente, sin avisar. Lindy acababa de terminar de trabajar, así que le convidó a un café y Ben se comió dos buenos trozos de tarta de queso antes de ir al grano.

—Quiero que veas esto para que te quede claro lo que hay entre

Atreus Dionides y tú —le dijo, dejando sobre la mesa un periódico.

Lindy se quedó mirando la fotografía en la que se veía a Atreus con una rubia despampanante cargada de joyas y con un vestido de fiesta divino. Al instante, sintió que se ponía a sudar, pero consiguió devolverle el periódico a Ben con una mirada de reproche.

No era ni la primera vez que veía algo así y era consciente de que, probablemente, no sería la última, pero le molestaba sobremanera que Ben estuviera siempre criticando a Atreus.

—Atreus tuvo una fiesta de beneficencia a favor de un hospital infantil el lunes por la noche —le explicó a su amigo—. Ella sería una de las organizadoras.

—¡Deja de excusarlo! —exclamó Ben enfadado—. Carde Hetherington es una rica heredera y es obvio que a Atreus no le da vergüenza que lo vean en público con ella.

—¡Tampoco le da vergüenza que lo vean conmigo! —se defendió Lindy—. No seas injusto. Sabes perfectamente que fui yo quien le pidió discreción y no él a mí. No quería que nos vieran juntos... no quiero que comenten nada sobre nosotros... ¡me moriría si mi foto apareciera en la prensa!

—¿Cómo puedes ser tan ingenua, Lindy? —protestó Ben—. No está siendo discreto, lo que pasa es que te ha convertido en un secreto sucio en su vida.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —se enfureció Lindy poniéndose en pie.

Al hacerlo, se mareó. Como supuso que había sido por la velocidad con la que se había levantado, no le dio importancia.

-Te guste o no, es la verdad —insistió Ben sin darse cuenta de que su amiga había palidecido—. Eres su amante, no su novia. Sólo lo ves cuando viene, nunca te lleva a ninguna parte.

-¡No soy su amante! —se defendió Lindy.

-Pero tampoco eres una rubia despampanante de las que le gustan, así que, ¿qué lugar ocupas exactamente en su vida?

Dolida por semejante comentario, Lindy se volvió a dejar caer en su butaca.

—¿Por qué siempre atacas a Atreus?

—Porque tú y yo llevamos muchos años siendo amigos y desde hace año y medio ese hombre está jugando contigo. Lo vuestro no tiene futuro. Por cómo te trata, podría estar casado. Eres su amante.

-¡Atreus me trata muy bien! —exclamó Lindy. —Es multimillonario y se lo puede permitir. —No me refería al dinero. Tú no entiendes lo que hay entre nosotros.

-Me parece que la que no lo entiende eres tú te enamoraste de él y empezaste a vivir en un mundo de fantasía. ¿Dónde está tu objetividad? lo único que quiero es que abras los ojos. Estás perdiendo

el tiempo con él. Dionides nunca te va dar lo que tú quieres.

-Tú no tienes ni idea de lo que yo quiero.

—¿Ah, no? Esta vida no es para ti. Tú quieres casarte y tener seguridad, pero has accedido a embarcarte en una relación que te empeñas en ver como el súmmum del romanticismo. Quiero que me contestes a una cosa: si tan feliz eres con él ¿por qué no se lo has presentado aún a Elinor a Alissa?

—Porque no suelen estar en Inglaterra —contestó Lindy a la defensiva—. Te recuerdo que una vive en Oriente Medio y la otra viaja mucha.

—¿Les has hablado siquiera de él? ¿Saben que existe?

Lindy enrojeció.

Lo cierto era que hacía tan sólo unas semanas que había telefoneado a sus amigas para hablarles de Atreus.

-Claro que sí —contestó—. No quiero seguir hablando de esto. No me gusta nada que hables mal de Atreus. No quiero seguir con esta conversación.

-Piensa en lo que te he dicho —insistió Ben—.Pregúntale a Atreus hacia dónde va vuestra relación. No creo que te guste la respuesta.

—¿Y qué hay de tu ascenso? —le preguntó Lindy a su amigo para cambiar de tema.

-Dentro de dos semanas tengo que ir a la boda de mi jefe —le dijo Ben al irse—. He pensado que, a lo mejor, te apetece venir conmigo. Es en Headby Hall, que está muy cerca de aquí. Ya sé que te lo digo con poca antelación, pero, ¿te apetece acompañarme?

Lindy lo miró sorprendida.

-No sé...

—Por favor —insistió Ben—. No me haría ninguna gracia tener que ir solo... me pondría muy triste...

Lindy se rió y se preguntó por qué su amigo ya no salía cada mes con una mujer diferente. Lo cierto era que ahora se veían mucho más.

—Está bien. Dime la fecha exacta.

—Espero que no te cueste una discusión con Atreus —se burló Ben.

—Por supuesto que no —contestó Lindy elevando el mentón—. Atreus no cuestiona lo que yo hago.

Una vez a solas, Lindy se dijo que lo cierto era que casi nunca hacía nada los fines de semana para poder estar con Atreus.

Lindy se encontraba de un humor maravilloso antes de la visita de su amigo porque era viernes e iba a ver a su amor en unas horas, pero ahora se sentía triste por las preguntas de Ben.

Lindy vivía para el fin de semana, lo que hacía entre semana le daba igual, lo único importante era el tiempo que pasaba con Atreus. Hasta que Ben le había arrojado aquella fotografía, había conseguido ignorar la realidad: Atreus vivía otra vida cuando no estaba con ella.

¿Por eso había dejado de comprar la prensa? ¿Para no ver a Atreus con otras? Lindy no quería contestar a aquella pregunta. Hacía tiempo que Atreus le había explicado por qué de vez en cuando lo fotografiaban con otras mujeres y Lindy confiaba en él.

Lo que había empezado como una relación superficial se había ido afianzando y profundizando y Lindy había vivido muy feliz durante un año y medio. Atreus la llamaba casi todos los días y estaba pendiente de ella. De verdad. No se lo hacía saber porque no se le daba bien verbalizar las cosas, pero se lo demostraba de otras maneras.

¿Acaso no había adelantado su vuelta desde Grecia cuando se había enterado de que Lindy estaba en el hospital porque un coche la había tirado de la bicicleta? ¿Acaso no se había despertado en un par de ocasiones y se lo había encontrado sentado a su lado mirándola en mitad de la noche? ¿Acaso no le había regalado un coche impresionante?

De hecho, su primera discusión de verdad la habían tenido por eso. Lindy le había dicho que no pensaba aceptarlo y Atreus había insistido diciendo que le parecía muy peligroso que se moviera en bici. La discusión había ido subiendo de tono hasta que Lindy había cedido por miedo a perderlo.

El otro tema por el que habían discutido había sido que Atreus se había negado a que Lindy pagara su alquiler como los demás inquilinos.

—¿Cómo voy a aceptar tu dinero? —le había preguntado Atreus furioso—. Trabajas mucho para sobrevivir. ¿Para qué me vas a pagar cuando a mí me sobra el dinero?

Aquel tema todavía coleaba porque, aunque Lindy pagaba su alquiler todos los meses religiosamente, Atreus le devolvía el dinero a su cuenta bancaria todos los meses también. Cuando se paraba a preguntarse lo que el administrador pensaría de todo aquello, se encogía de vergüenza. Demasiada gente sabía lo que había entre el dueño de la finca Chantry y ella.

¿Cómo no lo iban a saber? Una tarde se había encontrado con el párroco de su iglesia en casa de Atreus.

Mucha gente lo sabía, pero nadie decía nada.

El único que se había metido donde no lo llamaban había sido Ben. ¿Y qué derecho tenía cuando nunca había mantenido una relación seria con una mujer?

A las seis de la tarde, Lindy estaba preparada. Había hecho la bolsa de fin de semana y los perros estaban listos. Llevaba una bonita falda tubo gris y un jersey morado con zapatos negros de tacón.

Desde que había conocido a Atreus, había ido cambiando su vestuario. Cada vez se sentía más segura de su cuerpo y se iba atreviendo a llevar ropa más ceñida y femenina. Había entregado sus

faldas anchas y sus blusas sin formas a la iglesia, se había cortado el pelo con mucho más estilo y había vuelto a descubrir el maquillaje. Atreus no había comentado nunca nada sobre aquellos cambios. Por lo visto, no sentía la necesidad. Tampoco debía de sentir la necesidad de invitarla a salir por ahí. Aquello, no debería importarle, pues había sido ella quien le había dicho que no quería que los vieran juntos, pero ahora quería que la invitara.

Lindy no iba a hacerle preguntas estúpidas sobre el futuro a Atreus. Estaba feliz y contenta como estaba.

Veinte minutos después llegó la limusina y Lindy se subió con su bolsa, con sus perros y sus tacones. El coche los llevó a todos a la casa principal. El chófer le abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a los perros y saludar a Lindy.

Phoebe Carstairs sólo trabajaba entre semana los fines de semana solían llegar un chef francés y un equipo de camareros griegos. Se presentaban antes que Atreus para asegurarse de que todo estuviera listo antes de su llegada.

Lindy entró en la casa con paso ligero. Estaba contenta. Dejó que Dimitri la guiara a la biblioteca que Atreus utilizaba como despacho...

Capítulo 4

ATREUS llevaba un precioso traje gris marengo que realzaba su masculinidad y su cuerpo bien formado. Estaba hablando por teléfono junto a uno de los ventanales de la estancia. Lindy se tomó unos segundos para observarlo y disfrutar de lo que veía.

¡ Qué gran placer volver a verlo!.

Cuando se giró y la vio, sus ojos adquirieron un brillo nuevo y le sonrió. Samson y Sausage salieron corriendo hacia él. Lindy se adelantó para que no lo molestaran mientras hablaba y se puso en medio, de espaldas a ellos. Cuando recibió el impacto de sus patitas, se fue hacia delante. Atreus la sujetó para que no perdiera el equilibrio y le sonrió con afecto.

A Atreus le encantaba lo natural que era Lindy. Nunca intentando esconder ni disimular nada. A diferencia de otras muchas mujeres, no tenía nada de artificial.

En cuanto percibió el aroma de su pelo y de su piel, sintió que le pulsaba la entrepierna de manera erótica, así que la tomó de la cintura y le puso los labios sobre un punto justo debajo de la oreja que sabía que la volvía loca.

Lindy se estremeció de gusto.

Atreus se despidió repentinamente de su interlocutor, colgó el teléfono y se apoderó de la boca de Lindy para besarla con pasión.

—Un fin de semana no es suficiente —comentó—. Luego vienen cinco días de celibato. Se me hace insoportable.

Lindy ronroneó encantada ante aquellas palabras.

—Podría ir a Londres de vez en cuando —comentó contenta ante la posibilidad de entrar en aquel otro mundo que Atreus habitaba.

Atreus apretó los dientes.

—Prefiero dejar las cosas tal y como están contestó—. Así, durante la semana me puedo concentrar en los negocios y ambos tenemos nuestro espacio vital.

Lindy se entristeció. En realidad, ella nunca había querido aquel espacio, pero había accedido en silencio porque era lo que él había estipulado. Al darse cuenta de algo tan horrible, se estremeció. ¿Cuándo se había olvidado de ella para anteponer los deseos de él a los suyos?

Por otra parte, era consciente de que a los hombres no les gustaban las mujeres pesadas. Una mujer que insiste en pasar mucho tiempo en su pareja puede resultar claustrofóbica.

Lo que Ben le había dicho la había llenado de inseguridades e intentó olvidarse de ellas disfrutando del abrazo de Atreus.

Lo amaba profundamente y tenía todo el fin de semana para disfrutar de él. ¿Cómo iba a dejar que su falta de confianza lo estropeara todo? No había sido su intención inicial enamorarse de él, había confiado en que su inteligencia la supiera mantener alejada de albergar aquellos sentimientos tan profundos por un hombre tan diferente a ella que era imposible que hubiera nada serio y duradero entre ellos.

Aun así, no había podido evitar caer rendida ante su carisma y su sensualidad. Cada vez que lo veía, se enamoraba más de él. Tres meses

después de empezar su aventura, ya estaba completamente entregada.

Atreus se preguntó de dónde se habría sacado Lindy la horrible idea de ir a verlo a Londres entre semana. ¿Tal vez el que había sido el amor de su vida en el pasado había vuelto a hacer de las suyas?

Atreus sabía que el amiguito de Lindy había ido a verla aquella tarde. Atreus tenía muy claro que Ben Halliwell no le tenía por trigo limpio. El joven estaba esperando el momento oportuno para crear problemas.

«Y Lindy se deja influenciar con facilidad», pensó mientras la mantenía estrechada entre sus brazos y le acariciaba la espalda.

Tal vez tendría que hablar con Halliwell para pedirle que no se volviera a acercar a Lindy. Tenía muy claro que ella, que siempre pensaba lo mejor de los demás y lo peor de sí misma, jamás lo haría.

Evidentemente, a Lindy no se le había pasado por la cabeza que su viejo amigo quería lo que durante años había desdeñado y, desde luego, no iba a ser Atreus quien se lo dijera.

—Te he echado de menos —confesó Lindy mordiéndose la lengua en cuanto lo hubo dicho.

—La semana se me ha hecho interminable —contestó Atreus apretándola contra su cuerpo y besándola de nuevo.

Lindy sintió que la sangre le corría a más velocidad por las venas. Al instante, las rodillas le flaquearon. El deseo que sentía en la pelvis era tan intenso, que estuvo a punto de empezar a gemir. Aunque su mente estaba plagada de miedos y de inseguridades, su cuerpo reaccionaba por cuenta propia.

Lindy cerró los ojos con fuerza y frustración, intentando sobreponerse al deseo, odiando la certeza de saber que sólo se sentiría a salvo en la cama con él. En la cama era donde se sentía más necesitada y valorada.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué tipo de relación tenían?

—¿Qué te pasa? —murmuró Atreus.

—Nada —contestó Lindy.

Atreus tenía una especia de sexto sentido y siempre sabía lo que Lindy sabía y pensaba. Aunque tenía muy claro que a Lindy le ocurría algo, estaba demasiado excitado como para detenerse a hablar, así que la volvió a besar y la tomó en brazos.

—Creo que hoy vamos a cenar un poquito tarde —bromeó con voz grave.

Tras indicar a los perros que no subieran las escaleras con ellos, Atreus la condujo al dormitorio y la dejó sobre la cama.

Lindy sentía el corazón latiéndole aceleradamente.

Atreus le bajó la cremallera de la falda y la prenda resbaló por sus caderas y cayó al suelo. A continuación, la despojó del jersey y con un sonido gutural muy masculino y satisfecho se apoderó de sus cremosos

pechos.

-A partir de la hora de comer, todos los viernes, sólo pienso en ti —le dijo, desabrochándole el sujetador y volviéndola a besar.

-Creía que íbamos a hablar —contestó Lindy intentando sofocar el fuego que ardía en sus entrañas.

—Tal y como me pones, mali mu, no puedo hablar —dijo Atreus, despojándose de la chaqueta y de la corbata y desabrochándose la camisa.

Lindy se encontró acariciándole el pelo, incapaz de recordar qué era aquello de lo qué quería que hablaran. En aquellos momentos, tenía otras prioridades. Así se lo indicaba el calor y la humedad que sentía entre las piernas.

Atreus se apoderó de uno de sus pezones mientras le quitaba las braguitas. En cuanto sintió su boca en su cuerpo, la columna vertebral de Lindy se arqueó hacia delante y se separó del colchón.

Le temblaron las piernas y se le aceleró el corazón cuando Atreus deslizó una mano sobre su pubis y palpó el lugar más erótico de su cuerpo. Lindy no tardó en alcanzar unas cotas de placer insuperables que, paradójicamente, la llevaron a desear todavía más, así que entreabrió los labios y lo pidió a gritos.

-Yo también te deseo, glikia mu —contestó Atreus tomándola con fuerza de las caderas para colocarse encima de ella.

Cuando ya se disponía a penetrarla, se apartó repentinamente y buscó un preservativo.

-Hay que tener cuidado con los preservativos. No vaya a ser que metamos la pata con estas cosas —sonrió—. Eso lo estropearía todo.

Mientras Atreus se adentraba en su cuerpo, sus palabras reverberaban en la cabeza de Lindy, que intentó no darles importancia y se dijo que sólo estaba haciendo lo correcto.

Cuando sintió las manos de Atreus en sus nalgas y su miembro en lo más profundo de su interior, Lindy se olvidó del disgusto que le habían producido. La excitación corría en cascada por su cuerpo. Atreus la excitaba cada día más. El orgasmo en aquella ocasión fue más potente que nunca.

Mientras las llamas del éxtasis la devoraban, Lindy se dio cuenta de que estaba llorando y se quedó estupefacta.

-He debido de ser muy bueno en otra vida porque jamás ninguna mujer me ha dado tanto placer en la cama como me das tú -comentó Atreus satisfecho, dejándose caer a su lado y mirándola a los ojos-. La química que hay entre nosotros es increíble.

Lindy se sintió ante aquel cumplido más importante que todas sus predecesoras, pero su mente le recordó las palabras que Atreus había pronunciado minutos antes.

-¿Por qué has dicho que un error con los preservativos lo

estropearía todo?

-Porque es la verdad -contestó Atreus-. No quiero tener hijos contigo.

Lindy, a la que le encantaban los niños, sintió que el corazón se le rompía ante la brutal sinceridad de Atreus. Sobre todo, porque en sus momentos de mayor locura, había soñado con tener un hijo con él.

-¿No te gustan los niños? -le preguntó.

Con las alarmas disparándose a todo volumen en su cabeza, Atreus frunció el ceño. Aunque Lindy nunca había comentado nada al respecto, sabía que le encantaban los niños porque, cuando sus amigas le mandaban fotografías de sus retoños, no paraba de hablar de ellos. Hacía meses que Atreus tenía la sensación de que los perros y los gatos que recogía sustituían a los hijos que tendría algún día.

-Después de las dos batallas legales que he tenido que sufrir por supuestos casos de paternidad, se me han quitado las ganas de ser padre -contestó, optando por contarle la verdad.

-¿Batallas legales? ¿O sea que tienes hijos?

-No que yo sepa, pero algunas mujeres se han empeñado en hacerme creer que sí.

Lindy lo miró a los ojos y vio que Atreus estaba enfadado.

-¿Por qué?

-Evidentemente, un hombre rico es un buen blanco y endosarle un niño es un seguro de vida -contestó con sarcasmo-. Menos mal que las pruebas de ADN demostraron que yo no era el padre de ninguno de esos niños. De no haber existido esas pruebas, quizás me hubiera tenido que hacer cargo de mantener a esos niños y a sus madres para toda la vida.

-Entiendo que no quieras ser padre en esas circunstancias.

-Sólo tendré hijos cuando me case. Lindy sintió aquella frase como una segunda bofetada. Primero le decía que no quería tener hijos con ella y ahora que sólo los tendría con la mujer con la que se casara. Así que, evidentemente, tampoco se le pasaba por la cabeza casarse con ella.

¿Y qué esperaba?

Lindy se apartó lentamente.

De repente, los brazos de Atreus no se le antojaban el lugar más seguro y maravilloso del mundo.

-¿Y con qué tipo de mujer te quieres casar? —le preguntó.

Ya que había salido aquel tema de conversación, quería tener las cosas claras.

-No me apetece seguir con este tema —contestó Atreus.

-Es obvio que tienes muy bien delineado y pensado tu futuro —insistió Lindy en un tono de voz serio y frío que Atreus nunca le había oído emplear—. Me parece que tengo derecho a saberlo después del

tiempo que llevamos juntos.

Molesto con ella por sacar aquel tema, Atreus contestó con crueldad.

-Cuando llegue el momento, me casaré con una mujer rica de mi entorno social.

Hasta aquel momento, Lindy no se había dado cuenta de hasta qué punto había dejado que sus locos sueños le ocuparan la cabeza. Ahora se daba cuenta de que jamás había tenido ni tendría la más mínima oportunidad de convertirse en la esposa de Atreus Dionides.

No tenía dinero ni procedía de una clase social parecida a la suya. Para él, sólo era un pasatiempo, una aventura, una amante.

Lindy se puso en pie y comenzó a vestirse a toda velocidad.

Ben le había dicho que no le iba a gustar la respuesta de Atreus si se atrevía a preguntarle por ciertas cosas y tenía razón.

Atreus no la quería.

No debía ni de parecerle especial. ¿Cómo se lo iba a parecer cuando era pobre, trabajadora e hija de unos padres que no tenían estudios?

Debía de avergonzarse de ella, más bien.

—Lindy, ¿qué ocurre? —le preguntó exasperado.

—Nada, no ocurre nada —contestó ella—. Deberías haberme dicho esto hace meses. Así, habría tenido muy claro que estaba embarcada en una relación sin futuro.

—¿Por qué sin futuro? —se indignó Atreus con impaciencia—. ¡No tengo intención de casarme pronto!

—¡Mira que eres esnob! —exclamó Lindy—. Como no provengo de una familia adinerada, seguro que nunca me has tomado en serio...

-¿Por qué te iba a tomar en serio? —le preguntó en tono burlón mientras se incorporaba y se apoyaba en las almohadas—. Nos lo pasamos bien juntos. No soy esnob. De hecho, las diferencias que hay entre nosotros han sido la sal y a pimienta...

-¡La verdad es que en estos momentos no quiero ni sal ni pimienta! ¡Esto no tiene ninguna gracia! —le espetó Lindy.

Acto seguido, apretó los dientes para no seguir hablando. Estaba furiosa y no sabía a ciencia cierta lo que saldría por su boca. No quería perder la dignidad, así que eligió el silencio.

Estaba destrozada.

El hombre del que estaba enamorada le estaba diciendo que, para él, lo que había habido entre ellos había sido una aventura muy divertida sazonada por las diferencias que había entre ellos.

Atreus no se podía creer que Lindy estuviera reaccionando como lo estaba haciendo. Desde el principio, le había encantado de ella que nunca se enfadaba ni le montaba numeritos. La tenía por una mujer serena y razonable que nunca pedía cosas imposibles ni discutía.

El único lugar y momento donde se revelaba su pasión era en la cama, lo que a él le encantaba.

Atreus se puso en pie y, sin previo aviso, la tomó en brazos.

-¿Se puede saber qué haces? —le espetó Lindy furiosa.

—Te llevo de vuelta a la cama, a ver si recuperas la cordura, glikia mu —contestó Atreus algo molesto por su tono.

-¡No pienso volver a la cama contigo! —gritó Lindy—. ¡Lo nuestro ha terminado!

Capítulo 5

ATREUS se dejó caer sobre las almohadas de nuevo, resopló y se quedó mirando a Lindy.

—No me esperaba estos melodramas absurdos de ti —comentó—. ¿Así que te enteras de que no vamos a casarnos y decides poner fin a nuestra relación? ¿Tiras todo por la borda? ¿No te parece un comportamiento poco razonable por tu parte?

—No. ¡Por cómo lo has dicho, me ha quedado claro que no me respetas ni me tomas en serio! —protestó Lindy con vehemencia—. Soy la chica con la que te acuestas los fines de semana y a la que nunca muestras en público y ya estoy harta. No es suficiente para mí.

Atreus la miró furioso.

—Pues sí te ha parecido suficiente todo este tiempo. Te recuerdo que fuiste tú la que insistió en que no nos vieran junto en público.

—¡ Soy tu amante! —replicó Lindy con disgusto—. ¿No es así?

-Qué palabra tan anticuada —comentó Atreus.

—¿Por qué no admites que, por muy anticuada que sea, eso es exactamente lo que soy? —le gritó Lindy, apretando los puños para intentar controlarse.

Atreus la miró con censura.

-Muy bien. Eres mi amante.

Lindy lo miró fijamente. Las lágrimas de rabia y de humillación se le desbordaban de los ojos. Sentía un irrefrenable impulso de ponerse a gritar y a tirar cosas a diestro y siniestro. Hubiera preferido que Atreus negara que era su amante porque aquella palabra se le antojaba la mayor de las humillaciones.

-Pero eso no quiere decir que no seas importante en mi vida —continuó Atreus—. Eres importante para mí.

-Sí, para las sesiones de sexo, para pasártelo bien... no soy más que la chica de los fines de semana, la que te hace pasártelo bien y no te da problemas —comentó dolida.

El corazón le latía tan aceleradamente, que creyó que le iba a explotar en el pecho o que le iba a dar un ataque de pánico. Nunca le había dado uno... claro que nunca había sufrido tanto. Aunque se despreciaba a sí misma por haber permitido que la tratara así, no podía imaginarse su vida sin Atreus.

Su amante.

Eso era lo que siempre había sido para él.

Lo único.

Durante todos aquellos meses, se había estado engañando a sí misma, imaginando cosas que no existían en realidad.

Ahora resultaba que no era más que una amante, una mujer que se tiene para obtener placer sexual, se mantiene siempre en un discreto

segundo plano y no quiere más que la aprobación y el apoyo económico del hombre con el que se acuesta.

¡Ahora entendía por qué Atreus había insistido tanto para que aceptara el coche que le había regalado y por qué se negaba a cobrarle el alquiler!

Se supone que una amante acepta que su hombre la mantenga y, sobre todo, se supone que no hace preguntas como las que ella acababa de hacer.

—Yo te valoro mucho —continuó Atreus—. Eres la primera mujer con la que estoy tanto tiempo.

Lindy veía las cosas de otra manera. Aunque nunca se lo había dicho con palabras, lo había amado sobremanera, lo había adorado y admirado y había vivido para él.

Y todo eso sin pedir nada a cambio.

No era de extrañar que Atreus siguiera con ella. Le era muy fácil. Y ahora le decía que la valoraba, pero no era cierto porque le hablaba con palabras vacías que no le obligaban a ningún compromiso, no le ofrecía nada duradero ni profundo.

Por la cautela con la que le estaba hablando, Lindy comprendió también que Atreus había te-nido siempre muy claro el lugar exacto que ocupaba ella en su vida.

Para él, no había sido siempre más que su amante.

Qué patética creyendo que podía ser algo más.

Atreus maldijo en voz baja cuando Lindy salió dando un portazo. ¿Pero qué demonios le había pasado? Creía conocerla muy bien, pero se estaba comportando como una completa desconocida. ¿De dónde había salido aquel genio? ¿Y aquellas horribles preguntas? ¿Así, de repente? ¿Tal Ben Halliwell había tenido algo que ver en todo aquello?

Atreus se pasó los dedos por el pelo. Estaba furioso. La situación le había estallado en la cara, lo había tomado completamente por sorpresa y él no estaba acostumbrado a que le pasaran esas cosas.

¿Y por qué Lindy se comportaba de manera tan necia? Cientos de mujeres habrían matado para estar en su lugar. ¿Qué tenía de malo ser su amante? Con lo bien que estaban juntos. Nunca habían tenido la necesidad de discutir por cosas absurdas como las que habían salido a colación hacía unos minutos.

Lindy nunca había preguntado nada parecido. ¿Por qué lo iba a hacer cuando él la hacía sumamente feliz?

Lo cierto era que él también era muy feliz a su lado. Cuando tenía que trabajar, Lindy nunca decía nada, se iba al refugio de animales y trabajaba durante unas horas. A menudo, Atreus iba a buscarla porque su compañía le resultaba muy grata. Era agradable estar con ella, era una mujer independiente que no lo necesitaba y se había amoldado en

su vida con naturalidad.

Pero eso no le daba derecho a realizar, ridículas demandas y a tirarle a la cara su generosidad. No estaba dispuesto a perdonárselo. ¿De verdad se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que él se quisiera casar con ella y tener hijos? ¿Lo había tomado por un don nadie cuando era uno de los hombres más ricos del mundo?

¿Sería un esnob? Atreus era consciente de que su familia esperaba que se casara con una mujer de la alta sociedad. Su padre se había divorciado, se había vuelto a casar y, a partir de entonces, había llevado una vida caótica, lo que había sumido a la familia Dionides en un mundo de dolor y de vergüenza. Al final, la familia se había tenido que hacer cargo de él. Su tía y su tío se habían encargado de su educación.

Atreus había aprendido que uno no se casa con nadie que no sea de su clase social.

Estaba enfadado con Lindy, pero también dolido por su partida. Atreus se dio cuenta entonces de que ella no conocía las reglas del juego con las que él había estado jugando.

Sabía que lo mejor era dejarla partir.

***

Lindy nunca lo había pasado tan mal como lo pasó aquella noche.

Sin derramar ni una sola lágrima, volvió a pie a su casa, acompañada por sus perros, furiosa.

Sí, furiosa con Atreus y furiosa consigo misma. ¿Por qué demonios se había embarcado en una relación con él?

Aquella noche no pudo dormir, se la pasó dando vueltas, dormitó en un par de ocasiones y las dos veces se despertó buscándolo, echándolo de menos y maldiciendo su pérdida.

Samson y Sausage se subieron a la cama y se tumbaron a su lado, consolándola intuitivamente, buscando su mano y rozándola con sus hocicos.

Atreus jamás habría permitido que los perros entraran en el dormitorio y, mucho menos, que se subieran a la cama. Al pensar en él, los ojos, que ya le dolían, se le volvieron a llenar de lágrimas.

Todo había sucedido tan rápidamente que no le había dado tiempo de prepararse para el golpe. Ahora, su mundo se le antojaba vacío y sin propósito. Estaba acostumbrada a salir a montar a primera hora los sábados por la mañana.

Atreus le había enseñado y la levantaba todos los sábados sin falta en cuanto amanecía.

Cuando no trabajaba, le sobraba energía y necesitaba gastarla en algo. Lindy se sonrojó al recordar cómo había gastado esa energía en la cama con ella.

En ese momento, tuvo que salir corriendo de la cama porque le

sobrevino una náusea que la obligó a correr al baño.

No solía vomitar nunca y supuso que el disgusto que se estaba llevando le había descompuesto el aparato digestivo. Mientras se lavaba la cara, se rozó un pecho y se extrañó de que le doliera. Sabía que había mujeres a las que les dolían los pechos durante la menstruación, pero ella había tenido el periodo hacía unos días.

Era evidente que sus hormonas estaban alborotadas y que su cuerpo estaba haciendo cosas que nunca había hecho antes. Menos mal que estaba segura de no haberse quedado embarazada, pues nada más empezar su relación con Atreus había empezado a tomar la píldora. La había tenido que dejar porque los efectos secundarios eran demasiado fuertes para ella y le sentaba muy mal, así que Atreus había quedado encargado de nuevo de los preservativos. Y él se había asegurado siempre de no cometer el más mínimo error.

¡Visto lo visto, menos mal que había sido así! Seguro que si la mujer con la que se había estado acostando le dijera que se había quedado embarazada, no le haría ni caso. Seguro que, de darse esa situación, preferiría que la mujer abortara a que el niño naciera.

Así, el precioso árbol genealógico de su familia podría seguir puro, sin mezcla con la plebe.

Lindy dio gracias al cielo por no tener que pasar por una situación así.

***

Aquel fin de semana, Atreus se incorporó a su vida londinense antes de lo habitual. La semana siguiente no apareció por Chantry House. Cuando pensaba en aquel lugar, irremediablemente, pensaba en Lindy, lo que lo enfurecía porque nunca se había tenido por un hombre sensible.

Aun así, en cuanto pensaba en Chantry House, aparecía ella en sus recuerdos y el más mínimo olor a lavanda le hacía apretar los dientes.

Recordaba su esponjoso bizcocho de jengibre, el miedo que había intentando disimular la primera vez que había montado a caballo, Lindy nunca hablaba mal de nadie y, cuando él llegaba tarde, jamás le había reprochado nada.

Atreus se despertaba por las noches buscándola, echándola de menos, pero Lindy no estaba.

Atreus nunca se había enfadado por poner fin a una relación sentimental porque siempre había tenido una docena de mujeres haciendo cola para iniciar otra.

Siempre se había dicho que toda mujer era reemplazable.

Así lo había creído desde la adolescencia.

Sin embargo, al comenzar a salir ahora de nuevo, se encontró con que sus gustos habían cambiado. Ahora, le gustaban las mujeres que supieran apreciar el valor del silencio, que comieran sin preocuparse

por las calorías, las mujeres que no tardaban una eternidad en arreglarse para salir, las mujeres que supieran escuchar y participar de la conversación con comentarios inteligentes.

Cuanto más buscaba y menos encontraba, más se enfadaba.

El viernes siguiente estuvo a punto de no ir a su casa de campo, pero, de repente, se le ocurrió la solución a sus problemas.

Dicho y hecho.

Llamó al director de la finca y le dijo que quería que echara a la inquilina de The Lodge y le indicó que le ofreciera una buena suma de dinero como aliciente para que se fuera. Creyéndolo todo arreglado, aquella misma tarde se fue para allá.

Si no hubiera mirado hacia la casa de Lindy al pasar, no se habría dado cuenta de que el BMW de Halliwell estaba aparcado en la puerta. Al verlo, frunció el ceño. Le molestaba la idea de que aquel individuo no fuera a sufrir ninguna consecuencia por sus actos.

Atreus abrió la puerta de Chantry House y se le antojó que la casa estaba demasiado oscura y callada. Por supuesto, era porque ningún perro había corrido a saludarlo con sus ladridos, sus jadeos y sus juegos.

Atreus apretó los dientes y se recordó a sí mismo que nunca le había gustado tener perros dentro de casa. A continuación, se dispuso a cenar la exquisita cena que le había preparado su chef francés.

Pero la selección de manjares no incluía tarta de frutas recubierta de sirope de jengibre.

***

Aquella misma tarde, Lindy se encontraba bastante contenta ante la idea de acudir con Ben a la celebración de la boda de su amigo. Así se distraería un poco... aunque no cenara.

Desde que hacía dos semanas se le había revuelto el estómago, no había vuelto a comer con normalidad. Cada vez que lo hacía, vomitaba. Debía de tener un virus gastrointestinal y su organismo estaba intentando librarse de él. Como las gastroenteritis no había más remedio que pasarlas y aguantar, no consultó con su médico.

Había cambiado las sábanas de su cama para dejársela a Ben porque le parecía una crueldad por su parte pedirle que durmiera en el sofá con lo alto que era.

Había ido a la peluquería y se había comprado un precioso vestido azul cielo para la ocasión. Ben era divertido y pensaba disfrutar de su compañía.

Estaba decidida a dejar atrás la horrible sensación de abandono que la acompañaba desde hacía unas semanas. Tal y como se habían dado las cosas, debería haberle resultado fácil olvidarse de Atreus, pues no había intentado ponerse en contacto con ella en ningún momento para hacerle cambiar de opinión sobre su ruptura.

Eso sólo podía querer decir una cosa: nunca había sido importante para él.

Con el tiempo, dejaría de echarlo de menos, dejaría de pensar en él, dejaría de llorar por él. Algún día sería capaz de decir «¿Atreus qué?» y de verdad no acordarse de él.

Ben se mostró encantado cuando Lindy le contó que lo suyo con Atreus había terminado. Tras asegurarle que el tiempo lo cura todo y que pronto se olvidaría de él, se habían ido a la boda.

El que se olvidó pronto del asunto fue él, que estaba más interesado en trabar relaciones con los presentes en la celebración.

Lindy, por su parte, se moría por estar con sus amigas Elinor y con Alissa, pues estaba convencida de que sólo una mujer entendería por lo que estaba pasando.

Las tenía que llamar para contárselo.

***

Decidido a pasar el fin de semana tan bien como siempre, Atreus salió a montar a caballo a la mañana siguiente.

Cuando volvía, vio que el coche de Halliwell seguía aparcado en el mismo lugar que la tarde anterior.

Eso sólo podía significar una cosa.

Ben había pasado la noche allí.

Con Lindy.

Al instante, Atreus sintió que una rabia primigenia lo azotaba como una tormenta. Fue una sensación tan potente, que azuzó a su montura para acercarse sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

El enfado y la frustración que llevaba días sintiendo habían encontrado, por fin, un objetivo.

Lindy había dormido mal en el sofá, pero, cuando llamaron al timbre, los perros se pusieron como locos, así que no tuvo más remedio que levantarse. Al hacerlo, sintió náuseas, pero se aguantó.

-¿Se puede saber quién es a estas horas? —aulló Ben desde arriba.

—No tengo ni idea —contestó Lindy.

-Ahora que lo pienso, a lo mejor es para mí —recapacitó Ben—. Geoffrey Stillwood me dijo que vendría a buscarme para invitarme a cazar —recordó—. ¡Nunca he cazado, pero estoy dispuesto a intentarlo si me invita el suegro de mi jefe!

Lindy hizo una mueca de disgusto. No le hacía ninguna gracia que la gente se tomara la caza como un deporte cuando, en realidad, no era más que un asesinato de seres inocentes. Incómoda, se ató el cinturón de la bata y abrió la puerta.

Se quedó anonadada al ver a Dino, el caballo de Atreus, pastando en la hierba. El propietario del animal se erguía ante ella perfectamente ataviado para salir a montar.

Estaba impresionante.

Hasta su peor enemigo tendría que haberlo admitido así.

-No has tardado mucho en sustituirme en la cama, ¿eh? —le espetó mientras Samson y Sausage corrían hacia él para darle la bienvenida.

—Déjame a mí, yo me hago cargo —intervino Ben, haciendo a Lindy a un lado y saliendo al umbral.

-¿Ah, sí? —se mofó Atreus—. No suelo pelearme por rameras.

—No va a haber ninguna pelea —le aseguró Lindy indignada.

Pero Ben tenía otras intenciones y así lo demostró cuando atacó a Atreus y le dio un derechazo en la mandíbula.

-Que sea la última vez que le hablas así a Lindy, ¿me oyes? —le dijo mientras Atreus se recuperaba y le dirigía un golpe tan certero que el rubio se cayó al suelo de espaldas.

Treinta segundos después, mientras Ben se incorporaba quejándose de dolor y Atreus se disponía a seguir la pelea, Lindy se interpuso entre ellos.

-¡Parad ahora mismo! —les ordenó.

-Tú no te metas —contestó Atreus, tomándola de la cintura y retirándola a un lado.

—¡No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer! —protestó ella furiosa en el mismo instante en el que un teléfono móvil se ponía a sonar.

Atreus se echó atrás dispuesto a lanzar otro golpe, pero Ben levantó la mano mientras contestaba el teléfono para indicarle que le diera un momento.

—¿Geoff? Sí, ¿qué tal? Buenos días... no, ya estaba despierto, no te preocupes. Sí, sí... muy bien... claro, encantado. ¿A qué hora? Ahora mismo voy —dijo al auricular—. ¿Dónde hay una tienda de cosas de campo? —le preguntó a Lindy en cuanto colgó el teléfono.

Sorprendida, Lindy le dio la información. Ben corrió escaleras arriba a recoger sus cosas. Evidentemente, se había olvidado de defenderla ante Atreus. Era mucho más importante que uno de los terratenientes del lugar lo hubiera invitado a una cacería.

-Ya se sabe. Los analistas financieros tienen que ser personas de sangre fría —comentó Atreus al ver la cara de perplejidad de Lindy—. A los griegos jamás se nos ocurriría parar una pelea por una llamada.

—¿Sabes que estás más guapo calladito? —le espetó Lindy—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa a decir con quién me acuesto o me dejo de acostar?

Atreus se encogió de hombros.

-Yo no soy de sangre fría. Estoy seguro de que no te has olvidado de mí tan pronto —contestó muy seguro de sí mismo. Sorprendida por su crueldad y su puntería, Lindy se sonrojó, pero no dijo nada. No tenía por qué darle explicaciones.

-¿Qué demonios haces? —le preguntó al ver que Atreus ataba a su

caballo a la anilla de hierro dispuesta para tal fin en una esquina de la casa.

—¿Tú qué crees? —contestó Atreus. Lindy se quedó de piedra, pues eso era lo que solían hacer cuando salían a montar los fines de caballo. Tras una buena cabalgada, se dirigían a casa de ella, ataban a sus monturas fuera y se iban a la cama a dar rienda suelta al deseo que nunca los abandonaba. Lindy no quería recordar aquellos momentos, que, evidentemente, habían significado mucho más para ella que para él. Ben pasó corriendo a su lado, se despidió y le dijo que la llamaría durante la semana. Por lo visto, se había olvidado por completo de su altercado con Atreus. ¿De verdad creía éste que se había acostado con Ben? ¿Quería eso decir que nunca se había fiado de la amistad que mantenía Lindy con el otro hombre? ¿O, tal vez, la insultaba porque lo había dejado?

Una vez Dino estuvo bien atado, Atreus volvió frente a Lindy, que no pudo evitar quedarse mirándolo fijamente.

Ataviado con la ropa de montar a caballo, era como un sueño hecho realidad. Con aquellos pantalones apretados, aquellas botas de caña alta y su belleza natural...

Lindy sintió que el deseo se apoderaba de ella con fuerza.

-¿Por qué atas a Dino? —le preguntó.

Cuando Atreus la miró, Lindy sintió un intenso calor entre las piernas. Atreus le pasó una mano por el cuello, la agarró del pelo y se apoderó de su boca con impaciencia. Mientras la obligaba a volver a entrar en casa andando hacia atrás, Lindy sintió que el corazón le latía aceleradamente.

Se sentía sorprendida y satisfecha a un tiempo.

-No podemos...

Atreus cerró la puerta con el pie una vez dentro y apretó a Lindy contra la pared.

-¿No quieres? Dime que no.

Había vuelto a probar los labios de Atreus y, por mucha vergüenza que le diera, ya no era capaz de echarse atrás.

Era como una adicta.

Se dijo que sólo un beso.

Sí, sólo un beso más, se dijo unos segundos después, mientras Atreus se apretaba contra ella. Sí, uno más solamente, pensó mientras él le comía la boca con fruición.

Su temperatura corporal se había disparado y Lindy estaba disfrutando al sentir el maravilloso cuerpo de Atreus en contacto con el suyo.

La lógica la abandonó en el mismo instante en el que sintió su erección.

Atreus le levantó la bata y el camisón mientras Lindy se tensaba y

se estremecía. Se le había formado un nudo de deseo en las entrañas e intentó luchar contra él... incluso cuando se le ocurrió que Atreus tenía celos de Ben. ¿La habría echado tanto de menos, que estaba intentando que volviera con él? En el estado en el que se encontraba, dar crédito a ese tipo de ideas podía resultar fatal.

Atreus le abrió las piernas para comprobar si estaba húmeda. Mientras la masturbaba, Lindy se dejó caer con abandono contra la pared y jadeó de placer. Cuando Atreus se centró en el maravilloso centro de su feminidad, el cuerpo de Lindy comenzó a sacudirse de placer.

En aquel momento, ninguna advertencia de su conciencia, ninguna idea preconcebida podría haber entrado ya en su mente.

Estaba rendida.

Lindy se puso de puntillas para beber de la boca de Atreus, que la tomó en brazos y la levantó del suelo. El deseo sexual se había apoderado de él como nunca y lo hacía comportarse con brutalidad. Se sentía como una locomotora desbocada montaña abajo, lo que se le antojó una experiencia de lo más divertida.

Tras agarrar a Lindy en brazos, la llevó arriba, al dormitorio, la dejó sobre la cama y le volvió a levantar la bata y el camisón para saborear su cuerpo por completo. Gimió de placer cuando sus pechos quedaron al descubierto. Se tumbó sobre ella y comenzó a chupárselos y a gemir de satisfacción.

Estaba disfrutando tanto, que le costó acordarse de los preservativos, pero consiguió alargar la mano y sacarse uno del bolsillo. A continuación, se desabrochó los pantalones y se bajó la cremallera con impaciencia.

Lindy no podía más y temblaba de expectación. Dos de las cosas que más le gustaban de Atreus eran lo impredecible que era y la pasión que sentía por su cuerpo. Para ella, su impaciencia era el mejor de los cumplidos.

Antes de que le diera tiempo de colocarse el preservativo, Lindy se incorporó y le tomó el miembro en la boca.

—No —le dijo Atreus desconsolado—. Vas a hacer que llegue antes de tiempo, mali mu.

Encantada al ver que lo había dicho temblando de excitación, Lindy se retiró y permitió que Atreus la agarrara de las caderas y la penetrara con fuerza. Cuando sintió su miembro abriéndose paso en su cuerpo, arqueó la espalda hacia atrás y elevó la pelvis para recibir gustosa sus embestidas.

La estaba tomando de manera primitiva y a Lindy le estaba encantando, así que se abandonó al momento y disfrutó de él.

Nunca había experimentado nada tan salvaje y satisfactorio.

El orgasmo sorprendió a ambos a la vez con intensidad.

Cuando las últimas oleadas se hubieron disipado, Lindy se encontró preguntándose qué demonios había hecho. No sabía qué decir. No tendría que haber permitido que aquello sucediera.

Sí, lo deseaba y había satisfecho su apetito sexual, pero, ¿a qué precio?

Atreus salió de la experiencia muy asombrado. Era la primera vez en su vida que perdía el control por completo. No lo ayudó en absoluto ver la corbata de Ben tirada en el suelo junto a la cama.

Al instante, sintió asco y no dudó en levantarse de la cama a toda velocidad para ir al baño.

Una vez a solas, en silencio, Lindy se colocó la ropa y se estremeció ante lo que había pasado. Lo que había permitido que pasara. Después de hacer el amor, Atreus no la había besado ni abrazado.

Las cosas habían cambiado entre ellos. Todo era diferente.

Lindy se levantó de la cama. Le temblaban las piernas. Todavía sentía el cuerpo de Atreus en el suyo.

Como si hubiera hecho algo malo, bajó las escaleras a toda velocidad.

Atreus se lavó la cara y se secó. Estaba furioso. No había vuelto a sentir deseos de acostarse con nadie, pero era la primera vez en su vida que volvía a por una mujer. Para él, cuando una relación había terminado, había terminado.

Siempre había cortado las relaciones que había tenido antes de que llegaran a un punto demasiado confuso, pero lo que acababa de suceder entre Lindy y él era, como mínimo, confuso.

Sí, había sido un encuentro sexual buenísimo, pero poco apropiado. No debía olvidar que Lindy se había acostado con otro esa misma noche.

Atreus decidió que se había querido volver a acostar con ella porque ya la conocía. Sólo por eso. Ya, ¿y desde cuándo lo conocido se le antojaba tan irresistible? ¿Acaso había rebasado ya la edad de querer una mujer tras otra en la cama? ¿Habría llegado el momento de llevar una vida más tranquila con una sola mujer?

Quizás, había llegado el momento de empezar a buscar esposa en lugar de buscar otra novia. Aquella idea, la posibilidad que le daba de alejarse de Lindy y de zambullirse en un mundo que le era más conocido, lo llenó de aplomo.

—Lo siento —le dijo con frialdad cuando la encontró esperándolo en el salón.

—No sé si entiendo. ¿Por qué me pides perdón? —contestó Lindy.

No quería mirarlo a los ojos porque sentía la distancia que había entre ellos y aquello la llenaba de dolor.

—Lo que hubo entre nosotros ha terminado —declaró Atreus con seguridad—. No debería haber venido. No debería estar aquí cuando

no quiero nada contigo.

Lindy se maravilló de poder seguir respirando después de aquella agresión verbal. Así que se la había llevado a la cama y le había hecho el amor de manera apasionada, pero no había significado absolutamente nada para él.

De hecho, estaba claro que se arrepentía de lo sucedido.

—Quiero que sepas que... no me he acostado con Ben —se defendió—. He dormido en el sofá.

Atreus miró en la dirección del sofá y vio que, efectivamente, estaba preparado para hacer de cama, pero eligió desviar la mirada. No quería que nada de lo que Lindy pudiera decir pudiera tener ningún poder sobre él.

—Da igual. Ya no me interesas —contestó—. Lo de hoy no se volverá a repetir.

Mientras veía cómo se alejaba Atreus, Lindy sintió que el corazón le dejaba de latir. Respirar le hacía daño. Desde la ventana en la que estaba, se giró y se cubrió el rostro, por el que le resbalaban lágrimas desconsoladas.

Sentía náuseas y ganas de golpearse la cabeza contra la pared por permitir que ocurriera lo que había ocurrido.

¿Cómo demonios se le había ocurrido volver a acostarse con él?

Sobre todo, cuando la había llamado «ramera». ¿Acaso no tenía dignidad?

Era evidente que su relación con Atreus no había significado lo mismo para ella que para él. Para él no había sido más que una relación más mientras que a ella se le había roto el corazón...

Capítulo 6

CUARENTA y ocho horas después, Lindy estaba completamente concentrada en preparar encargos para sus clientes y se disponía a salir hacia la oficina de correos cuando llamaron al timbre de su casa.

El cartero le entregó un sobre y tuvo que firmar como que lo había recibido. A continuación, lo abrió extrañada.

Era un aviso para que dejara The Lodge por no haber pagado el alquiler.

Lindy se quedó perpleja.

No era la primera vez que le pasaba algo así. Hacía un par de meses, le había llegado una carta diciéndole que no estaba pagando el alquiler estipulado. Cuando había ido a hablar con el administrador de Chantry House y le había explicado que ella sí pagaba el alquiler, pero le era devuelto todos los meses, el hombre le había pedido perdón y le

había dicho que era una carta que se generaba automáticamente y que se olvidara del asunto e incluso, cuando Lindy se había ofrecido a hacerle un cheque por el valor de todos los meses debidos, le había dicho que no, que eso no era lo que el señor Dionides quería.

Cuando le había comentado a Atreus lo sucedido, le quedó muy claro que él ya lo sabía. Por supuesto, le indicó que había sido un error de un empleado nuevo y que no le diera importancia al asunto.

Lindy se estremeció.

Seguro que, ahora que lo suyo había terminado, Atreus prefería que se fuera. ¿Cómo había podido caer tan bajo como para utilizar aquel supuesto impago para echarla? Estupefacta ante lo que estaba sucediendo, Lindy se sentó y releyó la carta.

En ella se le decía claramente la fecha máxima que tenía para abandonar la casa. También se le indicaba que, si elegía irse antes de aquella fecha, no tendría que pagar el alquiler correspondiente al tiempo no disfrutado de la propiedad.

Lindy comprendió que, efectivamente, Atreus se estaba valiendo del asunto de los alquileres no pagados para echarla.

Aquello fue como una bofetada en la cara.

Lindy se dijo que debería consultar con un abogado, pero sabía que los servicios jurídicos eran muy caros. Si, finalmente, se tenía que ir, iba a necesitar todo el dinero que tuviera para encontrar una nueva casa y para instalarse en ella.

Por otro lado, Atreus le dejaba clara con su actitud que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para echarla. ¿Le merecía la pena luchar por quedarse? ¿Quería arriesgarse a que su relación con Atreus fuera aireada y manipulada por los tribunales?

La idea de seguir viviendo en The Lodge sabiendo que el propietario no la quería allí se le hacía muy incómoda. Le encantaba su casita y tenía terreno suficiente para tener siempre lavanda y rosas para su negocio. Además, el sótano era el lugar ideal para tener el equipo que necesitaba para preparar el popurrí y las velas y también lo utilizaba como almacén.

¿Dónde iba a encontrar una casa que le hiciera las veces de hogar y de lugar de trabajo y en que, además, le permitieran tener perros?

Le acarició la cabecita a Sausage mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. La carta la había asustado tanto, que estaba sintiendo náuseas de nuevo.

¡Atreus se había destapado y se había mostrado en todo su esplendor! ¡Menudo canalla sin escrúpulos estaba hecho! ¡Menuda rata de cloaca! Ahora comprendía por qué le había dicho meses atrás que aquello de comportarse como un caballero hacía mucho tiempo que había pasado moda.

¡Cómo había decidido que no quería seguir con él, la quería echar

como si fuera escoria!

Furiosa y confusa, Lindy llamó a su amiga Elinor. Estaba tan enfadada, que se lo contó todo, con pelos y señales, en los peores términos. Todo ello acompañado por lágrimas y sollozos y lamentos. No se podía creer que un hombre al que quería tanto la estuviera tratando tan mal.

Elinor, convertida en princesa de Quaram, el país natal de su marido, soltó unos cuantos improperios de su cargo y se despachó a gusto con el tal Atreus. También le indicó a su amiga que no se preocupara porque se le había ocurrido la solución perfecta.

Lindy colgó el teléfono sintiéndose mucho mejor aunque, en realidad, no sabía la razón porque era bastante improbable que Elinor pudiera ayudarla desde tan lejos.

Pero aquella misma noche la llamó Alissa, su otra amiga, quien le explicó que Elinor la había llamado para contarle lo ocurrido. Alissa le ofreció que utilizara una casa de campo que estaba dentro de la finca que su marido, Sergei Antonovich, había adquirido recientemente en Inglaterra para su familia.

—No puedo aceptar —contestó Lindy.

—¿Cómo que no? Así nos veremos más a menudo. Está mucho más cerca de Londres y más cerca de la casa de Elinor. Sergei dice que no es fácil encontrar buenos inquilinos hoy en día y que está encantado con la idea de que vivas en su casa. Con perros incluidos, por supuesto. Di que sí, Lindy, por favor. Estoy embarazada de nuevo y me encantaría que pasáramos tiempo juntas cuando Sergei sale de viaje.

Lindy sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de la emoción. Debía de tener el sistema hormonal sobrecargado porque estaba llorando más que nunca. Por eso, decidió hacerse unos análisis. Por si acaso lo que ella había tomado por un simple virus estomacal pudiera ser algo más grave.

Aquella noche, se encontró tumbada en la cama sin poder conciliar el sueño de lo enfadada que estaba con Atreus.

Sí, se iba a salir con la suya. Se iba a ir de su casa, pero antes le iba a dejar muy claro lo que opinaba de sus asquerosos métodos.

Lindy encendió la lamparita que tenía sobre la mesilla de noche y puso el despertador decidida a ir a Londres a la mañana siguiente para hablar con Atreus una última vez.

Después, lo borraría de su memoria y de su corazón.

***

Atreus frunció el ceño cuando le dijeron que Lindy quería verlo.

¿A qué estaba jugando? ¿Por qué habría ido a Londres? No quería que le montara ninguna escenita en el trabajo. Dionides Shipping era una empresa reputada y él siempre había mantenido sus relaciones

amorosas apartadas de la oficina.

Atreus apretó los dientes y se quedó mirando a su secretaria, que lo miraba anonadada. Llevaba unas semanas muy enfadado y perdía los nervios con facilidad, algo nada habitual en él.

¿Cuándo volvería a sentirse bien?

Fuera como fuese, no tenía más remedio que recibir a Lindy y acabar con aquello de una vez por todas. Mantener una relación con una persona que no pertenecía a su clase social podía resultar devastador. Su padre, que había sido un loco, no había aprendido la lección y él no quería cometer el mismo error.

Lindy se estremeció al entrar en el despacho de Atreus, enorme e imponente. Se había despertado al amanecer para arreglarse, pues no quería que Atreus pensara cuando la viera cómo había podido mantener una relación con ella, así que se había peinado con esmero y se había maquillado de manera natural. Ataviada con una blusa color burdeos y una falda tubo gris a juego con una chaqueta de punto se sentía lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a él.

Al verla entrar, Atreus se puso en pie. Llevaba un traje gris marengo hecho a medida. Se quedó mirándola, consciente de su boca de fresa y de sus curvas de mujer, realzadas por la blusa y la falda que llevaba.

La atracción por ella fue instantánea y Atreus se enfureció consigo mismo por no poder controlarse.

—¿En qué te puedo ayudar? —le preguntó con sarcasmo.

Lindy sintió deseos de abofetearlo.

Se erguía de pie ante ella, tan guapo como siempre, y le hablaba en aquel tono. ¿Cómo se atrevía a tratarla como si fuera una desconocida inoportuna? ¿Cómo se atrevía a mirarla con desprecio cuando pocos días antes habían hecho el amor?

Lindy sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas porque era evidente que no habían hecho el amor, ya que se necesitan dos personas para hacer el amor y Atreus sólo había tenido sexo con ella, sexo informal, sin compromiso y primitivo.

Lindy se acercó a la mesa de Atreus y dejó encima con un golpe el aviso de desalojo que había recibido el día anterior.

—He venido a devolverte esto en persona —le dijo con calma—. No me merezco que me trates así. Si hace año y medio hubiera sabido lo que hora sé de ti, te aseguro que jamás habríamos mantenido una relación. ¡No tienes conciencia!

Atónito por semejante ataque, Atreus estudió el documento que Lindy le mostraba.

-¡Yo no he autorizado esto! —exclamó.

-¿Ah, no? Pero quieres que me vaya de tu finca, ¿verdad? —le espetó Lindy viéndolo palidecer-. ¿Te crees con derecho a ponerme la

vida patas arriba? ¿Dónde creías que me iba a poder ir con mis ingresos y dos perros? -añadió riéndose con amargura-. Por supuesto, no te importa.

-No tengo ninguna intención de echarte por impago del alquiler -le aseguró Atreus consiguiendo conciliar la rabia a duras penas-. Dadas las circunstancias, es una justificación ridícula. Alguien va a pagar por este error imperdonable. Te aseguro que van a rodar cabezas...

-¿La de tu administrador por ejemplo, que tiene cuatro hijos y está esperando el quinto? Atreus la miró enfadado.

-Le dije que te ofreciera una buena compensación económica por irte.

-Pues él ha debido de creer que quedaría muy bien a tus ojos si consiguiera que me fuera sin cobrar un céntimo -contestó Lindy encogiéndose de hombros-. Eso no te exime del disgusto y los inconvenientes que he sufrido.

Iracundo ante semejante acusación, Atreus elevó las manos para defenderse.

-No me estás escuchando. Siento mucho cualquier inconveniente que se te haya ocasionado, pero no ha sido culpa mía.

Lindy sacudió la cabeza.

-¿De verdad que no? Atreus, eres un canalla sin escrúpulos. Te crees que tienes derecho a anteponer tus deseos y necesidades a las de todos los demás aunque tus deseos y necesidades sean egoístas. No tienes principios...

Atreus se quedó mirándola fijamente.

-¿Has venido porque estás enfadada por haberte dejado plantada el fin de semana pasado? Lindy se enfureció.

-¡ No, claro que no! -protestó-. ¡ Sólo he venido para que te quede muy claro lo que opino de ti porque, a partir de ahora, no pienso volver a hablar contigo aunque te pongas de rodillas y me supliques!

-No temas. Eso no va a suceder nunca -contestó Atreus con desdén-. Quiero que te olvides de este documento y decidas por ti misma dónde quieres vivir. Si decides quedarte en mi propiedad, te aseguro que ni yo ni ninguno de mis empleados te molestaremos.

-Demasiado tarde. Al final, te vas a salir con la tuya porque me voy. Me mudo en cuanto pueda -contestó Lindy-. Por suerte, tengo buenos amigos... amigos que, aunque tienen tanto dinero y poder como tú, no lo utilizan para acosar a los demás.

-¡Yo no te he acosado en ningún momento! -se defendió Atreus, rodeando la mesa y acercándose a Lindy.

-Ahora entiendo que nunca has estado cómodo manteniendo una relación conmigo -comentó Lindy-. Comprendo que no encajo en tu mundo, que no cumplo los requisitos requeridos, que nunca he sido lo suficientemente buena para ti como para ser algo más que tu amante.

Jamás te perdonaré cómo me has tratado.

Atreus enarcó una ceja.

—Si has terminado, tengo muchas cosas que hacer…

Durante todo el trayecto de vuelta a casa, Lindy recordó aquellas palabras desprovistas de todo sentimiento. ¿Cómo podía seguir enamorada de un hombre tan cruel? ¿Cómo podía Atreus mostrarse tan indiferente hacia ella?

No se arrepentía en absoluto de haber ido a verlo. Así le había quedado claro lo que pensaba de él.

Al día siguiente, Lindy fue al médico. Tras hacerle unos análisis, se dirigió a una salita a esperar los resultados. Estaba muy cansada y tenía náuseas continuamente.

Cuando volvió a pasar a la consulta del médico, la esperaba una sorprenda mayúscula.

—Está usted embarazada.

Le dijo al médico que era completamente imposible. El doctor ni se inmutó. No debía de ser la primera vez que oía algo así, claro. Tras decirle que la iba a examinar, le hizo varias preguntas sobre su ciclo menstrual.

Lindy contestó que era cierto que se sentía rara, pero insistió en que siempre había tomado precauciones cuando había mantenido relaciones sexuales.

Al médico le dieron igual sus afirmaciones, le dijo que su cuerpo ya estaba cambiando y le explicó que durante los primeros días después de haber concebido se podía tener un período muy leve que se podía tomar por la menstruación normal y que eso ocurría porque las hormonas del embarazo todavía no estaba actuando a pleno rendimiento.

Para cuando le contó que los preservativos podían llegar a tener una tasa de fallos de hasta un doce por ciento, Lindy empezó a comprender lo que podía haber sucedido.

Condujo hasta casa con cuidado, tomando conciencia de que Atreus y ella habían dejado su relación en los peores términos mientras una nueva vida ya estaba creciendo en su interior.

Lindy se sentía maravillada y encantada por aquel pequeño ser al que llevaba en sus entrañas, pero comprendía que Atreus no quería saber nada de ella y seguro que no querría saber nada de su hijo.

Aquello la hizo estremecerse, pero no había duda. Atreus se había mostrado muy franco en el tema de los niños y le había dejado muy claro que sólo los tendría cuando estuviera casado. Por supuesto, con una mujer griega de su clase social.

Alissa la llamó para ver cómo iba con los planes de la mudanza y, a mitad de la conversación, Lindy no pudo más y le contó que estaba embarazada.

—¡Madre mía! ¿Se lo has contado a Atreus? Lindy le explicó por qué por nada del mundo quería volver a verlo.

—No, bajo ningún concepto. ¿Cómo se lo voy a decir cuando sé que no quiere saber nada ni de mí ni del niño?

—Cuanto antes te vayas de ahí, mejor —le aconsejó su amiga—. No te preocupes. No necesitas a Atreus Dionides en absoluto.

Aquella noche, en la cama, Lindy intentó convencerse de ello y se dijo que sería mucho más feliz sin aquel hombre despiadado. Por desgracia, los recuerdos la llevaron a darse cuenta de lo feliz que había sido durante el tiempo que había estado con él.

Lindy se dijo que era una superviviente y que todo iría bien. Atreus había sido una mala elección porque eran muy diferentes.

Una vez asumido aquello, deslizó las palmas de las manos sobre su vientre y sonrió encantada. Qué alegría sentía al pensar que iba a ver a Elinor y a Alissa mucho más a menudo. Quería tener a su hijo. Lo quería con toda su alma aunque estaba muerta de miedo ante la idea de tener que criarlo ella sola.

Capítulo 7

CON tus productos vendes, además del producto, una fantasía campestre —comentó Alissa, colocándole bien la falda a su amiga

Lindy, que estaba reclinada en el balancín del porche con una cesta de lavanda recién cortada a su lado—. Tus clientes quieren creer que tú misma vives esa fantasía.

Antes de que al fotógrafo profesional le diera tiempo de disparar otra fotografía, Lindy se incorporó. . . aunque le costó bastante, pues hacía tiempo que había perdido la agilidad debido al embarazo.

Aunque llevaba un vestido de flores veraniego precioso y la habían maquillado, no se sentía guapa con aquella tripa tan voluminosa.

Nunca se le habría pasado por la cabeza que su embarazo iba a coincidir con uno de los momentos de más trabajo de su vida, pero eso era exactamente lo que había ocurrido durante los cuatro meses que hacía que se había ido de Chantry House.

Tras abandonar la finca de Atreus, se había instalado en una coqueta casa de campo que disponía de dos acres de terreno a su disposición. Lo primero que había hecho había sido repasar su estrategia de ventas para ver en qué se estaba equivocando y cómo podía mejorar sus ingresos para asegurarle una buena vida a su hijo.

A raíz de unas cuantas conversaciones que había mantenido con Atreus sobre aquel asunto, sabía en qué se estaba equivocando. El le había dicho que tenía que tener un catálogo de vanguardia y unos envoltorios mejores y Lindy había seguido aquellos consejos.

Sergei, el marido de Alissa, le había insistido en la idea de que hasta las empresas más pequeñas necesitan publicidad para vender sus productos. De ahí, la entrevista que le habían hecho aquella misma mañana y las fotografías que le estaban haciendo en aquellos momentos con los perros y el precioso jardín.

Sin embargo, en aquellos momentos de su vida, su mundo carecía de fantasía por completo. Le habían tenido que aplicar una ingente cantidad de maquillaje para disimular las ojeras que tenía después de tantas noches sin dormir.

Desde que su relación con Atreus había terminado, éste se había dedicado a salir con una mujer tras otra. Sin embargo, hacía unas semanas que aquello había cambiado. Le habían visto cenando varias veces con una rica heredera griega. Por supuesto, delgada y muy guapa.

Los columnistas del corazón no habían tardado en dar la voz de alarma y ya se oían campanas de boda.

Lindy creía que se había olvidado completamente de él hasta que Alissa le había pasado una revista en la que quedaba bastante claro que, efectivamente, Atreus estaba considerando casarse con Krista Perris.

Delante de los demás, se había mostrado valiente, pero a solas había llorado su amargura y su tristeza. ¡Cuánto le había dolido verlos juntos en aquella revista! Krista, heredera de otro imperio naviero, era

perfecta para él en todos los sentidos.

El príncipe Jasim, el marido de Elinor, le había dicho que no podía dejar pasar ni un día más para ponerse en contacto con Atreus y decirle que estaba esperando un hijo suyo. Sergei incluso se había ofrecido a decírselo él a Atreus personalmente, pero Lindy se había negado.

Dejando a todos bien claro que lo suyo con la heredera iba en serio, Atreus la había llevado a que conociera a su familia. Aquello había sido lo que más le había dolido a Lindy. A ella jamás la había considerado merecedora de tal honor.

Evidentemente, lo último que iba a hacer Lindy en aquellos momentos era presentarse en casa de Atreus para escandalizar con su embarazo a la familia Dionides, a la familia Perris, indignar a Atreus y destrozar a su prometida.

Lindy era orgullosa e independiente y no iba a hacer nada parecido. Le iba bien sin Atreus y le iba a ir mucho mejor. Además, ser feliz era pedir demasiado, así que había decidido concentrarse en su empresa y en su hijo.

Atreus Dionides había sido el error más grande de su vida.

***

Alissa despertó a Lindy muy pronto aquel domingo y le tendió el periódico en el que se podía leer en grandes titulares «la amante secreta del millonario Atreus Dionides espera un hijo suyo».

–No puede ser. Qué pesadilla –se lamentó mirando la fotografía de sí misma que le habían hecho para su catálogo–. ¿Quién demonios ha hecho estas declaraciones?

–Supongo que alguien que te conocía cuando vivías en Chantry House y que se ha dado cuenta de lo sucedido. Le habrán dado dinero y habrá cantado –contestó Alissa.

Lindy se puso a leer el texto que acompañaba a la fotografía y al titular. Al instante, sintió que comenzaba a sudar. Se la describía como una mujer con la que el millonario había tenido una aventura de fin de semana y se hablaba de su repentina ruptura con Atreus. Además, se decía que antes ya de que se fuera de Chantry House había rumores de que estaba embarazada.

Lindy pasó del sudor frío al enfado al verse comparada en la fotografía de al lado con la fabulosa y guapísima heredera Krista Perris.

Su teléfono móvil se puso a sonar de repente. Tras dudar un momento, decidió contestar y se quedó de piedra al oír la voz de Atreus.

–¿Has visto el Sunday Voice?

–Eh... sí.

-Ahora mismo voy para allá –le dijo él–. Llegaré en una hora más o

menos.

-No quiero verte, no quiero que vengas –contestó Lindy con vehemencia.

–Me da igual. Voy a ir de todas maneras –insistió Atreus con frialdad.

Y, sin mediar más palabra, colgó.

—Aunque no te apetezca, tienes que arreglar las cosas con él, Lindy –le dijo su amiga Alissa.

-¿Por qué? –le preguntó Lindy a su amiga mientras se levantaba de la cama–. Después de cómo se portó conmigo, no le debo nada. ¡Elinor y tú estabais de acuerdo conmigo en eso!

-Al principio, sí, pero Jasim me obligó a pensar con la cabeza fría y ahora comprendo que, aunque tú no le debas nada a Atreus Dionides, vas a tener un hijo suyo y ese hijo tiene una serie de derechos. No es justo para él permanecer en el anonimato, ser un hijo secreto. Cuanto antes saliera a la luz, mejor. En el fondo, la prensa te ha hecho un favor.

Alarmada y temblorosa, Lindy se dio cuenta para su vergüenza de que estaba ansiosa por ver a Atreus.

La verdad era que no había pensado en su hijo como en una persona individual con derechos. Por ejemplo, el derecho de conocer a su padre. La advertencia de su amiga la hizo plantearse seriamente el asunto y comprender que, cuanto antes arreglara las cosas con el padre de su hijo, mejor para el niño.

-Hay periodistas en la calle —anunció Alissa—. Si quieres salir, mejor utiliza el camino de tierra.

-Gracias —contestó Lindy—. Me voy a duchar —suspiró, dirigiéndose al baño.

—Muy bien.

—¿Y los niños? —le preguntó Lindy a su amiga dándose cuenta de que Evelina, la pequeña de dos años, y Alek, el bebé de mes y medio no andaban por allí con su madre.

—Los he dejado con Sergei —contestó Alissa.

Lindy la miró perpleja, pues sabía que la última vez que se le había ocurrido hacerlo, el padre de sus hijos le había puesto en las manos el biberón al recién nacido y a Evelina le había dado para comer un paquete de galletas.

—Tiene que aprender —le explicó Alissa con una sonrisa maliciosa.

Lindy ignoró el precioso conjunto que su amiga le había dejado sobre la cama y prefirió ponerse una falda negra de encaje con una camisola negra también porque estaba convencida de que aquella ropa disimulaba su gordura.

Cuando oyó que se acercaba un helicóptero, se puso muy nerviosa

y dejó salir a los perros para que no montaran un gran revuelo dentro de la casa al ver a Atreus. El helicóptero llevaba pintado el logo de Dionides en rojo en una puerta y aterrizó junto a su casa.

Lindy observó desde la ventana cómo se bajaban los guardaespaldas y echaban un vistazo. Cuando les pareció que todo estaba correcto, se bajó el jefe. Los perros esquivaron a los guardaespaldas y fueron a saludar a Atreus con alegría.

Lindy se dio cuenta entonces de cuánto odiaba a aquel hombre al que tanto había amado antes.

Lo odiaba por el poder que todavía ejercía sobre ella.

Atreus se estaba quitando los pelos de los perros del traje cuando vio a Lindy en la puerta mirándolo con sus enormes ojos azules. Los rayos del sol arrancaban reflejos caobas a su melena, que ahora le llegaba por debajo de los hombros.

Estaba muy enfadado con ella, pues jamás la había creído capaz de algo como lo que había hecho.

—Habría preferido que nos viéramos en otro lugar y no en mi casa —comentó Lindy—. Además, es domingo y, por tu culpa, voy a llegar tarde a misa.

Aquel último comentario le hizo recordar las mañanas de domingo cuando siempre intentaba convencerla para que se quedara con él en la cama en lugar de ir a la iglesia.

—¿Quién le ha vendido el reportaje al Sunday Voice? —le preguntó.

Aunque lo había dicho en tono neutro, era evidente que estaba furioso.

A Lindy le seguía pareciendo el hombre más guapo del mundo y aquello también la hizo enfurecerse. Si fuera realmente inteligente, no se dejaría influenciar por su belleza, tendría que saber mantenerse indiferente.

—¿Y yo qué sé? —le dijo—. Mucha gente del pueblo sabía lo nuestro. Y todos los empleados de la finca. Lo nuestro nunca fue ningún secreto.

—¿No has sido tú? —le preguntó Atreus, fijándose en su tripa abultada.

Era evidente que estaba embarazada.

Lindy se revolvió incómoda ante aquella mirada.

-No, por supuesto que no. ¡No me hace falta el dinero y, aunque no lo tuviera, jamás vendería mi vida privada!

-Esta casa tiene pinta de ser muy cómoda —comentó Atreus, fijándose en su nuevo hogar.

—Lo es. Alissa se encargó de que la reforma fuera perfecta —contestó Lindy—. Si has venido hasta aquí para acusarme de vender esa historia a la prensa, te has equivocado, te lo aseguro. No gano

nada con ese artículo. Al contrario. Pierdo mucho, pues valoro mucho mi intimidad. Atreus la miró muy serio. No he venido a discutir. —¿Ah, no? —se extraño Lindy enarcando una ceja

-No —contestó Atreus—, pero estoy muy enfadado. No me gusta que nuestra relación haya salido a la luz así y lo voy a denunciar. Pues muy bien —opinó Lindy—. Seguro que ganas el juicio y que, dentro de seis meses, cuando todo el mundo se haya olvidado del artículo original, el Sunday Voice publicará una fe de erratas en un lugar donde nadie lo leerá. ¿Tú crees que merece la pena molestarse para eso? Atreus enarcó las cejas ante el tono burlón de Lindy.

-Esta situación afecta a otras personas, ¿sabes? Mi familia de Grecia se va a quedar de piedra y... no sé si lo sabrás, pero me voy a casar...

- No hace falta que me des detalles de tu vida —le interrumpió Lindy con sequedad.

-No me interrumpas —le pidió Atreus continuando—. Esta historia le va a hacer mucho daño a Krista, la mujer con la que salgo en estos momentos. Para ella y para su familia es una humillación. Lo que ha publicado hoy el Sunday Voice no sólo nos va a afectar a nosotros.

Lindy sintió náuseas a causa de la tensión. Oír a Atreus hablar de su prometida no hizo sino empeorar las cosas. ¿La habría querido a ella así? ¿No se había parado a pensar cómo le iba a afectar su actitud caballerosa hacia su prometida? No, por supuesto que no. ¿Y por qué se iba a tener que preocupar por ella y por sus sentimientos?

Aquella indiferencia la hirió profundamente.

—La verdad es que no sé para qué has venido —se lamentó.

—He venido para pedirte que firmes un comunicado en el que le dejes claro a todo el mundo que el niño que esperas no es mío —contestó Atreus—. Así, todos quedaremos tranquilos. Me he traído a uno de mis abogados conmigo. Te ayudará en la redacción del texto.

Lindy se quedó mirándolo estupefacta y sintió que se le rompía el corazón.

A lo mejor tendría que haber hecho caso a sus amigos y haberle anunciado a Atreus el embarazo cuanto antes. Había esperado, había dejado pasar el tiempo y las cosas se habían complicado, pues Atreus había rehecho su vida.

—Qué bien organizado te veo —comentó Lindy con brusquedad.

A continuación, se apartó y se dirigió al ventanal. Los perros se dieron cuenta de que no se encontraba bien y la siguieron. Ambos se apretaron contra sus piernas y Sausage aulló con tristeza.

—Tranquilos, no pasa nada —les dijo Lindy echándose torpemente para acariciar a Sausage.

—Lindy... si no atajamos esto cuanto antes los rumores seguirán adelante.

Lindy se giró acalorada. Su equilibrio no era bueno como antaño y se mareó, lo que la obligó a agarrarse al respaldo del sofá para no caerse.

Atreus se acercó rápidamente y le pasó el brazo por la cintura, lo que sorprendió a Lindy. —¿Estás bien?

—No, la verdad es que no —contestó Lindy sinceramente.

Al percibir su olor, aquel olor que conocía tan bien, Lindy sintió que los recuerdos de su intimidad se apoderaban de ella con fuerza. Recordaba demasiado bien la cercanía de su cuerpo y no quería que el suyo la traicionara. Pero ya era demasiado tarde. Lindy sintió que los pechos se le hinchaban y que la entrepierna se le humedecía.

Para contrarrestar el devastador efecto de tenerlo tan cerca, Lindy pensó en Krista Perris, la mujer con la que Atreus iba a casarse. Aquello estuvo a punto de partirla por la mitad de dolor, pero consiguió apartarse de Atreus y sentarse en el sofá con cuidado.

-Has perdido el tiempo viniendo hasta aquí tu abogado —comentó apretando los labios—.No te puedo ayudar.

—Querrás decir que no quieres ayudarme —contestó Atreus desesperado.

Lindy levantó la mirada.

—¿De quién te crees que es el hijo que espero? —le preguntó.

Atreus se encogió de hombros.

—Eso a mí no me atañe. Yo lo único que quiero es que publiques un comunicado dejando bien claro que no es mío. No quiero que ni mi familia ni yo tengamos que cargar en el futuro con la cantinela de que tengo un hijo ilegítimo —añadió con impaciencia.

Lindy se retiró un mechón de pelo que le había caído sobre la frente. Ahora que estaba sentada se encontraba un poco mejor, pero no hallaba las palabras correctas y comenzó a arrepentirse de haber mantenido su embarazo en secreto durante tantos meses, pues Atreus no estaba preparado en absoluto para lo que le iba a decir.

—No puedo publicar ese comunicado porque sería mentira —le explicó con cautela—. Supongo que no te va a hacer ninguna gracia, pero... Atreus, este niño que espero es tuyo.

Atreus la miró con intensidad y apretó los dientes.

—No es posible.

—Ya sabes que ningún método anticonceptivo es cien por cien eficaz —le recordó Lindy—. El nuestro falló en algún momento.

—No me lo puedo creer. ¿Has filtrado la noticia a la prensa para hacerme creer que es hijo mío?

Lindy se apoyó en los brazos de la butaca y se puso en pie.

-No tenemos nada más que hablar, Atreus —le anunció—. Quiero que te vayas —añadió, dirigiéndose a la puerta principal y abriéndola con agresividad.

—Esto es ridículo. No puedes soltar una bomba como ésta y luego pedirme que me vaya sin darme ninguna explicación —le recriminó Atreus.

-Para empezar, no tengo nada que explicarte y, para seguir, nunca se me ha pasado por la cabeza cargarte con nada. ¡Esto no es ninguna trampa, pero me has dejado embarazada y te vas a tener que hacer cargo! —le espetó furiosa.

Atreus la miró estupefacto y la agarró de las manos.

—Lindy, tranquila, no quiero que mis abogados tomen cartas en el asunto. Sólo quiero saber por qué me haces esto...

Lindy se zafó de sus manos.

—¿Cómo te atreves? ¡Me echaste de mi casa, me pusiste la vida patas arriba y me dejaste embarazada! ¿Y ahora me amenazas con tus abogados?

—Nadie te va a amenazar —intervino una tercera persona.

Atreus y Lindy se giraron y se encontraron con Sergei a poca distancia de ellos.

—Alissa estaba preocupada por ti y parece que ha acertado.

Al ver al otro hombre, Atreus se quedó lívido.

—Hola, Sergei —lo saludó—. Gracias por tu ayuda, pero este asunto lo vamos a tratar Lindy y yo en privado.

El millonario ruso miró a Lindy preguntándole con los ojos si todo iba bien.

-Si necesitas asesoramiento jurídico en algún momento, tendrás a los mejores abogados, te lo aseguro.

-Gracias —contestó Lindy con lágrimas en los ojos ante la generosidad y la bondad del marido de su amiga, que se había portado con ella como un ángel desde que había comenzado todo aquello—. Te lo agradezco, Sergei, pero prefiero que te vayas.

Dicho aquello, Lindy volvió a entrar en su casa. Ojalá no hubiera abierto la puerta. Era mejor arreglar las cosas con Atreus en privado. Los demás no tenían por qué meterse, ni siquiera enterarse.

Una vez de vuelta en el salón, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no preguntarle si Krista Perris sabía dónde estaba en aquellos momentos.

—¿Quieres un café? —lo invitó.

—Sí. Oye, ¿desde cuándo eres tan amiga de Antonovich?

—Es el dueño de esta casa y el marido de mi amiga Alissa. Te hablé varias veces de ella. ¿Te acuerdas que te dije que habíamos sido compañeras de piso hace unos años?

—Ah, sí, no había caído. No sabía que estuviera casada con Sergei Antonovich —contestó Atreus, observando a Lindy moverse por la cocina.

Por supuesto, no pudo evitar fijarse en su abultado abdomen. ¿Su

hijo? Aquello lo sacudió. Sabía que había embarazos que se producían por accidente. ¿Y cómo sabía un hombre que el hijo que estaba dentro del cuerpo de una mujer era suyo?

Al haberse visto en otras ocasiones en aquella circunstancia, era más desconfiado que otros hombres.

-¿Es hijo mío? —preguntó de repente.

-Sí, es hijo tuyo —le confirmó Lindy—. No sé por qué te cuesta tanto creerlo. Que yo sepa, nunca te di el más mínimo motivo para que desconfiaras de mí.

—La última vez que nos acostamos, vi en el suelo de tu dormitorio la corbata de Halliwell —contestó Atreus. Lindy lo miró sorprendida.

-Eso es porque Ben y yo habíamos estado en una boda en Headby Hall la noche anterior. Al llegar a casa, le cedí mi cama y yo dormí en el sofá —le explicó—. ¿Por qué no me dijiste nada en el momento?

-Porque no me pareció oportuno —contestó Atreus, poniéndose tenso.

-Estoy embarazada de ti. Lo mínimo que puedes hacer cuando te cuento algo es creerme.

—Eso es demasiado pedirme —contestó Atreus.

—Te recuerdo que yo tenía que confiar en ti cuando me decías que las mujeres con las que salías en Londres no eran más que amigas.

Atreus se encogió de hombros.

-Nunca te mentí.

—Mira, hacerme las pruebas de ADN durante el embarazo es peligroso para el feto, así que no pienso hacérmelas, no pienso poner en peligro la vida de mi hijo porque tú no me creas —le aseguró Lindy.

Atreus apretó los dientes y no contestó.

Aquel silencio se le antojó a Lindy bastante incómodo y la impulsó a lanzarse a hablar atropelladamente.

-Cuando me enteré de que estaba embarazada, estaba de diez semanas. Para entonces, ya habíamos dejado la relación. Desde el principio supe que quería tenerlo, pero también supe que tú, no.

-No tenías derecho a hacer semejantes suposiciones.

—Suposiciones basadas en hechos. Me habías dicho que no querías tener hijos conmigo, que sólo serías padre cuando te hubieras casado —le recordó Lindy—. A raíz de aquellos comentarios, supuse que querrías que abortara o que diera al niño en adopción.

—¡Jamás! —se escandalizó Atreus—. ¡Nunca te hubiera dicho algo así!

—A mí tampoco me gustaba ninguna de las dos ideas y tampoco me apetecía rebajarme a decirte que me había quedado embarazada —admitió.

—¿Por qué dices que habría sido rebajarte? -se extrañó Atreus.

Lindy recordó cómo se había sentido tras la ruptura y lo mal que lo había pasado la última vez que se habían acostado y tragó saliva.

-Me hiciste mucho daño —confesó—. Aquel aviso de desahucio fue la gota que colmó el vaso. No quería volver a verte.

Atreus juró en griego.

-Pero si sabías que yo no era responsable de aquello... —protestó.

-Ya, pero querías que me fuera. Me di cuenta perfectamente de que querías perderme de vista -lo condenó Lindy—. No me sentía con fuerzas para confiar en ti.

Atreus se estremeció de rabia. Lindy sólo veía su parte mala. Sabía que no era perfecto, que no era ningún santo, pero, si hubiera sabido que lo necesitaba, jamás la habría dejado. Se sentía insultado al saber que Lindy lo hubiera creído capaz de abandonarla.

De repente, sintió claustrofobia y la imperiosa necesidad de sentir el sol y el agua del Egeo en su piel, de estar en su isla privada, aquel lugar al que se retiraba cuando quería ser él de verdad.

-No es justo -protestó-. No me diste la más mínima oportunidad.

-Bueno, eso ya no tiene importancia -contestó Lindy-. Cada uno hemos seguido adelante con nuestras vidas -añadió obligándose a sonreír-. Mira, te has llevado una buena sorpresa. ¿Por qué no te vas a casa y dejas pasar un poco de tiempo para ver cómo te sientes con todo esto? Podemos hablar más adelante.

-Lindy, si el hijo es mío, no me puedo casar con otra mujer -le aseguró Atreus-. ¿Qué tipo de persona crees que soy? -añadió al ver la cara de sorpresa de Lindy-. No puedo darte la espalda. Ni a ti ni al niño. Dadas las circunstancias, podéis contar ambos con mi lealtad y mi apoyo.

Así que era cierto que se había planteado casarse con Krista Perris. Lindy se cruzó de brazos en actitud defensiva.

-No pretendo pedirte nada. No pretendo complicarte la vida... ni a ti ni a tu novia.

-No puedes hacer nada para evitarlo. Ya nos la has complicado y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo, pero lo que sí podemos hacer es lo que sea mejor para el niño.

-Estoy contenta con la vida que llevo en estos momentos -protestó Lindy-. Tengo mi empresa, unos buenos ingresos y un lugar seguro para vivir. No necesito nada más. No necesito ni tu lealtad ni tu apoyo... es demasiado tarde.

-Para ti puede que sí, pero no para el pequeño.

-¡Pero si ni siquiera lo quieres! -le espetó Lindy-. ¡ Pero si me acabas de decir que te vas a casar con otra mujer!

Atreus la miró con un deje de tristeza.

-Pero quiero que mi hijo tenga todo lo que yo no tuve. Quiero que tenga una casa normal, unos padres que lo quieran, una sólida

autoestima y seguridad. Si me caso con otra mujer, mi hijo no podrá disfrutar de todo eso y se lo debo porque es carne de mi carne.

Lindy comenzó a respirar con normalidad al comprender que Atreus ya no ponía en duda que era hijo suyo.

-¿Aceptas que te estoy diciendo la verdad y que es hijo tuyo?

Atreus le dedicó una de sus escasas sonrisas carismáticas.

-Cuándo me has mentido? Jamás.

Lindy estuvo a punto de ponerse a llorar. Era un gran alivio que Atreus no dudara de su palabra. Lindy suspiró y dejó caer la cabeza hacia delante.

No sabía que Atreus no hubiera tenido un hogar seguro ni unos padres que lo quisieran. Nunca le había hablado de su infancia, pero Lindy sabía que tanto su padre como su madre habían muerto hacía años.

-Entonces, ¿de verdad quieres formar parte de la vida de tu hijo? -le preguntó.

-Por supuesto -le aseguró Atreus-. Hablaremos de ello más adelante. Ahora pareces muy cansada.

Era cierto que la tensión emocional la había dejado exhausta.

—No quiero que seamos enemigos.

—No te preocupes por eso. Aunque el embarazo me ha tomado completamente por sorpresa, sabré llevar bien los golpes —le aseguró Atreus.

-Menuda manera de decirlo. ¿Me querías tranquilizar? —bromeó Lindy mirándose en sus preciosos ojos.

Durante una décima de segundo, lo que tardó en recuperar el control, sintió la imperiosa necesidad de acariciarle la mejilla.

-Estoy sorprendido —admitió Atreus—, pero ya se me pasará. Este niño lo va a cambiar todo.

Lindy le agradecía que fuera sincero, pero aquel comentario le dolió. Ya no sabía lo que esperaba de aquel hombre. La había sorprendido sobremanera que hubiera aceptado su paternidad, pero admitía que aquella situación le iba a cambiar la vida por completo. Atreus insistía en que quería formar parte de la vida de su hijo y había dicho que no se iba a casar con Krista, que ya no podía hacerlo...

¿Lo habría dicho porque sabía que su novia no aceptaría que su marido tuviera un hijo con otra? ¿Cómo se sentiría en aquellos momentos? ¿Estaría verdaderamente enamorado de Krista? ¿Seguiría con ella aunque no se casaran?

Lindy se dijo que todo aquello ya no era asunto suyo, pero lo cierto era que Atreus todavía le interesaba.

Tenía que mantener la guardia y no dejarse llevar por la debilidad. Tenía que mantener las distancias. Tanto física como mentalmente.

Capítulo 8

CUARENTA y ocho horas después, la doncella de Krista acompañó a Atreus a la puerta para que se fuera.

Atreus controló las emociones a duras penas. Estaba enfadado con todo y con todos, él incluido. Viendo que estaba enfadado con el mundo entero, decidió que no quería infligir aquel castigo a Lindy, así que la llamó para cambiar su cita.

-¿Estás bien? —le preguntó ella al darse cuenta de que a Atreus le pasaba algo.

-¿Por qué no iba a estar bien? —contestó él sin embargo—. Siento mucho estos cambios de última hora.

Lindy se mordió la lengua y se dijo que no tendría que haberle hecho una pregunta tan personal.

—No pasa nada —le aseguró muerta de vergüenza.

Acto seguido, se miró al espejo que tenía en el vestíbulo de entrada e hizo una mueca de disgusto.

Se había recogido el pelo a la perfección, se había maquillado y se había puesto un conjunto nuevo.

¿Es que no iba a aprender nunca? ¿Por qué se hacía aquellas cosas?

A continuación, se dirigió al comedor, donde su invitada estaba terminando su comida.

-Atreus acaba de cancelar la cita. Nos veremos mañana —le dijo.

—Vaya... —contestó la princesa Elinor de Quaram peinando la cabecita de su hijo menor con los dedos—. Cuánto lo siento —añadió mientras Tarif, un precioso niño que había sacado el pelo oscuro de su padre y los ojos claros de su madre volvía a jugar con sus juguetes.

-Él nunca hace estas cosas. Debe de haber ocurrido algo —contestó Lindy mientras observaba a Sami y a Mariyah volando una cometa en el jardín con ayuda de su padre—. No pienso enfadarme ni disgustarme. No me afecta lo que haga.

Su amiga la miró dubitativa.

—De verdad... ya me he olvidado de él —insistió Lindy.

—Si tú lo dices —contestó Elinor—. No lo has pasado bien durante los últimos meses, así que no tomes ninguna decisión precipitada.

A la mañana siguiente, mientras esperaba a Atreus, Lindy se dijo que debía mantener la calma.

No era más que el padre de su hijo, sólo eso. No había problema.

Sí, bueno, era cierto que era un hombre guapísimo, pero estaba con otra mujer y lo único que había ya entre ellos era un embarazo no deseado.

Lindy lo observó llegar en un espectacular Bugatti Veyron y se tuvo que obligar a contar hasta diez para abrir la puerta.

Al hacerlo, Atreus le entregó un ramo de rosas que Lindy aceptó sorprendida, pues Atreus no le había regalado rosas ni cuando estaban juntos.

Confusa, se dirigió a la cocina a ponerlas en agua.

Atreus esperó impaciente su regreso. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que curiosamente no le estaba molestando el olor a lavanda que impregnaba toda la casa.

Haciendo gala de sus dotes de anfitriona perfecta, Lindy reapareció con una bandeja con café y galletas para él y limonada casera para ella.

—Mi empresa va muy bien —le dijo muy orgullosa.

—Sí, pero tu trabajo es muy físico —contestó Atreus—. Me gustaría contratar a alguien para que se encargara de ciertas tareas.

—No necesito ayuda. No estoy enferma. Sólo embarazada.

—He hablado con un amigo médico que tengo y me ha dicho que durante el embarazo no te conviene el trabajo que realizas.

Lindy apretó los dientes.

—Eso lo decido yo —anunció.

Atreus la miró muy serio.

—Te recuerdo que también es asunto mío puesto que también es mi hijo.

La manera en que lo dijo atribuló a Lindy, que había elegido olvidar lo autoritario y directo que Atreus podía llegar a ser.

Lindy tomó aire para controlar su enfado y se dijo que era bueno que Atreus se preocupara por su estado de salud.

—No te preocupes, no voy a hacer ninguna estupidez.

—Como nunca aceptas ayuda de nadie, podrías cometerla en cualquier momento —insistió Atreus con una precisión irritante—. Por favor, contrata un ayudante y yo lo pagaré. Sólo hasta que des a luz.

Lindy no pudo seguir aguantando por más tiempo.

Estaba furiosa.

—Te agradezco tu preocupación, pero mi vida y mi trabajo no son asunto tuyo.

—¿Cómo que no? Tú y todo lo que te incumbe es asunto mío —ronroneó Atreus.

—¿Desde cuándo? —lo increpó Lindy.

—Desde el mismo momento en el que te quedaste embarazada —contestó Atreus—. Si me lo hubieras dicho cuando te enteraste, seguiríamos juntos.

Lindy bajó la mirada.

—Eso lo dices ahora... claro... te recuerdo que hace cinco meses me dijiste muy claramente que un embarazo no deseado destrozaría nuestra relación.

—Lo dije por lo que me ha pasado con otras mujeres. No hagas caso de lo que dije entonces —le dijo con convicción—. He venido a pedirte que te cases conmigo.

Lindy, que estaba sirviéndose un vaso de limonada, lo miró con los ojos desorbitados. Se había quedado tan estupefacta, que no se dio cuenta de que el líquido estaba rebosando ya sobre la bandeja. Atreus se puso en pie y le retiró la jarra de la mano para parar el estropicio.

—No me lo puedo creer —contestó Lindy.

—¿No te parece natural? Vamos a tener un hijo.

—¡De natural no tiene nada! —contestó Lindy—. Lo dejamos, precisamente, porque dijiste alto y claro que jamás te casarías con alguien como yo. ¿Y Krista?

Atreus apretó los dientes.

—Agua pasada.

—¡Pero te ibas a casar con ella! —protestó Lindy.

—¿Ah, sí?

—La llevaste a que conociera a tu familia. Estaba claro que ibas en serio —contestó Lindy, dolida todavía por el hecho de que a ella, que había mantenido una relación con Atreus durante año y medio, nunca la había llevado a casa de los Dionides.

Atreus no quería enturbiar la situación removiendo el asunto de Krista, así que se encogió de hombros.

-Es absurdo ponernos a hablar ahora de lo que podría haber sido.

Lindy no estaba convencida.

-Quiero que hablemos de nosotros —insistió Atreus.

-¿Nosotros? ¿Qué nosotros? No hay ningún nosotros. Sí, estoy embarazada, pero eso no hace que los últimos meses no hayan existido ni me hace olvidar la razón por la que nos separamos.

Atreus tomó aire. La tensión se palpaba en el aire.

—No quiero casarme por estar embarazada, ¿sabes? —continuó Lindy—. Supongo que te debo agradecer que me lo hayas propuesto, pero te recuerdo que cuando lo dejamos fue porque me dijiste que no sería una buena esposa para ti. Me lo dejaste bien claro. No creo que haya cambiado nada desde entonces a ese respecto.

Atreus estaba furioso.

—Nuestro hijo nos va a necesitar a los dos y en mi familia nos casamos cuando dejamos embarazada a una mujer.

—Ya... —contestó Lindy agarrando el vaso de limonada con ambas manos—. Me temo que no estoy de acuerdo con el planteamiento. Algún día me lo agradecerás. Estoy siendo razonable.

—¿Razonable? ¿Se puede saber qué tiene de razonable que le estés negando a mi hijo el derecho a llevar mi apellido?

—Eso no tiene importancia. Le puedes dar tu apellido sin que estemos casados —le informó Lindy.

--¡Sólo podré ser un buen padre para nuestro hijo si estamos casados! —exclamó Atreus, al que no le había hecho ninguna gracia que le dijera que podían arreglar lo del apellido sin estar casados.

—Los dos somos adultos y sabemos que eso no es cierto. Me encantaría que tuvieras un papel relevante en la vida de tu hijo, pero para ello no hace falta que nosotros nos compliquemos las nuestras —declaró Lindy, elevando el mentón—. Seamos sinceros, Atreus. Me dejaste muy tranquilamente, te olvidaste de mí con facilidad y ninguno de los dos quiere retomar la relación.

—No me digas lo que quiero y no quiero porque no tienes ni idea —le reprochó Atreus, mirándola intensamente.

Lindy estaba convencida de que estar casada con Atreus sería maravilloso, pero sólo durante un tiempo. En cuanto se le hubiera pasado la emoción de ser padre, lo único que le quedaría sería un matrimonio vacío y un marido que no la quería.

Lindy era consciente de que no podría volver a pasar por el dolor de perderlo, así que no debía arriesgarse. ¿Para qué se iba a exponer a eso? ¿Para poder vivir durante un corto período de tiempo la felicidad de poder decir que era su mujer?

—Podemos seguir cada uno nuestra vida y compartir a nuestro

hijo. Tendremos una relación de respeto mutuo. Sin embargo, si nos casáramos, terminaríamos divorciándonos porque no soy ni nunca seré la esposa que tú quieres, Atreus —le dijo con firmeza.

—¿Y eso cómo lo sabes? —protestó Atreus. Lo cierto era que estaba anonadado ante la batería de negativas de Lindy.

—Lo sé porque la mujer que elegiste para casarte, Krista Perris, y yo no tenemos absoluta-mente nada en común. Ella es griega, rica y delgada. No puedo competir con eso. Ni siquiera lo voy a intentar.

Lo estaba diciendo muy en serio. No quería volver a sufrir. No quería ser una mujer de segunda a la que él aguantara por ser la madre de su hijo. Era consciente de su vulnerabilidad y estaba decidida a protegerse.

—.¡No pretendo que compitas con ella! —le espetó Atreus—. Lo que quiero es que pienses en lo mejor para el niño que va a nacer. Ser padre implica ciertos sacrificios. No se trata de lo que tú y yo queramos, sino de lo que nuestro hijo necesita para ser feliz.

A Lindy no le había hecho ninguna gracia que Atreus no le dijera que ella también tenía cualidades como las de Krista en otros aspectos y aquello hizo que se enfureciera.

—¿Me vas a sermonear? —le increpó—. No hace falta, ¿sabes? Estoy familiarizada con los sacrificios de la maternidad. Para que lo sepas, durante los primeros cuatro meses del embarazo he estado vomitando, por lo menos, una vez al día. La ropa ya no me sirve, mi cuerpo se ha deformado, me canso con mucha facilidad y no puedo hacer esfuerzos físicos que antes hacía .

Atreus la tomó de las manos.

—Me lo imagino... perdona, he sido un grosero —concedió—. Es que había dado por hecho que ibas a querer casarte conmigo. Qué arrogante soy...

Las lágrimas que solían acudir a sus ojos con facilidad desde que se había quedado embaraza-da estuvieron a punto de desbordarle los ojos. La petición de Atreus le había llegado directamente al corazón.

Lindy parpadeó para apartar las lágrimas y le acarició la mejilla.

—Si me lo hubieras pedido hace seis meses, cuando no estaba embarazada, habría sido la mujer más feliz del mundo, pero no podemos recuperar el tiempo perdido. Ese momento pasó, ya es historia. Todo ha cambiado. Si nos casáramos y nos divorciáramos sería mucho más traumático para nuestro hijo que tener padres no casados desde el principio.

-¡Podría ser un marido muy bueno! —gritó Atreus enfadado.

-No lo dudo, pero con la mujer adecuada y esa mujer no soy yo —contestó Lindy con pena—. Nunca sería lo que tú quieres que sea y acabarías odiándome.

Atreus la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión porque ya

estaba harto de hablar. Completamente tomada por sorpresa, Lindy se encontró con la respiración entrecortada y siendo testigo de cómo su cuerpo reaccionaba encantado ante la intrusión de la lengua de Atreus en la boca.

Atreus le metió la mano por debajo de la camiseta, le desabrochó el sujetador y se apoderó de uno de sus pechos con un gemido de satisfacción.

Lindy se aferró a sus hombros mientras su cuerpo revivía gustoso bajo las caricias expertas de Atreus. De repente, se le ocurrió que ese mismo cuerpo iba a quedar en pocos minutos ex-puesto a la mirada del que había sido su amante.

La idea de que Atreus la viera fue más que suficiente para que se apartara rápidamente de él.

Lindy se metió a la carrera en el baño, se arregló la ropa y se dijo que no debía comportarse como una buscona desesperada.

No era de extrañar que Atreus no respetara una contestación negativa por su parte.

Le costó un gran esfuerzo salir del baño y volver al salón, pero no le quedó más remedio que hacerlo.

Atreus la miró encantado y sonrió de oreja a oreja.

—Podríamos seguir hablando en la cama... Lindy se quedó de piedra.

—¿Por qué pones esa cara? —siguió diciendo él—. Es obvio que íbamos a terminar en la cama, ¿no?

Lindy se dio cuenta de que había metido la pata.

—Lo que ha ocurrido no ha estado bien.

—¿Por qué dices eso? —se preguntó Atreus.

—No nos vamos a casar, pero queremos criar juntos a nuestro hijo, así que tenemos que forjar una nueva relación... de amigos —contestó Lindy.

—Si quiero acostarme contigo, no puedo ser tu amigo, glikia mu —contestó Atreus.

—¿Cómo que no? —contestó Lindy ultrajada—. Te las has apañado muy bien sin mí durante estos meses. ¡No has parado de salir con otras!

Atreus suspiró.

—Así que eso es lo que me estás haciendo pagar, ¿eh?

Lindy apretó los puños e intentó controlarse.

—No te estoy haciendo pagar por nada. Yo no soy así.

Atreus la miró intentando controlar su orgullo.

—Te he pedido que te cases. ¿No es suficiente para arreglar las cosas entre nosotros?

Lindy palideció.

—Yo sólo quiero lo mejor para los dos.

—Y también me quieres a mí —declaró Atreus con insolencia—. Un matrimonio basado en el deseo está muy bien. Es una buena base para empezar algo sólido. Casarse por deseo es maravilloso, pero tener una amistad basada en el deseo no puede ser, es imposible.

Lindy se sonrojó de pies a cabeza.

—Pues vamos a tener que improvisar —contestó—. Si de verdad quieres formar parte de la vida de tu hijo, yo estoy encantada de aceptarte... pero no como marido.

—¿Cuándo te toca la próxima revisión médica? —le preguntó Atreus de repente, ocultando su disgusto.

—La semana que viene —contestó Lindy.

—Dime lugar y hora y allí estaré— le prometió—. Sin flores y sin propuestas matrimoniales—añadió con desdén.

Lindy palideció. Atreus estaba ofendido. Se sentía herido. Lindy lo entendía perfectamente. Era un hombre rico acostumbrado a que las mujeres se lo disputaran, a que todas quisieran casarse con él. Le había ofrecido el sacrificio de casarse con ella por el bien de su hijo y ella lo había rechazado.

Lindy estaba convencida de que había hecho lo correcto. Mejor ofenderlo ahora que lanzarse a un matrimonio del que Atreus saldría escaldado y odiándola.

Qué fácil le habría resultado decir que sí, qué fácil le habría resultado aceptarlo, esconder la cabeza en la arena y aceptarlo.

Tras quedar para ir juntos a la revisión médica, Atreus volvió a su Bugatti. Si hubiera sido su esposa, Lindy le habría dicho que por favor no condujera un coche tan veloz y peligroso. Por supuesto, sabía que Atreus no le habría hecho caso y se habría puesto al volante de todas maneras.

Atreus era indomable.

Atreus era libre.

Y ella lo deseaba más que nada en el mundo.

***

Ben se pasó por casa de Lindy la noche siguiente y le dijo que estaba loca por haber rechazado la propuesta de matrimonio de Atreus.

-¿Pero cómo se te ocurre? ¡Nunca te van a volver a hacer una propuesta así! ¡Y menos ahora que vas a ser madre soltera!

Desde que le había dicho a su amigo que iba a ser madre, lo veía mucho menos. La actitud posesiva que parecía haber desarrollado hacia ella durante su relación con Atreus se había evaporado por completo.

Ben parecía creer que una mujer que tuviera un hijo de soltera no podía atraer a un hombre en absoluto, y menos tener pareja estable. Aquella actitud hacía que Lindy metiera la tripa cuando iba a visitarla.

De repente, se le antojó que su actitud estaba siendo inmadura porque se estaba dejando llevar por lo que el inmaduro de Ben pudiera pensar de ella

Durante las siguientes semanas, la relación con Atreus tomó nuevos derroteros. El se mostraba mucho más distante, pero mucho más involucrado en su vida a la vez. Tal y como le había sugerido, Lindy contrató a un ayudante y descubrió que estaba mucho más tranquila ahora que trabajaba menos horas y tenía más tiempo para sí misma.

Atreus la acompañó a todas las revisiones médicas. Cuando la citaron para una ecografía, fue con ella al hospital. Se mostró encantado al ver al pequeño en la pantalla y aquel mismo día les dijeron que se trataba de un chico.

Tras abandonar el hospital, la invitó a cenar en su casa de Londres e insistió en que se quedara a dormir. Lindy estaba muy cansada y aceptó, así que llamó a Wendy, su ayudante, para pedirle que diera de cenar a los perros.

Nunca había estado en la casa que Atreus tenía en Londres y sentía mucha curiosidad, pero el enorme ático con muebles de diseño y ninguna personalidad la dejó fría.

Durante la cena, Atreus tuvo que excusarse para atender una llamada y, cuando volvió, se encontró a Lindy dormida en el sofá.

Lindy se despertó de madrugada porque tenía calor. Aunque sólo estaba tapada con una sábana, había una buena razón para aquel calor. En lugar de instalarla en una habitación de invita-dos, Atreus la había acostado en su propia cama y sus cuerpos estaban en contacto.

—Duerme, mali mu —le susurró.

Lindy sintió su erección.

—No deberíamos estar en la misma cama —protestó.

—¿Desde cuándo eres tan mojigata?

Lindy se protegía de él evitando cualquier tipo de intimidad, pero, en el fondo, ya estaba fantaseando sobre lo que podría suceder y su cuerpo se estremecía después de tanto tiempo privado de aquellos placeres.

—Deja de tomarme el pelo —le dijo.

—Tranquila, relájate, conmigo estás a salvo —contestó Atreus.

Lindy tomó aire y se relajó. Pues claro que estaba a salvo. ¿Cómo no iba a estarlo? Atreus tenía una erección porque eso es lo que les pasa a todos los hombres por la noche. Nada más. Era imposible que la encontrara excitante con su cuerpo actual.

Estaba sorprendida de que Atreus la tuviera abrazada, y se preguntó si no habría sido ella la que lo había buscado dormida, porque Atreus ya nunca la tocaba, ya no la besaba inesperadamente ni le dedicaba palabras de flirteo.

—Si no estamos casados, no hay sexo —murmuró Atreus.

-¿Cómo dices? —contestó Lindy.

—Si no te quieres casar conmigo, no vas a tener sexo conmigo —repitió Atreus.

Lindy se quedó mirándolo indignada.

-¡No me quiero acostar contigo!

Atreus se rió.

—¡Te lo digo en serio! ¡No me quiero acostar contigo! —insistió Lindy, sonrojándose de pies a cabeza.

—Mentirosa —murmuró Atreus.

Lindy apretó los dientes.

—No pienso seguir en la misma cama que tú -anunció, encendiendo la lámpara que había en mesilla de noche.

-Lo entiendo perfectamente. Eso de poder mirar, pero de no poder tocar es muy frustrante haver si te crees que no me doy cuenta de cómo me miras —contestó Atreus.

—¡A veces te odio! —murmuró Lindy.

Atreus se levantó con agilidad, agarró una bata y se la ofreció. Lindy se levantó bastante más lentamente. Aunque le había dicho que lo odiaba, no había tenido intención de levantarse y abandonar la cama, pero, como él lo había hecho, no le había quedado más remedio que seguirlo.

Pasó vergüenza al darse cuenta de que estaba en ropa interior. Tenía la sensación de que las carnes le rebosaban del sujetador y de las braguitas. Se le saltaban las lágrimas ante la humillación de verse expuesta ante él.

Para colmo, la bata no le cerraba a la altura de la tripa.

Atreus le mostró dónde estaba la habitación de invitados, así que Lindy se encontró en una cama fría y solitaria en la que se quedó dormida llorando.

No le gustaba nada el sentido del humor de Atreus.

¡Era evidente que no quería casarse con ella!

Y, además, ella se sentía gorda y fea, sabía que no podía resultarle atractiva sexualmente. Ojalá hubiera permanecido en silencio cuando se había despertado. Así, habría podido disfrutar de su cercanía.

Cuando el niño naciera, no tendría oportunidad de estar tan cerca de Atreus. En cuanto su hijo hubiera llegado al mundo, la relación entre sus padres sería mucho más distante. Atreus era un hombre con gran sentido de la responsabilidad y le había demostrado que podía confiar y apoyarse en él. En cuanto se había enterado de que estaba embarazada, se había puesto a su disposición y la había ayudado mucho, pero Lindy estaba preocupada.

¿Cómo harían para compartir al bebé? ¿Tendría que acostumbrarse a estar constantemente separándose de él?

Aquella misma mañana, Atreus la despertó llevándole el desayuno a la cama. Lindy pensó que nunca nadie la había mimado tanto.

—Ya sé que te quedan apenas dos semanas para salir de cuentas, pero creo que deberías conocer a mi familia antes de que nazca el niño —le lijo Atreus desde los pies de la cama.

Estaba guapísimo ataviado con un traje azul marino, dispuesto para irse a trabajar.

Lindy no se permitió mirarlo más que dos segundos. Por si acaso. Atreus se daba cuenta en-seguida de cuándo lo miraba con deseo y no quería quedar expuesta.

La invitación para ir a conocer a su familia la tomó completamente por sorpresa y se estremeció de miedo al comprender que la iban a comparar con Krista.

—No creo que me dejen volar estando de más le ocho meses... —objetó.

—Iremos en mi avión privado —contestó Atreus. Lindy sabía que no había nada que hacer. Cuando a Atreus se le metía algo en la cabeza, era imparable.

—¿Y si me pongo de parto antes de lo previsto?

—Tranquila, en Atenas hay muchos médicos—contestó Atreus con naturalidad.

Capítulo 9

DURANTE el vuelo, Lindy preguntó a Atreus ciertas cosas sobre su familia.

—Tras la muerte de mi abuelo, mi tío Patras y mi tía Irinia se convirtieron en las personas más importantes para mí del mundo. Me llevaron a vivir con ellos a los siete años —comentó Atreus con una naturalidad muy bien calculada.

—No sabía que tus padres hubieran muerto cuando eras pequeño —se apiadó Lindy.

-Es que no fue así. Mi madre era heroinómana y mi padre no pudo soportarla. Ni a ella ni a su hijo. Cuando intervinieron los servicios sociales porque yo rara vez iba al colegio, la familia de mi padre se hizo cargo. Patras e Irinia quisieron ocuparse de mí. Sus hijos ya eran mayores, así que debió de ser un sacrificio hacerse cargo de un chiquillo de siete años, pero lo hicieron.

-¿Tu madre era heroinómana? —le preguntó Lindy anonadada.

Nunca se le había pasado por la cabeza que Atreus no hubiera disfrutado siempre de una vida privilegiada en todos los sentidos.

—Sí, era modelo de artistas y llevaba una vida bohemia y salvaje. Antes de conocerla, mi padre era un hombre de negocios y un marido modelo que nunca había dado un paso en falso, pero, cuando la conoció, lo abandonó todo por ella e incluso desatendió sus responsabilidades dentro de la naviera familiar. Nunca volvió a trabajar. Se dedicó a vivir de los intereses del dinero que tenía. Se casó con mi madre, pero eran muy diferentes y la cosa nunca funcionó —le explicó Atreus con desdén—. Apenas me acuerdo de ellos, pero recuerdo sus violentas discusiones y que mi casa siempre estaba llena de gente desconocida que entraba y salía a cualquier hora del día y de la noche.

—Qué valor tuvo que tener tu padre para estar con tu madre. Supongo que apostó por ella después de todo lo que había dejado atrás e intentaría ser feliz a su lado —musitó Lindy.

—No es así como lo ve mi familia —la contradijo Atreus.

Lindy no le dijo que eso ya lo sabía por cómo hablaba del tema.

—Mi padre defraudó a todo el mundo. A su primera mujer, a su familia e incluso a los empleados de la naviera Dionides.

—¿Ha muerto?

—Sí, murió en un accidente de tráfico diez años después que mi

madre, que murió de una sobredosis. Era un hombre débil y egoísta. Se fue a vivir al extranjero y nunca intentó volver a verme.

-Lindy sintió compasión por él. Entendía que aquello último le tenía que haber dolido muchísimo. Lindy se dio cuenta de que a Atreus le habían enseñado a avergonzarse de sus dos progenitores que, a su juicio, era cruel. Ahora comprendía por qué le había dicho que sólo se casaría con una mujer de su misma clase social, lo que hacía que resultara todavía más increíble que le hubiera pedido que se casara con él.

Lo que acababa de contarle le daba una perspectiva completamente nueva sobre Atreus y sobre su propuesta de matrimonio.

Cuando llegaron a la preciosa mansión que los Dionides tenían a las afueras de Atenas, Lindy estaba un poco nerviosa. Llevaba un elegante traje de chaqueta de lino en tono terracota.

—Antes de entrar, quiero que sepas que mi familia está muy sorprendida de que vayamos a tener un hijo sin estar casados ni prometidos. Les he dicho que tienen que modernizarse, pero no sé si lo conseguirán algún día —le advirtió Atreus.

-Es estupendo que me lo digas justo ahora suspiró Lindy—. Si me lo hubieras dicho antes, no habría venido.

-Soy el cabeza de familia y son muy educados. Tranquila, nadie va a ser grosero contigo le aseguró Atreus en tono divertido.

Sin embargo, a pesar de que fue cierto que nadie se mostró grosero, Lindy lo pasó fatal durante todo el encuentro.

El interior de la casa tenía un aire sombrío y funerario y el silencio lo invadía todo, un silencio que encajaba con los serios rostros del grupo de personas que los esperaba. Eran unos quince y estaban en un salón enorme con las cortinas echadas. El ambiente era frío y poco acogedor.

Patras e Irinia Dionides fueron los más fríos y distantes de todo el grupo. No la miraron ni una sola vez la tripa y jamás mencionaron al niño que estaba en camino.

Por eso, cuando Lindy sintió una molestia algo fuerte, no dijo nada. Se quedó sentada, sin moverse mucho y aguantó. Cuando la molestia se tornó dolor, comenzó a respirar delicadamente y a hacer cálculos.

¿Sería una falsa alarma o se estaba poniendo de parto?

Con los nervios a flor de piel, no pudo evitar emitir un quejido y Atreus se giró hacia ella.

—Creo que me he puesto de parto —le dijo Lindy con discreción.

La reacción de Atreus no fue discreta en absoluto. Nada más oírla, interrumpió la conversación que estaba manteniendo, se sacó el teléfono móvil del bolsillo, marcó un número y comenzó a dar

instrucciones en griego a toda velocidad.

Todos los presentes la miraron consternados y Lindy se dijo que, si se ponía de parto en aquella casa, la familia de Atreus siempre la recordaría a ella en lugar de acordarse de Krista Perris por muy bien que les hubiera caído.

—Menos mal que había reservado habitación en la maternidad —comentó Atreus satisfecho—.Un obstetra estupendo nos está esperando —añadió, acompañándola hasta la limusina que los esperaba fuera.

Lindy lo miró impresionada.

—Desde luego, sabes solucionar situaciones difíciles —comentó más tranquila.

A partir de aquel momento, nada de lo que sucedió fue según lo previsto. Lindy estuvo horas de parto y estaba ya muy cansada cuando el monitor indicó que el feto estaba sufriendo daños. Entonces, decidieron practicarle una cesárea de urgencia.

Su hijo, el bebé más bonito que había visto en su vida, llegó a este mundo con un potente grito, parecido al de una sirena de incendios.

Lindy se quedó dormida, pues estaba agotada y bajo los efectos de la anestesia. En uno de los momentos en los que abrió los ojos, vio a Atreus inclinado sobre la cuna del bebé, que le había agarrado del dedo.

Cuando se dio cuenta de que lo había sorprendido, se mostró muy feliz.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Si le puedes perdonar por lo que te ha hecho pasar, yo también puedo. Sin problema —declaró Atreus con un brillo emocionado en los ojos—. Es absolutamente perfecto. ¿Has visto qué uñas tiene? Son minúsculas.

-Estará sano, ¿verdad?

—A juzgar por el peso, sí. Es un bebé sano —contestó Lindy encantada de que el padre de su hijo se mostrara así de entusiasmado.

Pero tuvo que apartar la mirada porque ver a Atreus así con su hijo hacía que se le acelerara el corazón. ¿Dejaría de fascinarla algún día?

A su lado, estaba hecha un desastre, con el pelo revuelto y sin maquillaje. El, sin embargo, estaba magnífico y eso que no había dormido en toda la noche. A pesar de que necesitaba un afeitado, de que se había quitado la chaqueta y la corbata y que llevaba todo el traje arrugado, estaba guapísimo.

Atreus se apartó de la cuna y abrió los brazos en un gesto revelador.

—Quiero verlo todos los días de mi vida. Quiero estar con él cuando sonría, cuando dé sus primeros pasos, cuando diga sus primeras palabras —declaró—. Quiero abrazarlo cuando se caiga,

ayudarlo, estar a su lado para todo lo que necesite. Todo eso es muy importante para mí, pero, si no accedes a casarte conmigo, no podré hacerlas, no podré estar con mi hijo.

Al ver que Atreus le acariciaba la naricilla al pequeño, Lindy comprendió que ya no era la que más le interesaba.

Era evidente que Atreus se había enamorado perdidamente de su primer hijo.

Lindy sabía a ciencia cierta que sería un padre estupendo, que estaba dispuesto a darle a su hijo todo el tiempo, el amor y el cuidado que su padre no le había dado a él.

Obviamente, nadie lo iba a querer más que él. ¿Cómo le iba a negar la posibilidad de estar cerca del pequeño? Y, además, ella seguía enamorada de él. Sí, no le servía de nada seguir intentando negárselo a sí misma.

Cuando estaba con él, era feliz.

Incluso cuando entre ellos la relación era completamente platónica, como durante las semanas previas al alumbramiento. En ese tiempo, su ánimo había mejorado mucho y la ayuda que Atreus le había prestado desde el momento en el que se había puesto de parto había sido inestimable.

Entonces, ¿lo más normal no sería que se casara con él? Aunque lo suyo no funcionara y terminaran divorciándose, siempre podría tener la conciencia muy tranquila porque lo habría intentado.

—Está bien —murmuró somnolienta.

Atreus la tomó de la mano.

—¿Está bien qué? —le preguntó.

—Me casaré contigo, pero asegúrate de que tu familia entienda que ha sido idea tuya —contestó Lindy horrorizada ante la idea de tener que volver a ver a los Dionides tras la poco digna salida de su casa que había protagonizado la tarde anterior.

-¿Por qué has cambiado de opinión? —le preguntó Atreus enarcando las cejas.

-Creo que nuestro hijo debe tenernos cerca a los dos —murmuró Lindy medio dormida—. Tanto tú como yo crecimos sin padre.

—Duerme, glikia mu —le dijo Atreus soltándole la mano.

Lindy sintió que los párpados se le caían, pero, de repente, abrió los ojos.

-Te advierto que no nos vamos a casar hasta que no haya adelgazado y me pueda poner el vestido que yo quiera! —exclamó.

***

Lindy y Atreus decidieron llamar Theodor a su hijo porque era uno de los pocos nombres que les gustaban a los dos y en pocos días Theodor se convirtió en Theo.

La familia de Atreus fue a verlos al hospital. Se mostraron mucho

más animados y simpáticos tras conocer al último recién llegado al clan Dionides.

En cuanto Lindy pudo viajar, Atreus, el niño y ella volvieron a Londres. Una vez allí, instalada cómodamente en el ático de Atreus y con una niñera de servicio, en una semana recuperó la movilidad y entonces quiso volver a su casa para cuidar de sus perros.

Alissa y Elinor habían insistido en organizar la boda y Lindy les agradeció la ayuda y la compañía, pues Atreus trabajaba muchas horas al día y a los quince días de haber vuelto tuvo que viajar a Asia por negocios.

Cuando iba a verlos, toda su atención se centraba en Theo. De no dirigirse al pequeño, se mostraba frío y distante. Lindy esperó en vano a que su actitud cambiara. Qué ingenua había sido al creer que, en cuanto le dijera que se iba a casar con él, las cosas entre ellos iban a volver a ser como habían sido antes.

Evidentemente, se había equivocado.

Cuanto más se acercaba el día de la boda, más nerviosa y aprensiva se iba poniendo. Había encontrado un vestido muy bonito que le quedaba muy bien porque había recuperado su peso. Durante el embarazo había estado bastante activa y no había engordado mucho.

Varias revistas del corazón le habían ofrecido entrevistarla, pero ella había declinado todas las invitaciones. Sabía que Atreus odiaba aquellas cosas y ella no tenía ninguna intención de prostituir su intimidad por el hecho de ir a convertirse en la esposa de un hombre rico y famoso.

El día antes de casarse, se quedó a dormir en casa de Alissa y Sergei en el centro de Londres. Estaba tumbada en la cama recriminándose a sí misma el no haber tenido nunca el valor para exigirle a Atreus que hablara de lo que sentía por ella.

¿Qué le estaría sucediendo? ¿Se habría arrepentido de querer casarse con ella? ¿Volvería a tocarla algún día? ¿Qué tipo de matrimonio iban a tener? ¿Se iba a casar con ella sólo para darle su apellido a Theo y poder estar cerca de él o había algo más?

Esos mismos temores la atormentaron el día de su boda, pues comprendió que, quizás, no fuera suficiente con el amor que ella sentía por Atreus. A lo mejor aquel amor no era suficiente para mantener bien engrasados los engranajes de su matrimonio.

Elinor, que era su madrina, le prestó una fabulosa tiara de diamantes para el velo y Alissa, su dama de honor, le regaló unos preciosos zapatos de diseño. A media mañana, llegó el regalo de Atreus: un espectacular collar de zafiros y diamantes.

Lindy se quedó un rato admirando las joyas en el espejo.

-Eres la novia más callada que conozco —comentó Elinor—. ¿Te pasa algo?

—No, claro que no —contestó Lindy.

-Es normal tener dudas y miedo —comentó Alissa—. A todas nos pasa. Casarse es un gran paso y has visto muy poco a Atreus desde que volvisteis de Grecia.

—No sabía que trabajara tanto —confesó Lindy. —A nosotras nos pasaba lo mismo con Sergei y con Jasim. Tranquila. Cuando vivas con él, encontrarás más tiempo para disfrutar de su compañía. Será más fácil.

—Has tenido un noviazgo un poco accidentado. Tendríais que hablar sobre lo que queréis y esperáis de vuestro matrimonio —le aconsejó Elinor.

Lindy pensó que era muy fácil para Elinor, que no sabía lo que había pasado en realidad, darle aquel consejo cuando Jasim estaba completamente enamorado de ella y nada le hacía más feliz en el mundo que hacerla feliz a ella.

Si ella tuviera la certeza de que Atreus estaba enamorado de ella, no tendría ni la más mínima preocupación. Tenía la sensación de que, si le pedía a Atreus que se sentaran a hablar sobre sus necesidades y expectativas, saldría corriendo y no volvería nunca.

Lindy avanzó por el pasillo hacia el altar. El corazón le latía desbocado. Atreus se giró y la miró de manera inequívoca, lo que la llenó de satisfacción, pues conocía muy bien aquella mirada, era una mirada cargada de deseo sexual.

Lindy se sintió profundamente aliviada.

—Estás preciosa —le dijo Atreus cuando llegó a su lado.

Era lo más personal que le decía en semanas y Lindy lo miró encantada. Atreus la tomó de las manos y le acarició la muñeca con la yema del pulgar. Lindy sintió que el deseo se apoderaba de ella y su mente dejó de dar vueltas a aquellos pensamientos negativos que tanto la habían atormentado.

Una vez casados y con la alianza en el dedo anular, Lindy abandonó la iglesia del brazo de su flamante esposo.

Estaba feliz.

Estaba segura de que serían felices juntos. Estaba dispuesta a poner todo lo mejor de su parte para que su matrimonio funcionara. Aquella felicidad le duró muy poco.

En cuanto salió de la iglesia, la primera persona a la que vio fue a Krista Perris. Llevaba un exuberante vestido rojo muy ajustado y el pelo recogido y tocado con un adorno a juego. Todos los hombres de su alrededor metían la tripa y echaban los hombros hacia atrás intentando ganarse su atención.

En cuanto subieron a la limusina, Lindy expresó en voz alta su malestar.

—¿Se puede saber qué demonios hace Krista Perris aquí?

Atreus frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a estar? Mi familia es amiga de la suya.

—No lo sabía —admitió Lindy arrepintiéndose de su estallido de cólera.

—Habría sido imperdonable por nuestra parte no invitarla, pero la verdad es que me sorprende que haya venido —admitió Atreus girándose para mirar a la rubia por última vez—. Está muy guapa.

Eso fue más que suficiente para que Lindy sintiera náuseas.

Era su boda, su día y seguro que Krista Perris había sido el centro de atención todos los días de su vida. Se sentía mal por que no le hacía ninguna gracia que Krista estuviera allí, pero no podía evitarlo.

Su presencia la hacía sentirse insegura y amenazada.

El culpable de todo aquello era Atreus por no haber sido franco con ella. Claro que se habría sentido mucho peor de haber sabido que su marido estaba enamorado de Krista. Lindy se dio cuenta entonces de que sólo quería un marido sincero si esa sinceridad significaba cumplidos que quisiera oír, pero nada más.

En el banquete, que tuvo lugar en un hotel exclusivo, Lindy agarró a Evelina, la hija de Alissa y Sergei justo un instante antes de que chocara contra un camarero que iba cargado de bandejas. Ambas se giraron entonces hacia un enorme espejo que había en la pared.

—Estás muy guapa —le dijo la niña un segundo antes de salir corriendo de nuevo.

—Gracias —contestó Lindy sonriente.

De repente, otra cara apareció en el espejo y a Lindy se le borró la sonrisa del rostro.

Era Krista, con su espectacular vestido rojo y su melena rubia.

—No deberías ser tú la novia —le espetó en voz baja—. Todos los sabemos. Incluso Atreus. Lo vuestro no va a durar mucho.

Y, dicho aquello, desapareció tan rápidamente como había aparecido. Lindy dudó por un instante. ¿De verdad le había dicho lo que ella creía que le había dicho? A juzgar por el vello de la nuca que se le había erizado y la piel de gallina, sí.

«No deberías ser tú la novia».

Qué comentario tan cruel y, sin embargo, tan certero.

La verdad era que Lindy había pensado lo mismo cuando la había visto a la salida de la iglesia y se había dado cuenta de que era igual de sofisticada y elegante que Atreus.

Mientras varias personas se ponían en pie y ofrecían unas palabras a los novios, Lindy tuvo tiempo para dejar divagar la mente y, entonces, se dio cuenta de que, a la fuerza, Krista la tenía que odiar.

Al instante, se sintió culpable.

Lo cierto era que Atreus y Krista habían salido juntos y, le gustara a ella o no, su relación debía de haber sido lo suficientemente seria

como para que él hubiera considerado la posibilidad de casarse con ella. Entonces, de repente, había saltado a los medios de comunicación que una ex novia de Atreus estaba embarazada de él y Krista había visto cómo su relación con su pareja se iba al garete.

No era de extrañar que Krista estuviera furiosa.

Lindy se dijo que el no haberle hablado a Atreus antes de su embarazo había sido un error imperdonable por su parte. Atreus había dejado a Krista a causa del niño que iba a nacer. ¿Cómo se sentiría la griega viendo al que dos meses atrás se iba a convertir en su marido casarse con otra mujer?

Lindy se había obligado a no pensar en todo aquello desde que había nacido Theo. Atreus no quería hablar de Krista ni por asomo y Lindy se había dicho que tenía que respetar su decisión. Sin embargo, en aquellos momentos, en su propia boda, no le estaba resultando mantener el silencio porque estaba viendo que las familias Dionides y Perris eran muy amigas y que una boda entre Atreus y Krista habría sido muy bien acogida.

«Debo dar gracias por lo que tengo», se recriminó a sí misma mientras bailaba con Atreus.

Sin embargo, no se le iba de la cabeza que, cuando Atreus había podido elegir, la había relegado al secretismo más absoluto. Era evidente que nunca la había visualizado siendo su mujer ni la madre de sus hijos.

Al final, el destino lo había obligado a elegir una cosa que él, de manera natural, no había querido elegir.

Un rato después, Atreus invitó a bailar a Krista. Lindy se dio cuenta de que muchos de los presentes observaban la escena y comentaban lo que estaba ocurriendo. Lindy sintió que el corazón se le subía a la boca e intentó controlar la mezcla de curiosidad, celos e inseguridad que amenazaban con apoderarse de ella.

Atreus y Krista charlaban con naturalidad, Krista sonreía constantemente y se reía ante los comentarios de su pareja de baile, con el que flirteaba con la mirada descaradamente.

—Basta ya —le dijo Elinor al oído—. No te tortures. No hagas tonterías. Si hubiera estado enamorado de ella de verdad, no se habría casado contigo.

—Yo no estaría tan segura de eso. Atreus ha hecho lo que ha hecho por el bien de su hijo. Ya antes de nacer, Theo había inclinado la balanza de mi lado —contestó Lindy, apesadumbrada—. ¿No has visto cómo la han saludado los familiares de Atreus? Como si fuera la hija pródiga.

—Sí, pero también he visto cómo se deshacían en halagos hacia tu hijo —contestó Elinor—. Es la próxima generación de Dionides.

Un rato después, la niñera le llevó a Theo, que dormía

plácidamente con sus larguísimas pestañas negras. Lindy le dio un beso en la frente. Cuando volvió a levantar la mirada para seguir el baile de Atreus y de Krista, se dio cuenta de que habían dejado de sonreír y de que la conversación se había puesto seria, así que se apresuró a apartar la mirada diciéndose que no debía dejar que los nervios y la inseguridad le jugaran una mala pasada y le aguaran la fiesta.

Lindy decidió que no iba a volver a hablar de Krista nunca más. Cuando lo había hecho al salir de la iglesia, lo único que había conseguido había sido crear mal ambiente. Debía recordar que la esposa era ella, que Krista era la ex novia y lo más coherente y generoso por su parte sería olvidarse del horrible comentario que le había lanzado.

Sin embargo, sus buenas intenciones dieron al traste cuando Krista miró muy satisfecha en su dirección tras haber convencido a Atreus para que siguiera bailando con ella.

Aquella misma noche, Atreus y Lindy embarcaron en su avión privado rumbo a Thrazos, la isla privada que Atreus poseía y que, según él mismo había confesado, era el lugar del mundo que más le gustaba.

Le hubiera gustado llevarla antes, pero habían tenido que esperar a que el cuerpo de Lindy se recuperase después del parto, así que habían decidido pasar en ella la luna de miel.

Al llegar, estaba muy oscuro y apenas se veía, pero Lindy vislumbró el mar a la luz de la luna. Tras bajar del avión, se dirigieron a la casa, que estaba perfectamente iluminada, y Atreus le entregó a Theo a una niñera y una doncella les enseñó la habitación infantil.

—Qué preciosidad —exclamó Lindy sinceramente al entrar en una amplia estancia de paredes de piedra natural decorada con muebles de madera macizos y en tonos neutros y relajantes.

—Si no surge ninguna emergencia, nos podemos quedar un mes y medio, mali mu —comentó Atreus sonriendo encantado cuando Lindy se giró hacia él sorprendida—. ¿Por qué te crees que he estado trabajando tanto últimamente?

—Ojalá me lo hubieras dicho. Te veía tan atareado...

—Pues ya he dejado de estarlo —contestó Atreus con voz grave, apartándole el pelo del rostro con suavidad.

—¿Has traído a muchas mujeres aquí? —le preguntó Lindy sin pensar lo que decía.

—No —contestó Atreus.

—¿Y a Krista?

No había podido controlarse. Necesitaba saber hasta qué punto la otra mujer había estado involucrada en la vida de Atreus.

—Sí, Krista ha estado aquí —admitió él.

Lindy sintió que un escalofrío la recorría de pies a cabeza, pero consiguió encogerse de hombros. Ojalá no hubiera preguntado.

—No sé por qué te he hecho esa pregunta.

—La única mujer que quiero que esté aquí, ahora, en este momento es mi mujer —declaró Atreus, apoderándose de sus labios.

Lindy sintió que su sabor la embriagaba y que el deseo y la sensualidad que emanaba de su cuerpo la hacían tener ganas de ponerse a bailar de éxtasis.

Atreus la tomó en brazos y la condujo por un pasillo hasta un dormitorio más grande con terraza propia. Una vez allí, la dejó con mucha delicadeza en el borde de la cama y se arrodilló ante ella para quitarle los zapatos.

Y Lindy no pudo evitar preguntarse si también se habría acostado allí con Krista.

Atreus volvió a besarla con urgencia. Aquellos besos siempre le habían encantado y excitado. ¡Y hacía tanto tiempo que no la tocaba! No la había vuelto a besar ni a acariciar, no había vuelto a dar muestras de desearla hasta que la sabía mirado con deseo aquella mañana en la iglesia.

Por supuesto, después de dar a luz hay que evitar mantener relaciones sexuales, pero podrían haber compartido otro tipo de intimidad. Por lo menos, haber dormido juntos, pero Atreus había mantenido las distancias a pesar de ser un hombre con profundas necesidades sexuales.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Por qué tanta indiferencia y control? ¿No sería que todavía deseaba a Krista? Lindy sintió que el corazón se le caía a los pies y que el deseo la abandonaba por completo.

¿Le estaría haciendo el amor sólo porque era lo que se esperaba de él? ¿La compararía con Krista? ¿Le gustaría que...?

¡ Qué vergüenza!

Lindy no pudo soportarlo, apartó a Atreus y se puso en pie.

—Lo siento, pero no puedo... ¡No puedo! —exclamó, volviendo a abrocharse el vestido.

Atreus apretó los dientes y se quedó mirándola. A continuación, dio un paso atrás muy enfadado.

—Como quieras —murmuró impávido.

Lindy se quedó mirándolo mientras salía de la habitación. Una vez a solas, sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

¿Por qué se sentía tan insegura de sí misma? Se sentía fatal por ello. ¿Qué mosca le había picado? Era su noche de boda y no quería pasarla sola. ¿Qué manera de empezar su matrimonio era aquélla?

Capítulo 10

BUENA la he hecho —le dijo Lindy a Theo.

Desde la terraza en la que se encontraba había una vista magnífica del océano. Desde la casa, se extendía una espléndida pradera que bajaba hasta la playa de arena blanca y fina.

Pero Lindy no estaba disfrutando del paisaje ni de la belleza de aquel día. Toda su atención estaba puesta en su pequeño, que estaba sentado en su sillita, dando patadas al aire con fuerza. Estaba precioso con una ranita azul cielo y Lindy sonrió encantada a pesar de que no le apetecía en absoluto hacerlo.

Su estupidez había dado al traste con su relación con Atreus. Había puesto un palo en las ruedas de su matrimonio y ahora no sabía cómo quitarlo.

Habían pasado tres semanas desde su noche de bodas, aquella noche en la que se había dejado llevar por los celos, y Atreus seguía durmiendo en una habitación de invitados.

Sólo se tocaban cuando se pasaban al bebé el uno al otro o cuando Atreus creía que Lindy podía caerse. El resto del tiempo se comportaba con ella como si tuviera la peste.

Lindy había aprendido que sentirse rechazado no era motivación ni acicate para su marido, sino motivo más que suficiente para mantener las distancias.

Aparte de eso, el resto de la luna de miel estaba resultando, irónicamente, maravilloso. Aunque Atreus la estaba tratando como a una tía abuela a la que hay que ayudar al pasear o al subir al barco, no estaba escatimando esfuerzos a la hora de organizar planes para que Lindy se divirtiera.

La isla de Thrazos tenía muchas colinas cubiertas de verde vegetación en innumerables playas desiertas y Atreus se las había enseñado todas. Había un pueblecito pesquero con un puerto pintoresco y casi todos los días dejaban en él anclado el yate y bajaban a tierra a pasear.

Todos los días hacía un sol radiante y el cielo despejado los acompañaba, en sus salidas y excursiones. A veces, Lindy sentía que hacía demasiado calor y buscaba desesperadamente la sombra, pero aquel mismo calor sofocante reavivaba a Atreus.

En el mar, había brisa y Lindy se sentía mejor. Le encantaba cuando paraban en alta mar y se daban un chapuzón y disfrutaba de lo lindo de las comidas que hacían en playas donde no había nadie más que ellos.

Al poco tiempo, salir a navegar le gustaba tanto como a Atreus.

Estaba furiosa porque Atreus no comentaba nada de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Se mostraba educado, sereno y divertido en todo momento. Lindy temía las noches, pues, tras haber acostado a Theo, Atreus se metía en su despacho a trabajar y ella no tenía más remedio que irse a la cama.

Sola.

Le encantaba la tranquilidad con la que vivían en la isla, donde iban vestidos de manera cómoda e informal todo el día. Sólo se ponía un vestido cuando caía el sol. Había cenado estupendamente en la taberna del puerto. Allí, una noche, sentada bajo un olivo centenario, había visto bailar a Atreus con otros hombres en honor del santo del lugar.

Por lo visto, Atreus siempre se había sentido libre en aquel lugar.

Aquél había sido el único sitio donde sus guardianes, demasiado protectores, le habían dado rienda suelta. Allí había aprendido a navegar. Conocía a todo el mundo, se sabía todos los nombres, se paraba a hablar con ellos por la calle y les preguntaba por sus familias.

A veces, también navegaban hasta puertos más sofisticados de la isla de Rodas. Un día, Atreus le compró una preciosa joya allí y la llevó a las tiendas más exclusivas del lugar al descubrir que la ropa que se había llevado no era del todo apropiada.

Theo iba casi siempre con ellos.

Cuando llevaban allí apenas una semana lo habían bautizado en una ceremonia sencilla en la iglesia local.

Theo era un bebé precioso, tranquilo y cordial al que no le importaba dormir ni comer en cualquier sitio. Era una bendición cuidar de él.

Lindy se miró en los grandes ojos oscuros de su hijo.

—Buena la he hecho —repitió pensando en la noche de bodas que estropeó—. Y, para colmo, tu padre es muy lento —añadió pensando en la cantidad de señales que le había mandado a Atreus desde entonces y que él no había sabido o querido entender.

Para intentar compensar aquel primer desastre, había tomado la iniciativa varias veces, le había agarrado de la mano, se había puesto sus vestidos más bonitos, le había dedicado miradas y sonrisas especiales, incluso había intentado flirtear un poco con él...

En vano.

Desesperada, había llegado a tomar el sol en topless y, para su vergüenza, lo único que había conseguido había sido que Atreus le advirtiera que se iba a quemar.

Una de dos o ya no se sentía atraído por ella o le iba a tener que pedir perdón para romper el hielo.

Aquella tarde, tras despedirse de Theo, decidió que tenía que utilizar un enfoque más agresivo.

Cuando Atreus la vio aparecer en su despacho, la miró con las cejas enarcadas.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

Lindy sabía que le estaba subiendo el color a las mejillas porque sentía mucho calor allí. Además, le sudaban las palmas de las manos, pero tomó aire y se lanzó.

—Vengo a decirte que siento mucho mi comportamiento de nuestra noche de bodas.

Atreus ladeó la cabeza, se echó hacia atrás y se quedó mirándola.

—¿Lo dices de verdad? ¿Y por qué has tardado tanto en venir a arreglar el entuerto? —le preguntó muy serio.

A Lindy el entraron ganas de ponerse a chillar. Qué difícil era

dialogar con aquel hombre. Jamás reaccionaba como ella esperaba.

Resultaba que allí estaba ella, intentando construir un puente entre ellos y él en actitud hostil en el momento más inoportuno.

—Tú tampoco has hecho nada para arreglar las cosas entre nosotros —le dijo.

—No era asunto mío. La pelota estaba en tu tejado —contestó Atreus—. Eras tú la que tenía que hablar. Por lo visto, te cuesta trabajo hablar conmigo —añadió con desdén—. Mira que tardaste en decirme que estabas embarazada.

Lindy lo miró estupefacta.

—No me vengas ahora con eso... ¡Eso ya está olvidado!

—De eso, nada. Sigues ocultándome cosas. Me cuesta creer que te tenía por una mujer abierta y sincera.

—La noche de bodas me comporté de manera muy estúpida —confesó Lindy retorciéndose los dedos de las manos—. No sé cómo explicártelo.

—Pues ya puedes ir encontrando la manera porque, hasta que no haya quedado satisfecho con tu explicación, no pienso volver a dormir contigo —le aseguró Atreus.

Lindy apretó los dientes.

—Estás siendo muy poco razonable.

Atreus se puso en pie y se acercó a ella.

—¿Ah, sí? No estoy de acuerdo en absoluto. De hecho, yo creo que he sido muy generoso. Otros, en mi lugar, habrían puesto fin al matrimonio aquella misma noche. Yo, sin embargo, me he quedado y te he dado tiempo para solucionarlo. Si después de tres semanas no se te ocurre más que lo que acabas de decir, me decepcionas, la verdad.

Lindy estaba muy enfadada y estaba haciendo un gran esfuerzo por controlarse.

—¡ Veo que ha sido una tontería por mi parte venir a pedirte perdón!

—Lo has hecho con tan poca gracia que ha sido una pérdida de tiempo, sí —contestó Atreus en actitud beligerante.

Lindy temblaba de rabia.

—A veces consigues que te odie y ahora mismo lo estás consiguiendo —le dijo—. Tenía celos de Krista. Hala, ya te lo he dicho. ¿Contento? —le espetó furiosa—. Cuando me dijiste que habías estado aquí con ella, me imaginé que habrías compartido la misma cama que ibas a compartir conmigo y no pude evitar pensar que nos ibas a comparar y que, a lo mejor, te gustaba más ella... me dio pánico, eso fue lo que pasó.

Atreus se quedó mirándola anonadado.

-¿Me apartaste porque estabas celosa de Krista Perris?

-¡Sí! ¡Estaba celosa de ella! —exclamó Lindy, gesticulando con las

manos arriba y abajo—. ¿Cómo no iba a tener celos si la llevaste a ver a tu familia al poco de empezar vuestra relación? Yo estuve contigo año y medio y jamás me llevaste. Y a tu familia le encantó. Ella tiene todo lo que yo no tengo. Me dijiste que sólo querías una esposa que procediera del mismo mundo que tú. ¿Quién mejor que ella? Estáis hechos el uno para el otro.

-Sólo en teoría —contestó Atreus sin dejar de mirarla.

Entonces, de repente, se acercó a ella en dos zancadas y la tomó entre sus brazos, apretándola contra su cuerpo con tanta fuerza, que Lindy se quedó sin respiración.

—Estás loca —le dijo apartándole el pelo de la cara—. No tenías motivos para estar celosa.

—Es muy guapa —se lamentó Lindy, dejándose llevar por el dolor.

—Sí, pero yo quiero estar contigo, agapi mu —murmuró Atreus mirándola con deseo—. Siempre te he preferido a ti.

Lindy se apoyó en él. Se moría por creer sus palabras.

—Me cuesta tanto creerlo...

Atreus se apoderó de su boca y la besó con pasión.

—Me has estado matando con tus sonrisas y tu conversación alegre y divertida. Creía que no te importaba que ya no nos acostáramos —le explicó—. ¿Cómo iba yo a suponer que estabas celosa de Krista?

-En la boda Krista me dijo que yo no debía ser la novia y que acabarías divorciándote de mí —le confesó Lindy.

Atreus frunció el ceño y maldijo en griego. —No me habías dicho nada —la acusó.

-No quería comportarme como una adolescente. No quería venir corriendo a contarte cosas sobre tu ex novia.

-Pues te has comportado como tal al creer sus palabras —protestó Atreus—. Me lo tendrías que haber dicho.

-Lo que pasa es que me sentía culpable —admitió Lindy—. ¡Si yo no me hubiera quedado embarazada, seguirías con ella!

Atreus la miró muy serio.

—No, no seguiría con ella.

Lindy se quedó mirándolo en silencio. Aquella salida la había dejado sin habla, momento que Atreus aprovechó para tomarla en brazos y llevarla al dormitorio.

—A veces me vuelves loco —admitió—. No sabía por qué te habías comportado así la noche de bodas, pero no quería forzar el tema de conversación. Soy consciente de que la principal razón por la que te has casado conmigo es Theo. Eso me lo dejaste muy claro y lo entiendo perfectamente. Casarnos es lo mejor para él, pero... ¿y nosotros?

¿Y ellos? Ninguno de los dos se había hecho aquella pregunta. Habían examinado su matrimonio desde todos los ángulos por el bien

de su hijo, pero no habían hablado de ellos.

Lindy supuso que creer que todo iba a ir bien simplemente porque sí había sido muy ingenuo por su parte.

Atreus la dejó en la cama, Lindy sintió un escalofrío de pies a cabeza.

-Es culpa tuya que me sintiera tan insegura. Hasta la boda, me mantuviste a distancia de ti.

-Cuando te pedí que te casaras conmigo, me rechazaste. ¿Qué querías que hiciera? —se defendió Atreus—. No sabía lo que sentías por mí y el vínculo que había entre nosotros era demasiado frágil como para arriesgarme a estropearlo todo por intentar acostarme contigo.

Lindy se estaba quitando los zapatos y lo miró preocupada.

—No tenía ni idea de que esos fueran tus sentimientos. Te dije que no me quería casar contigo sólo por una cosa, porque creía que me lo pedías por cumplir con tu responsabilidad como padre y no quería que fuera por eso.

—No fue por eso, agapi mu —le aseguró Atreus—. La verdad es que no entendía lo que sentía, así que no me extraña que tú tampoco me entendieras.

Lindy se incorporó y le pasó los brazos por el cuello.

-No me gusta dormir sola...

—¿Y te crees que a mí sí? —contestó Atreus apretándola contra su cuerpo.

—Aquella noche después de la ecografía, cuando me llevaste a la cama en tu casa, me deseabas...

-Sí, y sabía que tú también me deseabas, pero quería algo más duradero, algo más que acostarnos ocasionalmente cuando a ti te apeteciera —confesó Atreus, desabrochándole el vestido y acariciándole los brazos.

-¡Yo no soy así!

-¿Cómo que no? —bromeó Atreus mordiéndole el labio inferior y desabrochándole el sujetador para acariciarle los pechos.

—Bueno, tienes razón. Puedo ser así, pero que sepas que es por ti, que me has enseñado malas costumbres —murmuró Lindy desabrochándole la camisa a toda velocidad—. Y también quiero que sepas que ocasionalmente no sería suficiente.

Atreus la miró divertido y se rió. A continuación, la empujó para tumbarla en la cama y la siguió.

—No quería que nuestra relación se convirtiera en una relación extraña.

—¿Por eso era matrimonio o nada? —aventuró Lindy acariciándole el torso.

Al deslizar las manos más abajo, sintió el estremecimiento de

Atreus y sonrió satisfecha. Atreus terminó de desnudarse y se apoderó de su cuerpo. La besó con fruición, haciéndole saber lo mucho que la necesitaba.

—Me dijiste que sólo te ibas a casar conmigo por el bien de Theo —le recordó.

—¿Cuándo te he dicho yo eso? —se defendió Lindy, disfrutando de sentirlo tan cerca. —Después de que naciera el niño.

Lindy lo miró extrañada.

—No lo recuerdo. Me has preguntado que por qué cambié de parecer… bueno, Theo no fue la única razón, ¿sabes? Estaba intentando guardar las apariencias.

—Vaya, no lo sabía. Ya sé que te hice mucho daño al romper por primera vez —admitió Atreus. —Lo sabías porque te lo dije yo —contestó Lindy—. No se te da precisamente bien captar las emociones de los demás.

Atreus sonrió débilmente.

—Ni las mías, tampoco.

Hubo algo en la expresión de los ojos de Atreus que hizo que Lindy se estirara para besarlo. Aquel beso se fue haciendo cada vez más profundo y apasionado hasta llegar a cotas de urgencia insospechadas por ambos.

Se olvidaron de la conversación y se dejaron invadir por necesidades más primarias. Cuando Atreus la penetró de manera salvaje y primitiva, Lindy sintió que su deseo se volvía lava líquida que la quemaba por dentro hasta explotar en intensas oleadas de placer que se fueron apagando mientras ella pronunciaba su nombre entre sollozos.

—Ahora te siento mía de nuevo, yineka mu —dijo Atreus con voz grave.

A continuación, la tomó entre sus brazos y la besó en la boca con dulzura y así permanecieron hasta que a Lindy se le calmó el corazón y recuperó el ritmo respiratorio.

Lindy se regocijó en aquella sensación de encontrarse inmensamente feliz. Hacía muchos meses que no se sentía así y le encantaba. Tener a Atreus cerca era lo mejor que le había pasado en la vida.

Atreus le había dicho que siempre la había preferido a ella. Eso había sido más que suficiente para que se entregara a él sin reservas. Quería creer en aquellas palabras con toda su alma… aunque, quizás, Atreus hubiera exagerado un poquito…

—¿En qué piensas? —le preguntó Atreus mirándola preocupado.

Lindy sonrió.

Tenía la respuesta perfecta para aquella pregunta que Atreus no solía formular jamás.

—En ti. ¿Contento?

—No te puedes ni imaginar lo enamorado que estoy de ti —contestó Atreus—. Es la primera vez en mi vida que me enamoro. Me tomó por sorpresa, pero sé lo que es. Lo pasé fatal. La vida sin ti no tenía sentido.

—¿Estás enamorado de mí? —contestó Lindy atónita—. ¿Desde cuándo?

—Probablemente, desde el principio —confesó Atreus—. A mí no me educaron para prestar atención a los sentimientos, sino para que prevaleciera siempre la razón sobre el corazón y siempre me había ido bien así. Hasta que te conocí. Nunca había querido de verdad a una mujer... hasta que apareciste tú.

Lindy sonrió encantada.

«Lo pasé fatal. La vida sin ti no tenía sentido». Aquello era más que suficiente para olvidar los terribles meses que había pasado sin él.

—¿Lo pasaste muy mal? Quiero detalles —ronroneó.

—Ya no quería ir a Chantry House. No me gustaba si tú no estabas. La casa estaba vacía. No me podía concentrar en el trabajo. Estaba de tan mal humor, que dos de mis secretarias personales pidieron el traslado. Te echaba de menos día y noche. No estaba preparado para algo así. Cuando comprendí que lo nuestro había terminado, decidí que había llegado el momento de buscar esposa y no una novia.

—¿Por qué?

—Porque contigo había descubierto lo a gusto que se puede estar con otra persona. Para mí, aquellos fines de semana que pasábamos juntos, hacíamos vida marital y me encantaba. Fue lo más estable que había tenido hasta el momento, así que quería seguir teniéndolo, pero, aunque salí con varias mujeres, no encontré a ninguna que pudiera sustituirte.

-¿Y Krista? —le recordó Lindy.

-Krista siempre estuvo ahí. La conozco de toda la vida. Recurrí a ella porque parecía cumplir con todos los requisitos que mi estúpida mente creían indispensables para asegurar el buen funcionamiento de un matrimonio —admitió Atreus, llevando a Lindy al baño y metiéndose en la ducha con ella.

Lindy lo miró y comprendió que Atreus estaba siendo sincero.

-¿Por qué dijiste que estabais hechos el uno para el otro sólo en teoría?

-Porque es verdad... desde el principio quiso que lo nuestro se hiciera público y a mí no me gusta nada la publicidad. Por eso tuvimos que venir a ver a familia tan pronto, porque se aseguró de que estuvieran al tanto de lo nuestro desde el primer día.

Aquel dato permitió a Lindy darse cuenta de que Atreus no había estado con Krista tanto tiempo como ella creía.

—Y, claro, tu familia encantada —comentó.

-Si hubieran sabido lo que yo sé ahora, te aseguro que no les habría hecho tanta gracia —contestó Atreus—. Lo cierto es que Krista y yo no tenemos nada en común. Sólo la clase social de la que procedemos, pero ella no ha trabajado nunca, ni un solo día de su vida y ni siquiera ve la necesidad de hacerlo.

-Pues eso debió de ser muy difícil de llevar para un adicto al trabajo como tú —bromeó Lindy mientras Atreus le enjabonaba la espalda—. Aun así, la trajiste aquí, a la isla.

—Eso fue hace años, cuando éramos adolescentes. Traje a ella y a mucha más gente para una fiesta.

—Ah... yo creía que había sido ahora —suspiró Lindy mientras Atreus le pasaba el agua templada por la piel para retirar el jabón.

—Imposible. A Krista no le gusta la tranquilidad ni la naturaleza. No puede vivir sin tiendas ni discotecas y no le gusta nada salir a navegar porque se le estropea la piel —le explicó Atreus en tono divertido.

Aquello hizo reír a Lindy.

—Definitivamente, tienes razón: no era la mujer perfecta para ti.

-Tú eres la mujer perfecta para mí. ¡Qué estúpido he sido al no haberme dado cuenta antes! —admitió Atreus, envolviéndola en una toalla enorme y esponjosa—. Debería haber dejado a Krista mucho antes, pero aguanté porque creía que, en algún momento, descubriría algo en ella que me cautivaría... ni siquiera me acosté con ella.

Lindy se aseguró la toalla alrededor del pecho y lo miró estupefacta.

—¿Ah, no?

-No. Sabía que, en cuanto lo hiciera, Krista se haría unas ilusiones imposibles de parar, así que me contuve porque no estaba seguro de querer tener algo más serio con ella. Cuando vi en la prensa que estabas embarazada... fue un golpe muy fuerte...

-¡Sí, tan fuerte que te debió de afectar a la cabeza porque te presentaste en mi casa con un abogado para que firmara un documento diciendo que no era hijo tuyo! —exclamó Lindy.

—Estaba enfadado y celoso porque creía que estabas embarazada de otro hombre. Nunca se me pasó por la cabeza que podía ser mío porque, en aquel momento, llevábamos cinco meses separados —le recordó Atreus, colocándose una toalla a la cintura.

A continuación, abrió un armario, sacó una botella de champán, la descorchó y sirvió dos copas.

—Siento mucho no haberte dicho desde el principio que ibas a ser padre —se lamentó Lindy—. Soy consciente de las molestias que os he ocasionado. Aquello te obligó a hablar con Krista y a dejar vuestra relación...

-Bueno, en realidad, no fue así —le explicó Atreus, abriendo la puerta de cristal que daba acceso al porche, que estaba completamente bañado por el sol.

-¿Y entonces cómo fue? —quiso saber Lindy probando el vino.

-Fui a ver a Krista para explicarle lo que había sucedido y poner fin a nuestra relación. La doncella dio por hecho que me estaba esperando y me dejó pasar. Me la encontré con lo más granado de sus amistades esnifando cocaína.

Lindy lo miró atónita.

—Me había dado cuenta de que tenía un estado de ánimo muy cambiante. No sé cómo no me percaté de que había algo de drogas de por medio. Las odio. No puedo soportarlas —continuó Atreus—. Entonces, comprendí que había dejado escapar al amor de mi vida y había estado intentando idealizar a una mujer que no te llega ni a la suela de los zapatos. Me dio mucha vergüenza estar tan desconectado de mis sentimientos como para no haberme dado cuenta de que lo que sentía por ti era amor, respeto y amistad y que entre tú y yo existían todos los ingredientes para que un matrimonio funcionara. ¡Lo había tenido al alcance de la mano y lo había estropeado todo!

Sorprendida tanto por lo que le había contado de Krista como por aquella profunda declaración de amor, Lindy dejó la copa de champán a un lado y le pasó los brazos por el cuello.

—Tranquilo, no fuiste tú. Yo empecé a hacerte preguntas que no estabas preparado para contestar y la situación nos estalló en la cara.

—No me digas eso para que me sienta mejor —contestó Atreus, sonriendo con dulzura—. No me lo merezco. Me tuviste que dejar para que me diera cuenta de lo que había entre nosotros, para que me diera cuenta de lo maravillosa que eres. Si te hubiera perdido para siempre, el único culpable habría sido yo.

—¿Y la familia de Krista sabe que tiene problemas de adicción? —le preguntó Lindy.

—En nuestra boda, me prometió que se lo iba a decir. Necesitaba un tratamiento de rehabilitación.

—¿Estabais hablando de eso mientras bailabais?

—Sé que, en cuanto se lo diga a su familia, la van a apoyar en todo lo que necesite. Si no lo hacen, lo haré yo, pero ahora mismo preferiría que habláramos de nosotros y que dejáramos de hablar de ella. ¿Te parece?

-Me parece muy bien —contestó Lindy.

—Menos mal —murmuró Atreus, mirándola con cariño—. Sé que Theo me ha dado una segunda oportunidad y, en esta ocasión, he aprendido lo que tenía que aprender. He tenido muy claro desde el principio lo que quería: tu amor.

Lindy se rió con amargura.

-Eso ya lo tenías. Ha habido momentos en los que he pensado cosas terribles de ti, lo admito, pero aun entonces he seguido queriéndote.

Atreus se sentó en uno de los sofás del porche y la colocó sobre su regazo.

—¿Y... ahora? le preguntó con prudencia.

Lindy bebió de la copa de Atreus porque la suya había quedado muy lejos y lo besó con abandono.

—¿No lo sabes? ¡Estoy loca por ti!

—Lo suficientemente loca por mí como para pedirme perdón...

—¡ Querías que te suplicara! —protestó Lindy.

—Te lo merecías —sonrió Atreus—. Aquello de apartarme en nuestra noche de bodas me dejó completamente destrozado, agapi mu.

Lindy sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pues era evidente que Atreus había sufrido intensamente aquel rechazo, así que lo besó y aquel beso fue dejando paso a otros y, cuando las cosas se calentaron demasiado en el sofá, se fueron a la cama y allí hicieron el amor, se intercambiaron palabras y promesas de amor y se abrazaron sintiéndose las personas más felices del mundo por haberse conocido.

***

Casi tres años después, Atreus y Lindy dieron una fiesta en Thrazos para celebrar su tercer aniversario de boda.

Sergei y Alissa llegaron en su nuevo yate, el Platinum II, e invitaron a sus amigos a navegar en él, así que Lindy, Atreus, Elinor y Jasim subieron a bordo y disfrutaron de la jornada. Al volver a puerto, los hombres se quedaron un rato más a bordo y Sergei le tomó el pelo a Atreus diciéndole que era increíble que fuera uno de los pocos armadores griegos que no tenían un yate de vanguardia.

—Espero que a Atreus no le dé ahora por comprarse un yate de última generación. No te puedes ni imaginar lo competitivos que son los hombres con estas cosas —se lamentó Alissa—. Seguro que, si se compra uno, es más grande que el Platinum.

—No creo que lo haga. A Atreus le gusta navegar sin tripulación. Si comprara un yate más grande que el que tiene ahora, se vería obligado a contratar a gente. Le gusta mucho la velocidad, llevar él la embarcación. El hombre y los elementos, ya sabes —sonrió.

—Sí, a Sergei le pasa algo parecido. La verdad es que a mí me gusta más la velocidad que el fútbol, para qué os voy a engañar —comentó Alissa.

Elinor y Lindy se rieron porque sabían que a Alissa no le encantaba la gran pasión de su marido, el fútbol, ni el hecho de que fuera propietario de un club.

—Pero mucho más peligrosa —apuntó Lindy.

Los niños corrían a todo correr por el jardín mientras los perros y las niñeras los perseguían. Lindy lo tenía todo organizado para que sus

invitados se sintieran en la gloria y, además, contaba con la inestimable ayuda del servicio, así que todo estaba perfecto.

Los tres hijos de Elinor, Sami, Mariyah y el pequeño Tarif, eran inseparables de los dos hijos de Alissa, Evelina y Alek, y Theo encajó muy bien en el grupo. Estaba alto para su edad, al igual que Alek, y ambos tenían mucha energía para quemar. El príncipe Sami, el primogénito de Elinor y heredero al trono de Quaram, era el líder indiscutible del grupo. Se trataba de un chiquillo muy maduro que aprendía constantemente de su padre, actual rey de Quaram, desde que su abuelo, el rey Akil, había fallecido.

—Qué bien se llevan —comentó Elinor con satisfacción—. Es una suerte porque, así, nos veremos a menudo.

—Estás pálida, Lindy —dijo Alissa preocupada—. Ya me encargo yo de los refrescos. Tú llevas todo el día atareada. Anda, siéntate. No deberías moverte tanto.

—Estoy bien, tranquila —le aseguró Lindy—. Es el calor —añadió sentándose en una butaca y poniendo los pies en alto para relajarse.

Estaba embarazada de seis meses y de gemelas. Por lo que les habían dicho, eran niñas. Theo estaba encantado con la noticia de la llegada de sus hermanitas y Lindy estaba pletórica ante la idea de jugar con ellas y de comprarles ropita bonita.

Aquella noche, cenaron a bordo del Platinum II. Fue una velada muy agradable, en la que se rieron de lo lindo y la sólida amistad entre las tres parejas se afianzó todavía más, pero, cuando terminó, Lindy volvió muy a gusto a su dormitorio.

Atreus la ayudó a tumbarse en la cama y le quitó los zapatos.

—Feliz aniversario, agapi mu —murmuró entregándole un estuche.

—Pero si es mañana —le recordó Lindy.

—Sí, pero mañana tendremos compañía y ahora estamos solos —contestó Atreus, abriendo el estuche y sacando una pulsera de oro con adornos.

Lindy se interesó rápidamente al ver que los adornos habían sido especialmente elegidos para simbolizar cosas importantes de su vida, pues había un niño con una pelota de fútbol, un perro grande y otro pequeño, un yate, una isla diminuta y un gato... lo que demostraba que Atreus se había percatado de la presencia del minino que Lindy había metido en casa a escondidas.

El adorno más preciado era el diamante en forma de corazón con el nombre de su marido.

—Mi corazón está en tus manos —declaró Atreus mirándola emocionado mientras le tomaba el rostro entre las manos—. Quiero darte las gracias por estos maravillosos años, por darme a nuestro hijo, a quien adoro, y a las dos que están en camino...

—Sí, la verdad es que lo hemos hecho muy bien en el aspecto

familiar —contestó Lindy observando el perfecto perfil de su esposo mientras éste le colocaba la pulsera en la muñeca—, pero lo más importante es que me haces sentirme valorada y querida y, por eso, te quiero tanto.

—Cuanto más tiempo llevamos juntos, más te quiero —declaró Atreus, inclinándose sobre ella para robarle un beso—. Siempre te querré.

Completamente confiada, Lindy le pasó los brazos por el cuello como pudo con su tripa por medio. Atreus se rió, la acomodó en la cama y le acarició la tripa con cariño.

—Estás preciosa —le dijo.

Y Lindy sabía que a sus ojos era cierto. Se sentía la mujer más feliz del mundo. —Siempre juntos —le dijo con amor.

Y Atreus selló la promesa con un beso.

Fin